

MANUEL PIMENTEL

# LEYENDAS DE TARTESSOS

MITOS, HISTORIAS Y LEYENDAS  
DE LA PRIMERA CIVILIZACIÓN DE OCCIDENTE

*Un libro fundamental para  
adentrarse en el conocimiento  
de Tartessos a través de  
sus mitos y leyendas.*



Tartessos, la primera civilización de Occidente, se debate entre el mito y la historia. Su eco nos llega a través de textos y leyendas clásicas y se perfecciona con el trabajo de los arqueólogos. Todavía hoy, genera un vivo debate entre los historiadores y guarda muchos secretos por descubrir. Leyendas de Tartessos recoge de manera magistral —amena, divulgativa y documentada— sus principales mitos. Se trata de historias maravillosas que todos deberíamos conocer: la Atlántida que nos narró Platón; el fantástico mito de Gárgoris y Habidis; los viajes que Hércules realizara a Tartessos para dos de sus trabajos, el robo de los bueyes de Gerión y de las manzanas de las Hespérides; el periplo del príncipe tartésico Nórax, que fundó la ciudad de Nora en Cerdeña; la sabiduría del rey Argantonio, que buscó el equilibrio entre griegos y fenicios; el misterioso santuario de Cancho Roano, que los propios sacerdotes ordenaron derruir; la profecía a Julio César cuando acudió al santuario de Melkart, en la actual isla de Sancti Petri, para rogar a los dioses que le brindaran la gloria de Alejandro.

Y en el siglo XX comenzó el trabajo de los arqueólogos, deseosos de encontrar y descifrar los misterios de Tartessos y los fenicios, como el sorprendente caso de Pelayo Quintero, que se obstinó en localizar el sarcófago fenicio femenino de Cádiz, o de Schulten, tildado de loco por su búsqueda obsesiva en el Coto de Doñana. El descubrimiento del tesoro más espectacular se produjo en los alrededores de Sevilla, en el Cerro del Carambolo, y daría lugar al nacimiento de su propia leyenda.



Manuel Pimentel

**Leyendas de Tartessos**

ePub r1.0

Titivillus 09.08.17

Título original: *Leyendas de Tartessos*

Manuel Pimentel, 2015

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



## Prólogo

Tartessos es una civilización que se oculta entre el mito y la historia, entre antiguas leyendas y el contraste con las evidencias arqueológicas ya descubiertas. Aún hoy existe un vivo debate científico sobre su realidad. Para algunos, existió como reino propio, para otros no fue más que el fruto de la colonización fenicia. Sea como fuere, el caso es que desde mil años antes de Cristo hasta los quinientos, también antes de Cristo, en el suroeste de la Península Ibérica se desarrolló una próspera civilización basada en el comercio con fenicios y posteriormente, también con griegos.

Tartessos fue rica por el cobre y plata que extraía de sus minas. Además, llegó a dominar la ruta del estaño, transportado desde las Islas Casitérides, hoy Británicas, para allearlo con el cobre y obtener el valioso bronce. Esta riqueza minera, unido a su estratégica situación entre dos continentes y dos mares, así como su riquísima agricultura, ganadería y pesca, admiró a marinos y comerciantes griegos, que comenzaron a cantar su proverbial abundancia. Nació el mito de Tartessos, repetido en tantos textos clásicos y hasta en la mismísima Biblia en varias ocasiones. No en vano, la plata utilizada para el Templo del rey Salomón tuvo origen tartésico.

Hércules, tan poco dado a salir del Mediterráneo oriental, visitó Tartessos en dos ocasiones, siempre con aviesas intenciones, como el lector podrá comprobar en estas páginas. Aquí nació la agricultura y el cultivo de la miel, con Gárgoris y Habidis, dos reyes míticos con unas biografías fantásticas. El príncipe Nórax conquistó Cerdeña y Argantonio, el rey tartésico más sabio, consiguió vivir ciento veinte años negociando a duras penas con griegos y fenicios. Algunos de sus templos, como el Cancho Roano, han logrado llegar casi intactos hasta nuestros días, ya que fueron sus propios sacerdotes los que ordenaron sepultarlo tras un misterioso rito.

En todos los relatos me baso en la mitología, en las leyendas existentes y en las evidencias arqueológicas conocidas, adobado, eso sí, con la propia fantasía del escritor, que para eso de leyendas y no de ciencia, se trata. Para facilitar la lectura, utilizo con mucha frecuencia, como con Cancho Roano, los nombres geográficos actuales, sabedor de que nada tendrían que ver con los antiguos. De igual manera, me permito indicar fechas según la cronología actual, para mejor entendimiento por parte del lector.

Tartessos extendió su memoria en siglos posteriores. Julio César recibió en sueños una extraña profecía en el antiguo Templo de Melkart, enclavado en la isla que hoy conocemos como de Sancti Petri. Cervantes, en su inmortal *El Quijote de la Mancha*, se refiere en varias ocasiones a los andaluces como los tartésicos, al considerarlos sus herederos.

Y en el siglo XX comenzó el trabajo de los arqueólogos que quisieron encontrar y descifrar los misterios de Tartessos y de los fenicios, como el sorprendente caso de Pelayo Quintero, que se empeñó en localizar el

sarcófago fenicio femenino de Cádiz, o de Schulten, que fue tomado por loco por su búsqueda obsesionada en el Coto de Doñana y las marismas que lo rodean. Ambos relatos muestran una biografía bastante fidedigna de los protagonistas. El descubrimiento del tesoro tartésico más espectacular se produjo en los alrededores de Sevilla, en el Cerro del Carambolo y que daría lugar al nacimiento de su propia leyenda. En ella, los hechos históricos son reales, pero el relato es una ficción.

Y también escribimos sobre la Atlántida. ¿Y por qué, si la Atlántida, en caso de haber existido, habría desaparecido bajo las aguas muchos miles de años antes? En principio, por tanto, ninguna relación tendría el mítico reino atlante con Tartessos. Sin embargo, son muchas las personas que las asocian y numerosos los relatos que las confunden. ¿Por qué ocurre esto? Pues el escritor norteamericano Ignatius Donnelly fue el responsable. Donnelly divulgó, durante el siglo XIX, el mito de la Atlántida. Su obra más conocida, *Atlantis: The Antediluvian World* tuvo un gran éxito de ventas desde el mismo año de su publicación, en 1882. Donnelly afirmó que lo contado por Platón no era un mito, sino una realidad histórica. La Atlántida existió y en ella el hombre habría pasado de la barbarie al conocimiento. Al hundirse por un cataclismo natural en el océano, los supervivientes narraron la tragedia, que habría llegado hasta Platón por medio de los sacerdotes egipcios. Según Donnelly, los tartésicos serían los descendientes más directos de los atlantes. Precisamente por esta afirmación, son muchos los que, indefectiblemente, unen la Atlántida con Tartessos, a pesar de los ocho mil años que se encuentran separados ambos periodos históricos. Schulten también relaciona la Atlántida con Tartessos, como se narrará más adelante. En base a esos precedentes, incluimos dos relatos que tienen que ver con la Atlántida, inspirados en lo que afirman los *Diálogos* de Platón.

No alargamos estas líneas, pues las maravillosas leyendas de Tartessos aguardan ya al lector. Disfrute de ellas mientras se adentra en la fabulosa historia de la primera civilización de Occidente.

## El mito de la Atlántida

Algo extraño y colosal ocurrió, hace once mil años, algo más allá de las Columnas de Hércules. Una ciudad quedó sumergida para siempre bajo las aguas. Gracias al filósofo Platón, que dedicó al asunto dos de sus Diálogos, los de Timeo y Critias, su memoria pudo llegar hasta nosotros. En esos Diálogos se narra la información que, tiempo antes, había obtenido Solón, uno de los siete sabios de Atenas, en un templo egipcio. La ciudad perdida se llamaba la Atlántida y esta es su historia.

Sería alrededor del año 600 antes de Cristo cuando Solón, poeta y legislador ateniense, visitó Egipto. Remontó el Nilo en una frágil embarcación hasta llegar a las imponentes pirámides. Aunque había escuchado hablar de ellas en numerosas ocasiones, su tamaño descomunal y su hermosa armonía le asombraron y le sumieron en un silencio respetuoso. Aquellas colosales moles parecían obra de dioses, más que de hombres. Su perfección matemática superaba, incluso, la bella estética de sus proporciones.

Solón, a los pocos días de aquella visita, y ya de regreso de su estancia en Menfis, recaló en Sais, una antigua ciudad que se encontraba a orillas de uno de los numerosos brazos del Delta del Nilo. Allí, gracias a la recomendación de un destacado sabio egipcio, fue hospedado en un pequeño templo ubicado en las afueras de la ciudad. La construcción era muy humilde, en comparación con los grandes santuarios que había podido visitar a lo largo del Nilo, pero tenía unas proporciones agradables y un sacro aire de antigüedad que invitaba al recogimiento. Tras una frugal cena, fue alojado en una pequeña celda sin ventanas, donde apenas si pudo dormir en toda la noche, atormentado por una recurrente pesadilla. Una y otra vez se le aparecían guerreros fieros que destruían ciudades y puertos, orgullosos de su superioridad, sin ser conscientes de que en su propio seno germinaba su destrucción.

Solón se levantó antes de amanecer y subió hasta la azotea más alta con la esperanza de disfrutar de la salida del sol al reflejarse sobre las marismas del Nilo. Un viejo sacerdote se encontraba a esa hora observando la tenue línea luminosa que comenzaba a despuntar en el horizonte.

—Hermoso, ¿verdad? —saludó el anciano sacerdote al recién llegado Solón.

—Realmente hermoso.

Guardaron silencio por un buen rato, extasiados ante la luz que doraba las marismas de aquel río misterioso que nacía en las entrañas mismas del África ignota.

—El país más hermoso del mundo —exclamó Solón con admiración sincera.

—Puede que sí... aunque nuestras tradiciones nos hablan de un país aún más hermoso que se encuentra al occidente, algo más allá de las Columnas de Hércules.

—¿Y cómo se llama ese país tan maravilloso?

—Lo conocemos como la Atlántida.

—¿La Atlántida? Nunca oí hablar de él...

—Nadie lo conoce ya. Desapareció hace miles de años y su recuerdo tan sólo ha permanecido vivo en las sagradas penumbras de nuestros templos.

—Por favor, cuéntame algo más de ese lugar misterioso.

—Una antigua dinastía de reyes sabios crearon un reino y fundaron su capital, la Atlántida, en una isla que se encontraba, como te dije, algo más allá de las Columnas de Hércules, cerca del continente. La Atlántida llegó a ser el centro de un imperio grande y maravilloso.

Solón escuchaba con interés y asombro aquella historia, sin terminar de discernir el mito de la realidad.

—La isla —continuó el sacerdote— estaba adornada por una naturaleza feraz, iluminada por el sol, que proporcionaba gran cantidad de frutos de todo tipo. Sus reyes eran riquísimos. Habían adquirido riquezas en tal abundancia, que ninguna casa real las poseyera semejantes. La fuente de tal opulencia la debían al oricalco, un metal tan valioso como el oro.

—¿Oricalco? —le interrumpió Solón—. ¿Qué metal es ese?

—No te puedo responder a esa pregunta. Nadie sabe con exactitud a qué metal se refiere la historia. Pero déjame que te siga describiendo su belleza. El lugar y sus alrededores estaba cubierto por bosques, pastizales y fértiles tierras de cultivo. Se prodigaban, asimismo, todas las esencias y las más aromáticas resinas que destilan las flores o los frutos. Tanta abundancia existía que, rebosaba alimentos, incluso para el elefante, el mayor y más voraz de los animales. También existían fuentes de agua fría y caliente, las dos de una abundancia generosa y de gran virtud medicinal.

—¿Y cómo nació el reino?

—Cuando los dioses echaron suertes sobre las diferentes partes de la tierra, a Poseidón le correspondió la Atlántida, y allí engendró con una mortal a sus hijos.

—Hijos de dioses, entonces...

—Sí, eso, al menos, cuenta la leyenda que ha llegado hasta nosotros.

—Leyenda, realidad... ¿qué más da? Sigue con tu relato, por favor.



—La ciudad estaba dominada por un palacio tan hermoso, que todo el que lo veía quedaba sobrecogido. El palacio se encontraba sobre una isla central, a la que rodeaban una serie de canales circulares comunicados por un gran canal con el océano. De esta manera dispusieron de puerto los navíos venidos de alta mar. El palacio, rodeado de una cerca de oro, era el lugar donde Poseidón y Clito, su mujer, habían concebido a los diez jefes de las dinastías reales atlantes... El santuario mismo de Poseidón tenía algo de bárbaro. En el interior estaba cubierto de marfil, oro, plata y oricalco. En las islas en forma de anillo que quedaban rodeadas por los canales estaban construidos un gran número de templos y muchos jardines y gimnasios.

Solón escuchaba, absorto, las historias que aquel viejo sacerdote le narraba con tal pasión, mientras el sol ascendía para iluminar en esplendor aquellas marismas del Nilo.

—Como te decía, existían numerosos templos, consagrados a varias divinidades, muchos jardines y gimnasios. En el centro de la mayor de estas islas, se encontraba un hipódromo de un estadio de largo. A derecha e izquierda había cuarteles destinados a la gente armada; las tropas que inspiraban más confianza se alojaban en la muralla más próxima a la Acrópolis, cerca de los reyes. Las dársenas para las naves estaban llenas de trirremes y de todos los aparatos que reclaman estas embarcaciones.

El viejo sacerdote guardó un prolongado silencio, que Solón, discreto, le respetó. Al cabo de un rato, tras abandonar su ensimismamiento, el egipcio continuó con su relato.

—Los atlantes, hijos de Poseidón, y sus descendientes habitaron en ese país durante muchas generaciones y con su fuerza y poderío sometieron vastas extensiones de tierras y a muchos pueblos, hasta llegar hasta aquí, hasta el Egipto y la Tirrenia.

—¿Los atlantes estuvieron aquí?

—Sí, ellos son la semilla de nuestro conocimiento.

—Todo esto es muy interesante... sorprendente. Sígueme contando, por favor.

—Te podría contar muchas más cosas. Por ejemplo, que consideraban al toro como el animal sagrado. Así, sus príncipes salían de vez en cuando en su busca y armados de palos y telas lograban dominarlos. Entonces eran aclamados como héroes. Ellos propagaron el culto del toro en Creta en uno de sus antiguos viajes.

—¿Y por qué desaparecieron? Si eran ricos y poderosos, ¿por qué su imperio declinó?

—Pecaron de prepotencia y ofendieron a los dioses. El caso es que recibieron el más tremendo de los castigos. Durante días llovió y llovió sobre su ciudad, provocando grandes inundaciones. Después, la tierra tembló en numerosas ocasiones, destruyendo las construcciones, para finalmente, ser sepultados

por una gran ola que emergió del mar. Donde antes estaba la isla, sólo quedó agua y fango... Ningún barco de los que pasan del mar al océano puede navegar seguro por aquel piélago.

—Qué triste final para quienes tan alto volaron.

—Sí, ya nadie se acuerda de ellos. Sólo algunos sacerdotes egipcios, agradecidos, hemos mantenido viva la llama de su recuerdo y de la lección que su historia encarna.

—¿Qué lección es esa?

—Que ningún pueblo, por poderoso y rico que sea, puede olvidar las leyes de la naturaleza y de los dioses. Que la soberbia humana siempre se paga.

—Buena lección sin duda, que procuraré aprender para mi vida y para la de mis ciudadanos.

Un sirviente subió a la azotea para servirles algo de agua fresca. El sol ya estaba alto y el calor los hacía sudar. Pero, a pesar de esto, siguieron allí, con la mirada perdida en las marismas y atentos en la provechosa conversación que mantenían.

—¿Podemos considerar, por tanto —prosiguió Solón—, que los egipcios sois sus sucesores?

—De alguna manera recibimos sus conocimientos, aunque otros son los pueblos que habitan en sus territorios.

—¿Cuáles?

—Los tartesios. Aunque ya no son un imperio, aún mantienen su escritura milenaria y explotan las minas que tan ricos hicieron a los atlantes.

Llegado a este punto, Solón formuló la cuestión que le intrigaba.

—Sacerdote, dime. Y si hasta ahora habéis guardado celosamente este gran secreto en la penumbra de vuestros templos... ¿por qué me la cuentas a mí?

—Porque nuestra misión ha terminado y llega la hora del relevo. Nuestra cultura está en decadencia y es la vuestra, la griega, la que florecerá y brillará para la posteridad. Por eso decidimos contarte, principal entre los griegos, la historia de la Atlántida. Ahora te corresponde a ti, noble Solón, que su memoria no se pierda entre las brumas del tiempo.

Sorprendido, Solón no supo qué responder. Tras un instante en silencio, el sacerdote le entregó un objeto que llevaba envuelto en una rica tela. Sin que el griego llegara a pronunciar palabra alguna, el sacerdote continuó con su disertación.

—Toma, es el medallón atlante, el símbolo más valioso del Templo de

Poseidón. Su sumo sacerdote lo entregó hace miles de años a unos jóvenes sacerdotes egipcios y ahora yo te lo entrego a ti como muestra fiel de la existencia atlante.

Solón observó con atención el rico medallón que sostenía entre sus manos. Refulgía como si acabara de resultar acuñado, tal era la nobleza de su metal, oricalco, sin duda. En el anverso se encontraba una solemne representación del dios Poseidón y en el reverso una serie de círculos concéntricos que representaba la isla misma de la Atlántida.

—Gracias —habló por fin Solón con voz emocionada y sincera—, es un honor y una responsabilidad. Espero estar a la altura de las circunstancias.

Eso, el tiempo lo dirá. Si dentro de dos mil años, aún alguien recuerda el nombre de la Atlántida, ambos, tú y yo, habremos cumplido nuestra misión; los dioses sabrán premiarnoslo.

Se despidieron con afecto y discreción, y el sacerdote desapareció de manera silenciosa.

Durante su viaje de regreso a Grecia, Solón no dejó de repetirse la historia una y mil veces, mientras acariciaba el medallón atlante. ¿Por qué él, precisamente él, había sido designado por los dioses para custodiar la memoria de la civilización perdida?

Al llegar al puerto del Pireo, Solón se sintió observado, como si alguien le siguiera discretamente. Al ser de noche, sintió miedo y aceleró el paso con objeto de llegar pronto a la casa en la que se alojaría. Al doblar una esquina y adentrarse en un oscuro callejón, un hombre corpulento, cubierto por una gran capa, le interceptó el paso, al tiempo que otro le empujaba desde atrás para arrojarlo al suelo, donde lo inmovilizaron y registraron hasta sustraerle el medallón. Los ladrones, una vez comprobado que lo tenían en su poder, se alejaron corriendo.

Solón, una vez incorporado, temblando por la impresión y el miedo, comprobó que no le habían hecho daño alguno. Ni siquiera le habían sustraído la bolsa que llevaba repleta de monedas de oro y plata. No lo comprendió. ¿Por qué sólo quisieron el medallón y despreciaron el tesoro en monedas que llevaba encima? ¿Es que sabían que era el portador de la reliquia atlante y quisieron hacerse con ella? ¿Lo habían seguido desde Sais? ¿Quién podía conocer la historia? O, ¿es que alguien misterioso estaba interesado en que la memoria de la Atlántida se perdiera para siempre?

Solón no pudo nunca encontrar respuestas a esas preguntas. El caso es que cuando llegó a Atenas, contó la historia de la Atlántida, adobándola con el supuesto heroico papel que los atenienses habrían tenido en la derrota de los atlantes, historia del todo imposible por la distancia de los tiempos, pero que enriquecía la epopeya y apoyaba, de alguna manera, la carrera política que iniciaba.

La historia contada por Solón llegaría, dos siglos después, hasta Platón, que la recogería en sus *Diálogos* de Critias y Timeo, gracias a los cuales la memoria

de la Atlántida no se diluyó en el tiempo y pudo llegar hasta nosotros. Lo que Platón no quiso contar en sus *Diálogos*, es que Solón sospechó el resto de sus días en que alguien, una secta, hermandad, o algo similar, estaba interesada en desacreditar y borrar la memoria de los atlantes. El sabio Platón, al considerar inverosímil esa conspiración imposible, decidió no incluirla en sus diálogos.

En todo caso —este relato es una muestra—, miles de años después de que todo esto aconteciera, seguimos escribiendo las glorias de la Atlántida y de los atlantes. Los sacerdotes egipcios y Solón, al menos en parte, cumplieron su misión.

Esperemos que nunca se olvide la lección que la historia de la Atlántida encierra. Así, al menos, su destrucción habrá servido para algo.

## El medallón atlante

Soy Sorbas y pronto dejaré de ser. Me arrastro exhausto por el barro, hambriento y enfermo. Cada vez que recuerdo lo ocurrido, rompo a llorar. Los dioses conjuraron cielos, tierra y mar para castigar la soberbia de los atlantes. Nuestros marineros, pilotando sus trirremes, habían descubierto costas y pueblos y nuestros exploradores bautizado montañas, ríos y tribus. Fuimos los más grandes, ahora no somos nada. Primero fue la lluvia. Llovió y llovió durante días, anegando caminos y valles. Lo peor llegaría después. Un temblor de tierra, heraldo de la cólera divina, anunció la catástrofe por venir. Desde un tiempo antes, sacerdotes y augures habían vaticinado en sus oráculos el cataclismo. Nadie les hizo caso y la fiesta continuó para los nobles y el pueblo. Ningún atlante quiso leer los signos de la premonición. ¿Quién atiende a negros auspicios cuando la vida sonrío, los graneros están llenos y lejos los enemigos?

Estúpidos, despreciamos las señales. Una tarde del demonio, la tierra tembló con una colosal fuerza. Nunca nadie, jamás, había conocido algo parecido. Los niños y sus madres lloraban y gritaban, mientras que los hombres desenvainaron sus espadas, sabedores de su impotencia. Y entonces, grande como una colosal montaña, surgió la ola del mar. Todo lo destruyó a su paso, adentrándose muchos estadios valle arriba. De aquella orgullosa ciudad que bautizamos como Atlántida, nada quedó. Sólo barro y desolación, bajo las aguas del lago recién formado.

Gracias a Tíscar he logrado salvarme y aún debo concluir la misión que me encomendó: debo entregar el medallón a los egipcios. Tras aquellas colinas se encuentra la pequeña aldea en la que se encuentran, espero que no hayan iniciado aún el retorno a su lejano país. Que los dioses me sean propicios.

Me incorporo y, arrastrando los pies, retomo el ascenso hacia las colinas. La orden de Tíscar sigue gobernando mi razón. Tíscar, ¡qué extraño personaje! Siendo un niño humilde me llamó a su templo para instruirme en los sagrados conocimientos.

—¿Quieres que algún día llegue a convertirme en sacerdote? —le pregunté.

—No —me respondió—. Tú tendrás otra misión, más importante aún.

—¿Cuál es, cuándo la sabré? —le insistí.

—La sabrás llegado el momento —me respondió.

Hoy, desgraciadamente, ya la sé. Navegué con Tíscar, hace unos años, hacia el este, bordeando la costa africana. Tras casi dos meses de travesía arribamos donde la desembocadura del gran río, que dicen Nilo, rodeado por arenas ardientes. Apenas estaba habitado por tribus de pescadores primitivos.

Bendijimos un templo en honor de Osiris, nuestro príncipe, y después de un tiempo allí, enseñándoles e instruyéndoles, decidimos regresar. Dejamos a dos de nuestros jóvenes sacerdotes, para que continuaran la tarea que comenzamos y nos trajimos con nosotros a algunos novicios egipcios. Tíscar afirmaba que debíamos instruirles en las ciencias que dominábamos y que tan grandes nos hacían. Precisamente es a esos jóvenes egipcios que vinieron con nosotros a los que ahora busco. Debo encontrarles para transmitirles el mensaje del sabio sacerdote y entregarles el medallón. ¿Se habrán hecho sabios con nosotros? Yo los veía con sus taparrabos y sus toscas herramienta de piedra, y dudaba que fuesen capaces de aprender sabiduría alguna. Tíscar, sin embargo, estaba convencido de que su civilización seguiría a la nuestra, una vez que hubiésemos sido aniquilados por los dioses.

Me caigo y me vuelvo a levantar. Tíscar murió y yo debo custodiar sus sabios deseos. Aun a sabiendas de la catástrofe que se avecinaba, el gran sacerdote decidió quedarse orando en el templo de Poseidón. Antes de recluirse me avisó.

—Sorbas —me dijo—, cabalga con el caballo más veloz hacia las colinas. Sólo así podrás salvarte y cumplir tu misión. El puño del mar que aplastará para siempre a nuestro reino está al llegar. Tienes que cumplir ahora la misión para la que te formé, nuestra memoria debe perdurar. Que nuestro ejemplo sirva para que la humanidad no vuelva a repetirlo.

\*\*\*

Soy Tíscar, el Gran Sacerdote. He vivido muchos años y sé que nuestro mundo se acaba. Pero no me importa morir, a todos nos llega el momento de cruzar la frontera de las tinieblas. No, no le temo a la muerte, es otro mi dolor. Lo que desgarrar mi alma es el temor a que la memoria de nuestra hermosa civilización pueda desaparecer para siempre.

Vivimos como elegidos por los mismos dioses que ahora nos rechazan, moriremos como apestados. Descubrimos las rocas que se moldean con el fuego, para convertirse en dúctil metal. El cobre nos hizo poderosos; el oricalco, ricos. Ninguno de los otros pueblos lo poseía, y poco podían hacer, con sus primitivas hachas de piedra, contra nuestros ejércitos. Por eso llegamos hasta donde quisimos, sin apenas resistencia.

Custodio el gran Templo de Poseidón y sé que la gran diosa es la madre naturaleza. A medida que nos fuimos alejando de ella, también nos alejamos de la divinidad. Pero siempre pensé que teníamos remedio y por eso luché con denuedo. ¡Tantas veces discutí de estas cuestiones con Senés, el sacerdote tesorero! Debo reconocer que me irritaba su fatalismo. Para él, el hombre era un enemigo natural de la naturaleza, por lo que deberíamos desaparecer cuanto antes.

Hagamos lo que hagamos —repetía— siempre terminaremos destruyendo nuestro natural entorno.

Yo le contestaba que podíamos cuidarlo, pero siempre me replicaba que eso era imposible, que así sólo conseguiríamos prorrogar la agonía de la Tierra.

Que para morir lentamente, mejor el pronto colapso.

No te esfuerces en cambiar lo que está escrito —insistía Senés—. Ni la hormiga es libre, ni tampoco el hombre. Si las primeras están condenadas a hacer hormigueros, nosotros lo estamos a construir ciudades. Nunca dejaremos de hacerlo. Romperemos montañas, talaremos bosques, desviaremos ríos. Crecer es nuestra condición.

Yo le replicaba que nuestro destino no estaba escrito, que podíamos crecer en armonía con el entorno. Pero entonces, él sonreía enigmático.

La naturaleza, me replicó, sólo tiene una posibilidad.

—¿Cuál? —le pregunté interesado.

—Aniquilarnos —fue su trágica respuesta.

Me rebelaba contra sus ideas, aunque ahora, casi al final de mis días, quizá tenga que darle la razón. Pero no tengo tiempo para reflexiones. Sé que esto se acaba y debo dejar dispuesto lo que yo sólo puedo hacer. Entro en la *cella* más sagrada del Templo y retiro el medallón atlante que custodiamos bajo el altar. Lo observo, como siempre, con veneración. El Dios Poseidón y los anillos concéntricos como símbolos eternos de la Atlántida. Mientras este medallón exista —pienso—, la evidencia de la Atlántida permanecerá. Por eso, Sorbas deberá entregarlo a los egipcios, al tiempo que les traslada mi mensaje.

Sorbas ya está ante mí. Lo abrazo y solemnemente le entrego el medallón.

—Cúidalo como si de tu propia vida se tratara. Es la memoria de la Atlántida. Entrégalo a los egipcios.

—Descuida, así lo haré.

—Que vuelvan a su país, y que hablen de nuestros prodigios —ordené a Sorbas—. Ellos recogerán nuestro legado, se harán grandes y a través de ellos seremos recordados. ¡Ahora vete!

Sorbas, un joven valiente y algo impulsivo, cumplirá mi mandato. Ya le veo salir con su veloz caballo de crines al viento. Percibo un ligerísimo temblor de tierra. Ayer también sucedió. Decido entrar en el Templo. Moriré aplastado dentro, junto a los dioses, como debe despedirse un sacerdote. Me acuerdo del medallón. ¡Qué acertada ha sido mi decisión de sacarlo del altar! Temía que Senés, deseoso de borrar todo nuestro recuerdo, pudiera robarlo para destruirlo.

Antes de entrar en el templo del que ya no saldré con vida, me vuelvo para mirar por última vez cómo Sorbas se pierde tras el muro. Toda nuestra memoria cabalga sobre su corcel.

\*\*\*

Sorbas soy y sigo mi dolorosa marcha. He conseguido hacerme con un palo de acebuche a modo de chivata, que alivia mis pasos, pero no mi corazón. Renqueando, continúo hacia la aldea. Concentro toda mi energía en mis pies, rogando que no me fallen en la tarea. Y me acuerdo de las palabras de Tíscar, el sacerdote.

—Tú no sólo eres tú. Eres universo, todo tu ser comulga con el Todo. Por eso almacenas fuerzas que no llegas ni a sospechar. Cuando las necesites, búscalas ahí dentro.

Y eso hago, y a ellas me encomiendo para poder continuar. ¡Cuánta sabiduría la de Tíscar!

Somos en función de la armonía del cosmos —me decía—, que es uno. Desde la partícula más minúscula hasta el elefante más colosal, vibramos siguiendo las leyes de la naturaleza. Si algo desafina, la armonía se rompe y el equilibrio se desmorona con gran estruendo y daño. Los atlantes nos adelantamos a nuestro tiempo, desestabilizamos nuestro ciclo, desmoronamos el frágil equilibrio. Por eso, rota la armonía, se desatará la furia. La de los dioses y la de los elementos.

¡Tíscar, cuánto aprendí de él! Guardo mi última imagen suya en la gran puerta dorada del Gran Templo de Poseidón cuando me ordenó marchar, una vez que los temblores de tierra hubieran comenzado. No era más que un venerable anciano, pero su mirada seguía irradiando una poderosa energía que me hacía temblar.

Encuentro un animal tumbado, sin vida. Es un toro, con los ojos abiertos hacia los cielos. Tiene que haber muerto hace bien poco, las alimañas todavía no lo han devorado. Necesito comer, para que mi cuerpo reaccione. Con mi puñal, corto la vena de su cuello. Bebo con fruición la sangre que brota y me sabe a gloria. Miro a los cielos e interpreto el hallazgo del toro como un buen augurio. Los toros son nuestros animales sagrados. Muchas de nuestras fiestas y liturgias giran en torno al animal de la fuerza y la bravura.

Debo de estar cerca del poblado de los egipcios y, agotado, decido descansar. Me acurruco bajo la retama, engañando al relente de la madrugada que se ensaña con el mordisco de sus fríos dientes. Tirito. Duermo a ratos y, con los ojos abiertos, me atormento con reflexiones y censuras. ¿Por qué los pensamientos que acompañan a las noches en vela son tan angustiosos?

Amanece y levanto la mirada hacia los cielos rojizos, preñados de luz. Hoy debo llegar hasta la aldea de los egipcios, para concluir allí mi misión.

Apenas si hace un par de días que Tíscar me ordenó marchar, justo antes de que todo desapareciera bajo las aguas. Tras su orden, galopé como los más avezados jinetes del hipódromo. Casi con las riendas sueltas, espoleé al caballo más allá del límite de sus fuerzas. Cuando llegaba a las primeras colinas, el suelo tembló y mi caballo tropezó, exhausto, con un tronco. Animal y jinete rodamos con estrépito por el suelo. Pude matarme, pero los dioses decidieron que mi hora aún no había llegado. Y fue justo entonces cuando vi



el horror. Una gigantesca ola avanzaba veloz por el valle, arrasando todo a su paso. Corrí como un desesperado ladera arriba, intentando ganar altura. Pero el agua me arrastró, y braceé y luché por no ser engullido para siempre por aquellas aguas grises de barro y muerte.

De nuevo la providencia divina me fue propicia. Casi inconsciente, terminé enganchado a unos arbustos del cerro. Esperé a que las aguas bajaran para liberarme de mi inesperado asidero. Me desmayé y, cuando desperté, un tímido sol calentaba ya el escenario de destrucción. No quedaba nada, salvo una extensa laguna en lo que hasta la tarde anterior fuese el fértil valle de la Atlántida.

\*\*\*

Soy Senés, el sacerdote tesorero del Templo de Poseidón y estoy feliz en esta tarde de pavor. Por fin vamos a desaparecer. Los dioses nos castigan con temblores de tierras e inundaciones. Y sospecho que el definitivo zarpazo de la cólera divina no demorará en demasía. Los que todo fuimos, pronto nada seremos. Es bueno que así sea. Mi único temor es que puedan quedar supervivientes que salven para el futuro la memoria de esta ciudad. ¡He discutido tantas veces de estos asuntos! Pero nadie me entendía, ni siquiera Tíscar, el más inteligente de todos. Para él, la humanidad tenía solución. Todo lo arreglaba con la prédica de cumplir los preceptos divinos y mantenernos en armonía con la naturaleza. Preceptos divinos, ¿qué preceptos divinos? Imbéciles. Está en nuestros adentros crecer y multiplicarnos. Algo así como el moho que emponzoña la orza de pan, que extiende su podredumbre sin poderlo evitar. Hoy, quizás, muramos todos. Por eso estoy feliz. El mundo podrá tener futuro sin nosotros.

¡Tíscar! Siempre empeñado en su optimismo ilógico. Nunca se quiso dar por vencido. Estaba obsesionado ante la posibilidad de que la memoria de nuestra civilización pudiera perderse y hará todo lo posible para que se custodie en el tiempo. ¡Tíscar! ¿Qué habrá tramado? Seguro que ha dejado algún rastro para que futuras generaciones puedan conocer la pista atlante. ¿Cuál? La tierra tiembla con más fuerza. Y, de repente, caigo en el medallón. Tíscar siempre se refiere a él cómo nuestro principal símbolo. ¡Eso es! Debo destruirlo, para garantizar que nunca, jamás, nadie pueda encontrarlo. Llego hasta la urna que lo ampara. ¡No está, maldita sea! Tíscar lo debe haber sacado para salvarlo y asegurar la memoria de nuestra civilización. El templo comienza a derrumbarse y lo abandono de manera precipitada. Caigo al suelo y entonces veo sobre nuestras cabezas la gigantesca ola que nos devorará. Parece que, por fin, los dioses han oído mi plegaria.

Milagrosamente, logro sobrevivir, sin llegar a comprender cómo tal prodigio ha sido posible. Cuando la gran ola nos golpeó pude asirme a una puerta de madera que actuó a modo de balsa. Avanzó rauda sobre la fuerza destructora del mar desatado. Algún diablo hubo de encargarse de retirar los obstáculos a mi paso o quizá de hacerme volar sobre ellos. No sé, el caso es que no resulté aplastado contra ninguno, siendo arrastrado hasta muchos estadios valle arriba sin sufrir apenas algunas contusiones. Estoy vivo mientras que mi ciudad y Tíscar están muertos.

Dedicaré mi vida a que nadie recuerde la Atlántida. Otros me seguirán y nuestra misión será a partir de este momento la de hacer olvidar la memoria de nuestra infame civilización. Espero que no quede evidencia alguna de nuestro pasado. Yo y mis sucesores nos encargaremos adecuadamente del asunto. ¿Existió la Atlántida? —nos preguntarán—. ¡No! —les responderemos con seguridad— *la Atlántida no existió. Se trata tan sólo de un mito, de historias fantásticas para poetas y locos* .

Y no pararemos, desde luego, hasta encontrar el medallón y hacerlo desaparecer para siempre.

\*\*\*

Soy Sorbas y, por fin, llego hasta el poblado. ¡Lo he conseguido y pronto podré descansar en paz! Las chozas parecen abandonadas, con graves desperfectos. Llego hasta el centro del poblado y grito: «¿Hermanos, hay alguien aquí?». Pero sólo me responde el ladrido de unos perros que huyen.

—¡Hermanos —vocifero de nuevo—, soy hombre de ley! ¿Hay alguien aquí?

Nadie contesta, nada se mueve. Silencio. Caigo de rodillas, no tengo ya fuerzas para mantenerme en pie.

—¡Hermanos! —vuelvo a elevar la voz—. ¡Tengo un mensaje de Tíscar para vosotros!

Me quedo sin aire en los pulmones. Me callo y el silencio me parece menos denso, como si algo se hubiese movido en el aire. Y rendido, postrado sobre la tierra, no soy consciente de que varios hombres se me han acercado con cautela hasta que los tengo encima. Levanto la cabeza y veo sus morenos rostros y su pelo ensortijado. Sí, son ellos, la raza de los hombres del Levante, de aquellas tierras que visitamos con nuestro príncipe Osiris. Son los hombres del Nilo, el río que con sus crecidas anuales riega de exuberante fertilidad una tierra yerma. Me ayudan a incorporarme y me conducen en silencio a una de las chozas. Me sirven un caldo caliente, que apuro de un sorbo. Me siento mejor. Les sonrío y sólo entonces el mayor de ellos me pregunta:

—¿Qué te pidió Tíscar?

—Tíscar —les respondo con voz solemne— os ordena que regreséis a vuestro país. Predicad allí nuestro ejemplo, difundid nuestra historia. Que las generaciones del futuro sepan de la Atlántida y del por qué fenecimos. Que la soberbia humana no vuelva a ofender ni a los dioses ni a la naturaleza que los acoge. Que nuestra memoria no se pierda, que el recuerdo de la Atlántida siga vivo para siempre. Vuestra civilización tomará el relevo a la nuestra, seréis grandes, podréis poner en marcha lo mucho que aquí aprendisteis. Cuando vuestra cultura esté en decadencia, pasad el mensaje a la que os tomará el relevo. Y me pidió que os hiciera entrega de este medallón; custodiadlo hasta que consideréis llegado el momento de cederlo.

Escucharon mis palabras en silencio y tomaron el medallón con gran respeto.

Tras mis palabras fueron conscientes de que la hora de regresar a su tierra lejana había llegado. Crearían allí un templo y venerarían a los dioses de nuestra tierra de occidente, donde todo nació. Y contarían, de generación en generación, nuestro triste final.

Esa misma tarde partieron, silenciosos. Atrás quedaban muchas lunas de estudio en el país de los atlantes. Sabía que los egipcios cumplirían con su deber y que en sus templos se recordaría nuestra historia. La semilla de la memoria sería plantada junto al gran río del desierto y Egipto sería el lugar donde se custodiaría, por milenios, el legado atlante.

¿Habrá servido para algo mi esfuerzo? Eso, sólo el tiempo podrá decirlo y, a mí, poco ya me queda. Espero saber morir con la dignidad de Tíscar y que alguien, en el futuro lejano, pueda conocer lo que fuimos e hicimos en estas tierras proverbiales.

## Gárgoris y Habidis

El primer rey de Tartessos del que tenemos memoria se llamó Gárgoris. Tartessos prosperaba por aquel entonces gracias a sus riquezas pesqueras y mineras y durante su reinado se inició el cultivo de la miel de las abejas, lo que mejoró la alimentación de sus súbditos. Los habitantes de Tartessos adoraban al rey tanto como lo temían. El carácter de Gárgoris era impredecible: a veces cálido y zalamero, en otras ocasiones cruel y déspota sin límite. Gárgoris gustaba de los largos paseos por los extensos bosques tartésicos, que recorría a caballo escoltado por una guardia presta a defenderlo sobre su propia vida.

«El bosque de Tartessos», repetía Gárgoris a sus hombres de confianza, «es mi mejor aliado. Proporciona sustento a mi pueblo, caza para mis lebreles, madera para mis barcos, escondite en caso de riesgo».

Laia fue su hija más hermosa. Cuando cumplió los quince años, resplandecía bella y sensual. Gárgoris, sin poderlo remediar, la deseaba intensamente, por lo que procuraba no coincidir con ella para evitar la sacrílega tentación. Una noche de primavera, en la que la luna llena iluminaba el jardín, Gárgoris se sentó junto a un pequeño estanque, muy grato para sus sentidos. El rey estaba feliz. El reino gozaba de paz, los negocios eran prósperos, los pueblos vecinos le admiraban y respetaban, mientras que la fama de su reino se extendía mucho más allá de sus fronteras. Gárgoris jugaba con una mano en la frescura del estanque mientras se sentía satisfecho y orgulloso. La noche estaba perfumada por las muchas plantas aromáticas que el jardinero real regaba en arriates y alcorques.

El rey tenía los ojos cerrados cuando le pareció escuchar unos pasos suaves que se acercaban sin apenas hacer ruido. Era Laia, su hija, que le sonreía dulcemente. Gárgoris jamás la había visto tan hermosa y deseable. Sin poder contener su pasión, la abrazó y la besó largamente. Laia, al principio, intentó resistirse, pero después se dejó llevar, entregándose dulcemente. Esa noche la pasaron juntos. A la mañana siguiente, el rey, avergonzado, pidió a Laia que lo que había pasado quedara en un secreto entre los dos. Pero ambos sabían que mil ojos acechaban a todas horas en el palacio real y que su amor incestuoso debía ser ya la comidilla de criados, nobles y guardias. Y eso no era bueno. Al rey se le permitían muchas licencias, pero el incesto que acababa de cometer escandalizaría al tranquilo pueblo tartésico. Por prudencia, decidió que Laia estuviera sin salir por un tiempo, hasta que cesaran las habladurías. Después, la casaría pronto, nunca le faltarían buenos pretendientes.

Un par de meses después, cuando Gárgoris casi había olvidado la noche que pasó con su hija, su esposa vino a verle. Su rostro reflejaba una profunda preocupación que inquietó al rey. ¿Qué pasaba?

—Nuestra hija está embarazada. Dentro de siete meses parirá una criatura,

que será al tiempo hijo y nieto... Laia, a pesar de los pesares, está contenta y quiere criar al niño...

—¿Estás segura? —preguntó el rey alarmado—. Eso sería un auténtico escándalo, todo el pueblo me echaría en cara mi incesto...

—Es consecuencia de tu desvarío, y ahora tendrás que asumir las consecuencias de tu locura.

Tras la noticia, el rey se internó en lo más profundo de los bosques tartesios, sin querer ver a nadie. No sabía qué hacer. Ese niño le traería graves problemas... Pensó incluso en matar a la madre, a su hija Laia, pero se reconoció incapaz de hacerlo. Un par de días después, regresó a palacio más sereno. Al parecer, tenía un plan, aunque con nadie lo compartiría.

Los meses pasaron con lentitud, sin que Gárgoris quisiera volver a ver a su hija. Por su esposa sabía que el embarazo marchaba bien. En muchas ocasiones el rey deseó que se malograra, pero la fuerte naturaleza de su hija hizo que llegara hasta el día del parto plétorica de salud e ilusión. Gárgoris aún albergaba la esperanza de que la criatura muriera al nacer, como tantas veces ocurría en los partos de palacio. Pero los dioses estaban con la madre y con el hijo varón que alumbró. Nació grande y bien conformado y sus lloros fueron escuchados por todo el palacio, llegando hasta los oídos del mismo rey. Gárgoris, incapaz de aguantar aquellos llantos estridentes, ordenó a su palafrenero que preparase con rapidez su mejor caballo.

—Nos vamos al bosque de nuevo.

Cinco días después el rey regresó de improviso al palacio. La noticia del nacimiento real se había extendido y todos cuchicheaban acerca del hijo-nieto del rey, al tiempo que criticaban en susurros su monstruosa depravación. El rey ordenó llamar de inmediato a Hipnos, el jefe de su guardia.

—Quítale el maldito niño a la madre y llévalo al bosque, allá por la Peña Negra, donde están ahora los lobos más feroces del reino. Abandónalo allí y regresa. Que nadie sepa nunca, jamás, dónde terminó la criatura.

—Pero... señor, yo...

—O lo haces ahora mismo, o serás tú el que sirva de alimento a lobos y buitres. Y no regreses sin haber comprobado que las alimañas han devorado a ese demonio de crío.

Laia abrazó con fuerza a su hijo cuando vio cómo el rudo soldado entraba bruscamente en sus dependencias. Sin consideración alguna, el guardia agarró al niño y empujó a la madre, que comenzó a gritar desgarrada.

—¡No te lleses a mi hijo! ¡Por favor, no!

Pero el soldado no tuvo contemplación alguna ni con la madre ni con el niño, al que metió en una alforja. Laia lloraba y gritaba desesperadamente sin que

nadie acudiera en su ayuda. Ya se sabía que el secuestro del niño era orden del rey, cruel y despiadado, que regía sobre la vida de todos. Hipnos, en medio de un silencio sepulcral, sólo roto por el llanto del niño, abandonó el palacio a lomos de su caballo, acompañado por una reducida escolta.

Tras una larga cabalgada, alcanzaron el paraje de Peñas Negras, un entorno lúgubre y agreste sólo habitado por fieras y alimañas, que aterrorizaba a los lugareños. Nadie osaba adentrarse más allá del arroyuelo que Hipnos y sus hombres cruzaron alertas y temerosos de cualquier ataque inesperado. Al llegar a un pequeño claro, depositaron al niño sobre una manta y lo abandonaron con rostros compungidos. Ninguno de aquellos rudos soldados comprendía la cruel decisión de su rey. ¿Cómo podía ordenar matar a su propio hijo de esa manera tan cruel?

—Dejaremos aquí al niño —ordenó Hipnos—. Las fieras lo devorarán esta misma noche. Nosotros acamparemos a unas leguas de distancia y volveremos en un par de días para recoger los restos y llevárselos a Gárgoris.

Hipnos y sus hombres montaron su campamento sin apenas hablar entre ellos. El tiempo pasó lento y denso y, dos días después, levantaron la acampada y se dirigieron en silencio hacia Peñas Negras. A todos, que tanta sangre habían visto derramar en su vida de guerreros, les compungía tener que recoger los huesecillos apenas formados de un chiquillo inocente. Al llegar hasta el llano donde lo habían abandonado, se sorprendieron al no encontrar restos algunos sobre la manta. ¿Qué habría podido pasar?

—Busquemos por los alrededores —ordenó Hipnos—. Los lobos no habrán ido demasiado lejos para devorarlo.

Pero tras un buen rato de rastreo, no lograron encontrar ningún rastro del bebé real. Los soldados se miraban incrédulos entre sí, incapaces de dar respuesta a la desaparición.

—Puede que se hayan comido hasta los huesos. Pero no debemos regresar sin nada, vamos a buscar un poco más. Seguiremos los rastros de los lobos que han andurreado por aquí.

Inquietos, se adentraron aún más en aquel bosque oscuro, sin esperanzas ya de encontrar hueso alguno del príncipe desdichado. Cuando ya se disponían a abandonar la infructuosa búsqueda, una especie de lamento les llegó lejano.

—¿Qué ha sido eso?

—Parecía el llanto de un niño —respondió un soldado atónito.

—¡Vamos! Pero no... no puede ser el príncipe.

El sonido se fue haciendo progresivamente más claro a medida que la guarnición avanzaba.

—Increíble... Parece el llanto de un niño... pero ¡es imposible!

Aceleraron la marcha con el corazón encogido. Cuando el bosque se aclaró, saltó la sorpresa y ante ellos se mostró la visión más inesperada que hubieran podido imaginarse. Una gran loba amamantaba tiernamente al príncipe, que había dejado de llorar al recibir la leche que reclamaba. Con la emoción en los ojos, aquellos hombres endurecidos por la vida aguardaron en silencio hasta que la loba hubiera saciado por completo el hambre del niño. Entonces, la loba le levantó y se adentró lentamente en el bosque. Antes de perderse por completo, giró la cabeza para mirar con orgullo a aquellos hombres paralizados por el asombro. Pareció advertirles que su tarea ya había finalizado y que ahora les correspondía a ellos continuarla.

Hypnos se acercó hasta el niño, que sonreía satisfecho. Sin poderlo evitar lo acunó entre sus brazos y sin dudar lo tomó la decisión:

—Regresamos con el príncipe. Esto ha sido una señal de los dioses que nuestro rey sabrá comprender.

Pero Gárgoris no comprendió la señal y, enfurecido, la emprendió a voces con sus oficiales de mayor grado:

—¡Estoy rodeado de inútiles que no saben acabar ni con la vida de un niño indefenso! ¿Qué ocurrirá si nos invaden enemigos de verdad? ¿Huiríais como ratas? ¡Acabad de una vez con el niño! ¡Echádselo a la jauría de perros de caza! ¡Lo devorarán en un suspiro, cuando están hambrientos son peores que los lobos!

Los soldados se llevaron al niño mientras ordenaban a los perreros no alimentar a la jauría. Cuando rugieran de hambre les arrojarían al príncipe. Mientras esto ocurría, la mujer de Gárgoris y abuela del niño logró acceder hasta su dormitorio.

—¿Qué haces aquí? —gritó enfurecido el rey—. ¡Te prohibí salir de tus dependencias!

—¡Vengo a tratar de salvar a Habidis!

—¿Quién demonios es Habidis?

—Habidis es el hijo de tu pecado y mi nieto queridísimo, hijo de Laia, la hermosa. ¡Debes cesar en tu locura y perdonar a esa criatura que culpa ninguna tiene!

—¿Cómo osas hablar en ese tono a tu marido y a tu rey? ¡Haré que te castiguen!

—Haz conmigo lo que quieras, pero salva al niño, te lo ruego... Si muere, jamás podrás perdonártelo...

—¡El pueblo nunca permitirá que el fruto de un incesto viva en palacio! ¡Prefiero pasar por un rey despiadado que por un monarca débil e incestuoso! Lo hago por el bien del reino, ¿no lo comprendes?

—¡Estás en un grave error! ¡Habidis podría ser un gran heredero!

—¡Un hijo del pecado nunca podrá ser rey! ¿Y cómo has osado ponerle nombre sin mi autorización?

—Ni siquiera lo has visto, ¿acaso tú le habrías puesto otro nombre? Habidis se llamaba tu padre y Habidis se llamaba tu abuelo... ¿Se te ocurre un nombre más adecuado para tu heredero...?

—¡Nunca será mi heredero, ¿lo oyes?! ¡Morirá mañana y no quiero que nunca, nadie jamás, vuelva a pronunciar ese nombre en mi presencia! ¡Vete de aquí antes de que llame a la guardia para que te eche sin contemplaciones!

Cuando su esposa abandonó su estancia entre sollozos, Gárgoris quedó en un profundo silencio, sumergido en la ira y el dolor. Pidió a sus sirvientes una jarra de vino y comenzó a beber en la soledad de su desesperación, hasta quedar profundamente dormido en su ebriedad.

Cuando los perros ya aullaban de hambre, Hypnos llevó a Habidis hasta la perrera. Con el alma desgarrada, conocedor del sacrilegio que cometía, depositó al niño sobre el suelo y abrió la trampilla. La jauría se abalanzó sobre aquella carne sonrosada y tierna que se les ofrecía como festín. Hypnos giró la cabeza, pues no hubiera podido contemplar la terrible carnicería anunciada. Pero, de repente, los perros mudaron sus fieros ladridos por tiernos ronroneos. Asombrado, el capitán abrió los ojos para encontrarse de nuevo ante una escena inesperada. Aquellos perros acostumbrados a despedazar jabalíes y venados lamían amorosamente a la criatura que les sonreía feliz. Sorprendido, dejó pasar un buen rato, pero ninguna de aquellas fieras hizo el menor intento de causar daño alguno al príncipe, que parecía sentirse a gusto entre la jauría real. Al anochecer, comprendiendo que los dioses volvían a enviarles una nueva señal, encerró a la jauría para abrazar de nuevo al niño prodigioso. Esa noche durmió con él, temeroso de la reacción de su monarca cuando se enterara de que su hijo aún seguía con vida.

Hypnos no pudo dormir en toda la noche, sabedor de que Habidis estaba tocado por un don divino. Sin fuerzas ya para soportar la ira de Gárgoris, decidió desertar. Cuando las primeras luces del alba aún no habían desgarrado el horizonte, abandonó el palacio al galope para dirigirse hacia las fronteras más apartadas del reino. Sabía que sería condenado como proscrito y que su cabeza rodaría bajo el hacha del verdugo si las fuerzas del rey lograban apresarle.

Gárgoris, que se levantó de un pésimo humor por la resaca del mucho vino que había bebido la noche anterior, apenas si dio crédito a las noticias que le proporcionaba el oficial de día. Que Hypnos había desaparecido y que la jauría de perros había respetado al niño, lamiéndolo con cariño en vez de destrozarlo a dentelladas.

—¡Eso son tonterías que se ha inventado el traidor de Hypnos! ¡Quiero su cabeza! ¡Y quiero, de una vez por todas, ver desaparecer a ese niño infernal! ¡Y necesito pruebas de su muerte! Tatuadle con la «T» de Tartessos el



hombro izquierdo, echadlo bajo los pies de los rebaños de vacas, cabras, ovejas y cerdos cuando regresen de los campos a la tarde para que lo pisoteen inmisericordemente. Y traedme sus despojos después. Con el tatuaje comprobaré que se trata del niño infame.

Los soldados, aterrorizados, cumplieron a regañadientes sus órdenes, pero de nuevo aconteció un prodigio inexplicable. Los rebaños innumerables que aceleraban su paso con la querencia del retorno a sus establos, respetaban con sus huellas el lugar donde estaba Habidis. De las miles de cabezas que pasaron a su vera, ninguna llegó a rozar siquiera la delicada piel del infante. Al oscurecer, cuando todos los rebaños estuvieron recogidos, los soldados regresaron para trasladar al rey lo acontecido. Tanto miedo le tenían, que tuvieron que sortear entre ellos quién era el desdichado que tendría que comparecer ante su despiadada presencia.

—¡Estoy rodeado de inútiles! —bramó el monarca al enterarse del nuevo intento fallido—. ¡Es que nadie sabe hacer nada bien en esta corte de mendaces! ¡Cambiaré a todos los soldados de mi guardia! ¡Decid que comparezca el almirante de mi flota!

Un rato después, Antas, el responsable de la marina tartésica, inclinaba respetuoso la cabeza ante su rey.

—Aquí me tenéis, mi señor. ¿Qué deseáis?

—Tienes una importante misión que cumplir. Mis oficiales de tierra no han sido capaces de llevarla a cabo, ineptos e incapaces. Por eso recorro a ti, responsable de mi gloriosa marina, orgullo de Tartessos.

—Haré lo que me pidáis. ¿De qué se trata?

—Es una tarea bien fácil. Solo debéis hacer desaparecer para siempre a un niño que os entregarán enseguida. Quiero que navegéis mar adentro y lo arrojéis al mar profundo para que sirva de alimento a los tiburones y monstruos marinos.

Aunque a Antas la orden de asesinar a un niño le pareció tarea indigna de un soldado, agachó la cabeza en señal de sumisión y se dispuso a cumplir el mandato real. Esa misma noche ordenó zarpar a su tripulación y navegó mar adentro en el más veloz de sus trirremes. A la mañana siguiente, cuando la línea de costa ni siquiera se divisaba, arrojó la canasta de mimbre que contenía al príncipe en aquellas aguas azules y profundas. La canasta no tardaría en hundirse en los abismos insondables de aquel mar infinito.

Cumplida la misión, Antas ordenó virar hacia la costa, sin querer volver la vista atrás. No aprobaba el comportamiento de su monarca, pero se debía a sus órdenes y, como buen militar que era, las cumpliría hasta la muerte.

—Misión cumplida, mi señor —se dirigió sumiso a Gárgoris cuando estuvo ante su presencia.

—¿Seguro? —preguntó el rey con desconfianza.

—¡Pues claro! Nadie puede regresar desde esa distancia a la orilla.

—Brindemos por esa buena nueva, excelente noticia para tu rey y su reino.

Esa noche, Gárgoris invitó a su mesa a Antas, un alto honor que pocas veces concedía. Pero mientras ambos hombres compartían celebración con vino y carne asada un nuevo prodigio acontecía muchas leguas mar adentro. La canasta que contenía a Habidis era empujada con suavidad hacia la costa por una familia de delfines que se turnaban en la tarea. Sólo la luna llena que reinaba sobre el océano fue testigo de cómo los delfines depositaron a Habidis con dulzura sobre las arenas de una extensa playa, en un mágico paraje que casi tres mil años después sería conocido como Coto de Doñana.

Al amanecer, una humilde pastora que habitaba en una choza del cercano bosque se apiadó de aquel desvalido niño que encontró en la orilla dentro de una canasta de mimbre y se lo llevó con ella, para cuidarlo y criarlo. El niño creció en plena naturaleza, sano y feliz, hasta que, casi cuatro años después, la mujer murió, víctima de la mordedura de una víbora. Habidis volvía a quedar solo y desamparado, sin que nadie en todo el reino tuviera la más mínima idea de quién era ni de dónde se encontraba. Aquella tarde, cuando el hambre comenzó a roerle la barriga, el príncipe lloró amargamente junto al cuerpo sin vida de la mujer que lo criara y que le enseñara las primeras palabras. Al anochecer, una cierva parida se acercó hasta él y le ofreció su ubre repleta de cálida leche. Así, un día tras otro, las ciervas del bosque se alternaron para amamantarlo hasta que Habidis creció lo suficiente como para correr junto a ellas, jugar con los cervatillos y huir con la manada hasta lo más profundo de aquel bosque enorme.

Creció ágil y veloz como un animal silvestre. El mucho ejercicio lo musculó e hizo de él un joven apuesto y atlético. Ocasionalmente, se encontraba con pastores y leñadores, con los que aprendía los rudimentos de la lengua de los humanos. Una mañana, cuando tenía dieciséis años cumplidos, se encontraba tranquilamente tumbado junto a la manada de ciervos con los que se había criado cuando le pareció escuchar un extraño susurro en la espesura. Apenas si llegó a incorporarse cuando unas flechas silbaron en el aire, tan veloces como fatales, para ir a clavarse, traicioneras, en el corazón de las ciervas. Enfurecido, Habidis saltó sobre los confiados cazadores, hiriendo a uno de ellos. Los hombres, aterrorizados ante la súbita aparición de aquel hombre lobo, huyeron despavoridos, temerosos de su furia desgarrada.

Habidis cambió a partir de aquel día. Se convirtió en un bandolero que atracaba a las personas que consideraba poderosas para entregar sus riquezas a los pastores y a las gentes humildes del campo. Aunque nadie sabía su nombre, su fama se extendió por el reino hasta que llegó al mismo palacio de Gárgoris, que montó en cólera al descubrir que sus soldados no eran capaces de matar a un vulgar delincuente.

—¡Nos está ridiculizando! ¿Qué pensará el pueblo de su rey, si no es capaz de impedir que un bandolero infunda el pánico entre las gentes de bien?

—Señor, es más rápido que nuestros caballos... Dicen que se crio entre ciervos y que adquirió su velocidad... Se mueve también con el sigilo de un zorro, aparece y desaparece como por arte de magia, sin que logremos apresararlo.

—¡Sois unos inútiles! ¿Es que nadie vale para nada en este reino? ¡Ponedle una trampa y cazadlo! ¡Lo quiero vivo ante mí, quiero conocer a ese demonio que nos ha humillado durante tanto tiempo!

Sus soldados decidieron tenderle una emboscada. Simularon que un par de ricos comerciantes acampaban en un llano del bosque, una tentación demasiado fuerte como para que el famoso bandolero la pudiera resistir. Pero antes, habían excavado un profundo foso cubierto con ramas y perfectamente confundido con el terreno. El joven bandolero no pudo evitar caer en la trampa. Su cuerpo quedó atrapado entre las redes y no tardó en ser rodeado por los fieros soldados, sin que nada pudiera hacer por defenderse.

—¡No hacedle daño! —ordenó el capitán—. ¡El rey lo quiere sano y salvo, sin duda para someterlo al más cruel de los tormentos para escarmiento de los desalmados!

Depositaron al bandolero en una recia jaula para fieras que habían colocado sobre un carro, y comenzaron a rodarlo hacia el palacio. Algunas personas se reían del prisionero, pero la mayoría guardaba un sentido silencio, pues se había ganado el respeto de las gentes humildes. Cuando llegaron a palacio lo encerraron en la más profunda de las mazmorras, para que no tuviera opción alguna de huida.

El rey, al enterarse de la noticia, sonrió feliz. ¡Por fin habían apesado a aquel maldito bandido! Le daría su merecido castigo; tras el tormento, lo decapitaría y su cabeza sería colgada a la puerta de la ciudad, para que sirviera de escarmiento y aviso. Pero antes quería verlo, hablar con él, observar a aquel extraño joven, más animal que persona, que había conseguido mantener en vilo a sus mejores hombres durante tanto tiempo. Hizo que lo subieran, aherrojado con gruesas cadenas, hasta un patio del palacio. Antes, los guardianes le dejaron un cubo de agua para que el prisionero pudiera limpiarse la cara. Cuando lo sacaron al exterior, uno de los carceleros, al mirarlo de frente, no pudo evitar una comprometida expresión.

—Mira, este maldito prisionero tiene la misma cara que Gárgoris...

—Es increíble lo que se parecen —murmuró con asombro su compañero—. Antes, con la suciedad y la sangre, no habíamos apreciado el parecido...

Guardaron silencio, pues no era prudente en aquel palacio susurrar palabras que pudieran encender la ira del colérico rey. Aún se rumoreaba el crimen que cometió con su hijo incestuoso.

—Señor —avisó un oficial a su monarca—, el preso ya está listo. ¿Comenzamos el tormento?

—No, esperad, quiero hablar con él; quiero verle temblar ante mi presencia...

Mientras se dirigía al patio, Gágoris añoró el poder tener un heredero que le acompañara en estos grandes momentos de gloria. Sus hijos habían fallecido en su infancia, y el reinado no disfrutaba de un príncipe que garantizara la estirpe... y él se sentía ya viejo para seguir intentándolo... Pero no era momento de debilidades, tenía que regocijarse en su triunfo sobre el bandolero que había aterrorizado durante un tiempo a sus hombres.

—¡Póstrate ante nuestro rey! —gritó un soldado al preso mientras le obligaba con violencia a arrodillarse.

—Vaya —comentó el monarca, satisfecho—, parece que ahora eres sumiso... ¡Levanta la cara que vea tu rostro!

El joven levantó entonces su rostro y miró al rey con ojos intensos e irreductibles. Gágoris se quedó absorto, sorprendido y temeroso ante la firmeza de aquella mirada que no esperaba. Pero había algo más, sus hermosas facciones le resultaban muy familiares, como si lo conociera desde la infancia. Los remordimientos le sacudieron las entrañas y el recuerdo de Habidis, el hijo que ordenó asesinar, le atormentó la conciencia... ¡Cómo se había arrepentido de aquella decisión que le había amargado la vida! Pero ¿por qué se acordaba de todo aquello en ese preciso momento? Había sido la mirada de aquel joven preso la que había removido el fango de sus entrañas. ¿Y si...? No, no podía ser, eso era un disparate, su hijo murió en las oscuras profundidades de la mar oceánica hacía unos dieciocho años...

Todos los presentes guardaban un sorprendido silencio ante la extraña quietud de su rey, que había quedado en trance observando a aquel bandolero. ¿Qué le estaría pasando?

—¿Qué edad tienes? —le preguntó Gágoris.

—¡Responde de inmediato a nuestro rey! —le forzó el soldado.

—Dieciocho años...

—¡Di señor! —le urgió con ferocidad el soldado que le agarraba.

—Dieciocho años, señor...

—Dieciocho... qué casualidad... ¿quiénes son tus padres?

—No lo sé, señor...

—¡Responde al rey con la verdad o sufrirás tormento de inmediato!

—No, no, déjalo —ordenó el rey al soldado impetuoso—. Dime, ¿quiénes eran tus padres?

—No lo sé, señor. Me crie con una humilde pastora que murió pronto, y

después fueron las ciervas las que me amamantaron y cuidaron.

Gárgoris no podía creer lo que escuchaba. Los animales salvajes lo habían salvado, al igual que ocurriera varias veces con su difunto hijo Habidis... Comenzó a sudar y se acercó aún más al joven encadenado.

—¿Cómo conociste a la pastora que te crio?

—No lo sé con exactitud, señor. Todavía era muy niño cuando ella murió, pero entre las brumas de mi primera memoria creo que me dijo que me recogió en una canasta en la orilla del mar...

—¡No! ¡No puede ser! ¡Dime que eso es mentira!

Varios de los presentes se acercaron para auxiliar a su monarca, preocupados por sus inexplicables reacciones.

—Por favor —respondió Gárgoris con una suavidad muy poco usual—, dejadme, no os preocupéis, sólo quiero conocer la vida de este... bandol... de este joven.

Gárgoris volvió a dirigirle la palabra.

—¿Es cierto lo que me has contado?

—Es lo que creo recordar que me dijo, quizás sólo se trate de un sueño infantil, pero es lo que recuerdo...

Gárgoris se apartó y comenzó a pasear en solitario. Necesitaba pensar, eran demasiadas las casualidades... y después estaba ese rostro tan familiar... Por una parte, deseó con todas sus fuerzas que aquel joven formidable pudiera ser su hijo Habidis. Por otra, sabía que aquello era imposible y que su dilación y dudas en ordenar su ejecución podían socavar su autoridad entre sus fieles. Debía acabar ya con él, no podía seguir mirando a aquel rostro que reflejaba como un espejo sus propios fantasmas.

—¡Basta ya! —gritó una vez que se hubiera acercado hasta el prisionero—. ¡Cortadle la cabeza y exponerla en la puerta del palacio! ¡Así todos sabrán que nadie puede quebrantar impunemente las leyes del reino!

El verdugo se dispuso a ejecutar la sentencia de muerte. El joven, con gran entereza, no se quejó ni dificultó con resistencia alguna. Todos los presentes se asombraron por el valor del condenado. Cuando el verdugo le ordenó colocar el cuello sobre un grueso tronco de encina, los jirones de ropa que le cubrían el torso se cayeron, quedando gran parte de su cuerpo al descubierto. Y fue entonces cuando todos pudieron descubrir el tatuaje en forma de «T» de su hombro izquierdo...

—¡Parad, parad! —gritó el rey fuera de sí—. ¡No podemos matar a este joven!

—Pero, qué ocurre, señor...

—Este joven... este joven... ¡es mi hijo Habidis!

El joven se levantó, y todos pudieron comprobar el extraordinario parecido que tenían entre sí.

—Es cierto... son idénticos... —comenzaron a murmurar los cortesanos—, ¡sin duda se trata del príncipe Habidis!

El rey, sin poderlo evitar, rompió a llorar. Las lágrimas por tantos años acumuladas se desbordaron sin medida. Ordenó que le quitaran las ataduras y los hierros, y lo abrazó larga y tiernamente...

El joven comenzó a recuperarse y a recibir formación en palacio, conoció a Laia, su verdadera madre, y supo digerir las increíbles historias que de manera tan sobrenatural le acontecieron tras su nacimiento. Gágoris cambió de carácter tras su reencuentro con su hijo. Volvió a sonreír, a ser amable y comprensivo. Apenas dos meses después, lo nombró heredero del reino en un acto solemne y lleno de orgullo.

Gágoris aún gobernaría un año más. Al morir, su hijo Habidis, el príncipe querido y adorado por el pueblo, fue proclamado rey de Tartessos. Habidis fue un monarca prudente y sabio, que condujo al reino a la abundancia y la paz. Gobernó largos años, mejoró la agricultura, introdujo el yugo de los bueyes y el arado, y fundó siete ciudades que hicieron a Tartessos un reino rico y poderoso, cuya fama se extendería hasta los más alejados confines.

## Los bueyes de Gerión

Yo soy Hércules, hijo del mismísimo Zeus, y os quiero contar por qué viajé por vez primera hasta el famoso y lejano Tartessos. Dicen que nací en Tebas, hace muchísimo tiempo ya, en el año 1282 antes de la era cristiana que hoy domina los calendarios. Soy hijo del Dios más grande y poderoso, pero, sin embargo, no soy divino. Me dicen héroe, que es algo así como un semidiós, aunque yo, en verdad, ni me siento hombre ni tampoco dios. Siempre viví confundido, desde mi atormentado nacimiento, sin saber realmente cuál era el sitio que me correspondía. Mi familia es muy complicada, pero quizás merezca la pena que la conozcáis un poco, para así acercaros a mis desconsolados complejos. Como os decía, mi padre es Zeus, aunque yo no soy hijo de la diosa Hera, su esposa. Nací de un adulterio divino y eso condicionó mi vida, pues Hera me ha odiado desde entonces, poseída por unos celos invencibles. Mi pobre madre fue una humana que se llamaba Alcmena y era esposa del rey Anfitrión, del que estaba profundamente enamorada. Pero mi padre Zeus, que la deseaba, tomó la forma de su marido mientras éste se encontraba lejos, para engañarla, meterse en su lecho y engendrarme. Sí, sí, ya sé que es de una bajeza sin límites, pero los actos de mi padre Zeus no pueden medirse con la estrecha moral humana. Deseó a mi madre, la engañó, la poseyó... Y de ese acto nacimos tanto yo como mi hermano gemelo Ificles. Hera no perdonó jamás la infidelidad de su marido Zeus y juró venganza eterna. Pero incapaz de enfrentarse con él, la tomó conmigo y me persiguió a lo largo de toda mi vida. Mis muchas desgracias vienen firmadas por la mano de Hera, la diosa poderosa.

Mi madre quedó embarazada antes que mi tía. Y Zeus prometió que el niño que primero naciera, sería rey. Mi madre, durante su plácido embarazo, sabedora de que daría a luz antes que su cuñada, me cantaba dulces canciones en las que me llamaba príncipe y rey. Pero Hera, con sus malas artes, consiguió atrasar el parto de mi madre para que mi primo Euristeo pudiera nacer antes que yo y así ser nombrado rey. Reinaría Micenas, mientras que a mí simplemente me darían el poder sobre Tirinto, una tosca fortaleza sin otro encanto que los cardos y las desnudas rocas de sus muros. Pero ni siquiera con esa manifiesta injusticia quedó tranquila la vengativa Hera. Cuando apenas yo tenía dos añitos, aprovechando que estaba solo, introdujo en habitación dos enormes serpientes. Estaban hambrientas y de inmediato sintieron el olor y el tibio calor de mi cuerpecito. Con sus feroces fauces abiertas se arrojaron sobre mí para devorarme y saciar así los rigores de sus hambres ancestrales. Fue mi primera batalla. Sin qué todavía alcance a comprender de dónde pude sacar las fuerzas, el caso es que con cada mano atrapé por el cuello a las dos bichas y las estrangulé, hasta matarlas, entre terribles espasmos y contracciones. Cuando sus cuerpos quedaron exangües, me libré de la prisión de sus anillos y me puse a jugar con sus cuerpos inermes. Así me encontraron los asombrados sirvientes cuando regresaron a mi dormitorio, alertados por el ruido de la lucha. Nacía mi leyenda, pero no mi felicidad.

Crecí fuerte y sano, pero un endiablado carácter complicó mi existencia desde la infancia. No podía dominar mis ataques de cólera, en los que me convertía en una fiera con instintos asesinos. Sin poderlo evitar, maté con mi propias manos a mi primer maestro, el pobre Lino, de lo que aún me arrepiento. Me había regañado por una tarea que no había realizado bien y mi orgullo infantil se sintió herido. Salté sobre él y lo asesiné. Mi padre adoptivo, el rey Anfitríón, temeroso de que cometiera más barbaridades me envió al campo, entregándome a pastores para que me educaran, convencido como estaba que yo sería hombre de monte y no de corte ni palacio. En eso acertó. Fueron mis años más felices, aprendiendo las ciencias de la naturaleza a través de la sabiduría de ganaderos y pastores. Aún recuerdo cuando logré matar al León de Citerón, una fiera enorme y astuta que durante meses atacó y diezmó los ganados sin que cazador alguno pudiera localizarla y matarla. Decidí hacerlo yo, a pesar de mis pocos años adolescentes. Durante cincuenta días estuve tras sus huellas, hasta que, finalmente, pude sorprenderla y matarla. En ese instante, cuando su sangre caliente corría por mis brazos victoriosos, me sentí poderoso e invencible. Grité como un loco, poseso de la misma extraña y salvaje felicidad que después volvería a sentir tras la coronación de cada uno de mis doce trabajos míticos. Desollé al animal y me vestí con sus pieles. Así fui reconocido desde entonces. Nada de finas telas ni túnicas delicadas. Mi mejor vestimenta sería la piel de león, lo que me concedía un aspecto feroz que intimidaba a mis enemigos.

Pero no quiero haceros demasiado larga mi desdichada historia. Me he propuesto sincerarme en estas líneas y os debo contar algo terrible. Joven todavía, me casé y tuve hijos. No fui un padre ejemplar, pero sí puedo afirmar que quise a mis vástagos con toda la fuerza de mi enorme corazón. Por eso, nunca podré perdonarme la mayor de las locuras insensatas que cometí en toda mi vida. Conocedora la maldita Hera del amor que sentía por mi prole, me enloqueció mientras dormía. Al despertar, dominada mi voluntad por la sed de venganza de Hera, asesiné a mi mujer y a mis hijos. Al recuperar la razón creí enloquecer de dolor al comprobar la atrocidad que acababa de cometer con mis propias manos, abducido por la maldad de Hera. Caí al suelo, y, por primera y única vez, lloré sin consuelo. Con el corazón desgarrado por la hiel del dolor, decidí suicidarme. Apoyé el puñal sobre mi pecho, pero pensé que eso era lo que Hera buscaba desde mi nacimiento. No quise hacerla feliz y me retiré con mi vergüenza, soledad y dolor a lo más profundo de los desiertos cercanos, donde nadie, jamás, pudiera volver a verme nunca. Pasaba las noches en vela, maldiciendo a la luna y a las estrellas por mi desgracia y gritando el nombre de mi familia muerta. Mil veces quise morir y mil veces me aparté de sus oscuros brazos por no satisfacer los malvados deseos de Hera.

No sé cuánto tiempo pasé en aquellas soledades. Sólo recuerdo que una mañana escuché gritar mi nombre a mi hermano gemelo Ificles. Yo apenas pude balbucear algunas palabras, pues hasta la capacidad del habla había perdido. Pasó unos días conmigo, consolándome y animándome a regresar con los hombres. Ante mi reiterada negativa recurrió a un argumento que finalmente me derrotó. Me dijo que me comprendía, pero que lo mejor que podía hacer era acudir al Oráculo de Delfos para pedir consejo y que fueran los dioses los que me abrieran el futuro. Así lo hice. Viajé hasta Delfos y allí,



en su templo, la sibila Déléfica, tras una larga liturgia premonitoria, me dijo que sólo podría purgar el terrible pecado de haber asesinado a mi familia realizando los diez trabajos que me encargaría mi primo Euristeo. Yo aborrecía a mi primo por haberme usurpado, gracias a la malicia de Hera, el trono que me correspondía. Se trataba sin duda de una durísima penitencia, que acepté resignado, deseoso de acabar de una vez con la angustia que atenazaba a mi corazón.

El miserable de Euristeo me fue encargando trabajos, cada uno más imposible que el anterior, con la esperanza de que en cualquiera de ellos perdiera mi vida. Cobarde como una ardilla, el rey se ocultaba en una gran tinaja de bronce cada vez que yo regresaba triunfante. Se negaba a verme en persona y me daba sus instrucciones a través de un heraldo. Ni siquiera podía entregarle el fruto de mis trabajos en mano, sino que me tenía que limitar a dejarlos en las afueras de la ciudad. Sumiso, conteniendo mi rabia y orgullo, yo le obedecía fielmente, acatando el oráculo de la sibila Déléfica, pues sabía que era la única manera en la que la felicidad podría algún día encontrar de nuevo acomodo en mi corazón. El miserable de Euristeo se devanaba los sesos intentando encontrar trabajos sufridos e imposibles que pudieran acabar conmigo y su desconsuelo ante cada trabajo que lograba culminar con éxito crecía en la ponzoña de su corazón.

El primero de los trabajos que me encomendó fue el cazar al fiero León de Nemea, con cuya durísima piel hice mi túnica y casco definitivo. Después maté a la Hidra de Lerna, capturé a la Cierva de Cerinea y al Jabalí de Erimanto, conseguí limpiar los establos de Augias, logré matar a los terribles Pájaros de Estínfalo, capturé al Toro de Creta, hurté las yeguas de Diomedes, robé el Cinturón de Hipólita así como los bueyes de Gerión, sustraje las manzanas del Jardín de las Hespérides y, por último y esforzado trabajo, logré capturar al mismísimo perro Cerbero y pude sacarlo de los Infiernos. Con todos esos terribles trabajos, en los que tantas veces estuve a punto de perder la vida, logré purgar mi pecado y cumplir mi penitencia.

Pero como os decía al principio, hoy quiero detenerme en el décimo de los trabajos, el de los Bueyes de Gerión. Tras finalizar el noveno, el de la sustracción del cinturón de Hipólita, me encontraba por completo deshecho y agotado. Mi cuerpo y mi mente precisaban de un descanso que el malvado de Euristeo no estaba dispuesto a concederme. A través de su heraldo me hizo llegar mi próximo trabajo, nada más ni nada menos que robar los bueyes de Gerión, el poderoso rey de Tartessos, el rico país del occidente. Su poder era conocido a lo largo y ancho de todo el mar que vosotros conocéis hoy como Mediterráneo. Vivía en la isla de Eriteia, sobre la que siglos después terminaría fundándose la ciudad de Cádiz. Gerión era de familia ilustre: su padre, Crisaor, fue hijo de Poseidón y de Medusa y su hermano era el caballo alado Pegaso. La genealogía de su madre, Calírroe, no le iba a la zaga, pues era hija de Océano y de Tetis. Descender de dioses tan destacados en el Olimpo otorgó a Gerión una fuerza descomunal, aunque algún grave pecado habrían cometido sus progenitores cuando lo parieron con aspecto monstruoso. Gerión tenía tres cuerpos en uno, pues de su cintura emergían tres fuertes troncos rematados con tres fieras cabezas. Era grande como un gigante y cada uno de sus seis brazos robustos como una columna. Reconozco que al enterarme del trabajo, un intenso temor acosó a mi intrépido corazón.

¿Cómo lograría llevar a cabo aquella proeza, frente a un rey tan poderoso y en un país tan lejano?

—Gerión es muy rico —me comentó el heraldo de Euristeo mientras me concretaba el encargo—, pero de todas sus grandes riquezas las que más valora son sus manadas de vacas y bueyes, que pastan en libertad en extensas marismas. Son esos toros los que tienes que robar para traerlos aquí, hasta nuestro señor.

—¿Y me recibirá en esta ocasión el rey en persona, o seguirá escondiéndose en el caldero de cobre? —respondí con sorna, arrepintiéndome de inmediato de mi desahogo, pues no haría más que irritar a aquel del cual dependía mi felicidad.

A pesar de mi extremo cansancio, decidí partir cuanto antes, para intentar resolver el encargo a la mayor premura posible. Haría el viaje hasta el lejano poniente recorriendo el norte de África. Conseguí la única embarcación dispuesta a llevarme hasta las cercanas costas africanas y, una vez desembarqué con éxito en un pobre puerto, me apresté a comenzar mi andadura, aunque no tardaría en comprender mi enorme error. La travesía a través del desierto de la Libia era, sencillamente, insufrible. El sol de castigo y unas temperaturas infernales amenazaban con convertirme en un efímero charco de sudor. En una ocasión, tras casi dos días sin beber y con la piel llagada por los inmisericordes rayos solares, creí que moriría de sed. Y jamás llegué a figurarme suplicio semejante. Pero mi hora aún no había llegado y la providencial aparición de unos pastores nómadas me salvó la vida; ni siquiera recuerdo sus nombres, pero les quedé por siempre agradecido.

Tras reponerme, me convencí de que jamás podría llegar por tierra hasta Tartessos, ya que el desierto supondría mi tumba. Y yo no quería morir, por lo que decidí bajar hasta la costa y buscar una embarcación que viajara hasta poniente. Fue tarea imposible. No encontré ni barcos ni marineros capaces de esa travesía. A lo más, unas míseras barquitas de pesca que apenas si alcanzaban a alejarse de la orilla. Impotente, grité de rabia maldiciendo mi suerte. Parecía que, en esa ocasión, los hados me impedirían alcanzar mi objetivo. Y mientras rumiaba mi desesperación, el sol inclemente no dejaba de castigarme con sus dardos luminosos. Sequé mis ojos sudorosos mientras elevaba mi mirada y tuve una idea. Si Helios, el sol, era uno de mis principales problemas, con mi astucia podría transformarlo en mi solución. Sin dudarle ni un instante más, tensé mi arco hasta el límite de mis fuerzas y apunté directo a su corazón solar. La primera flecha salió disparada hacia el cielo, a partir de la cual disparé alguna otra con aviesa intención. Sin duda alguna logré molestarlo, porque de inmediato me gritó:

—Hércules, ¿por qué me disparas? ¿No ves que puedes herirme con tus flechas?

—Helios, tú llevas mucho tiempo hiriéndome con las tuyas. A punto he estado de morir de sed y calor. Necesito que me ayudes.

—Sabes que no debo favorecer a mortal alguno...

—Pues si no lo haces, seguiré disparando mis flechas hasta que alguna atravesase tu corazón egoísta.

Helios, al que no le apetecía nada que pudiera herirle, me pidió que le dijera qué era lo que deseaba:

—Deseo que me prestes la copa dorada que utilizas como embarcación cada noche para hacer el largo viaje que te lleva desde el poniente, donde te ocultas, hasta el levante, desde donde emerges cada amanecer. Tengo que llegar hasta Tartessos y no dispongo de demasiado tiempo, con tu copa viajaría con rapidez.

—Te la prestaré para que llegues a tu destino. Pero a cambio debes jurarme, por tu padre, Zeus, que jamás volverás a molestarme.

—Te lo juro. Si traiciono mi palabra, que la ira de Zeus recaiga sobre mí.

Mis razones parecieron convencerle y en breves instantes quedé deslumbrado por la aparición, junto a la playa, de una bellísima nave de refulgente oro y forma de copa a la que embarqué con mis escasas pertenencias. Navegamos a una velocidad enorme y con una sorprendente suavidad para, al poco tiempo, llegar hasta el límite occidental mismo del mar, donde me encontré con una gran pared de montañas y rocas que lo cerraban. Yo tenía que pasar y no estaba dispuesto a rendirme, así que decidí actuar para domar aquella colosal naturaleza que parecía querer impedir mi viaje. Hice acopio de todas mis fuerzas, busqué una grieta por la que introducirme y comencé a empujar con mis brazos y piernas aquellas montañas que impedían culminar mi navegación. Haciendo un esfuerzo titánico advertí cómo las rocas comenzaban a separarse. Redoblé mi ímpetu y pronto noté que el agua comenzaba a circular bajo mis pies. Estaba consiguiendo separar África de Europa para abrir así el canal marítimo que desde entonces une el Mediterráneo con la mar Océana y que conocéis como el Estrecho de Gibraltar. A las montañas que resguardan ambos lados del estrecho que abrí con mis propias manos se les conoce como las Columnas de Hércules, en honor a la gigantesca hazaña que acababa de realizar. Pero esa no era mi tarea principal, por lo que debía apresurarme a finalizar mi periplo para poder devolver la copa dorada que Helios me prestara.

Al desembarcar en un lugar cercano a Eriteia, y tras devolver la barca a Helios, pregunté a los lugareños por la situación del ganado de Gerión y la información que recibí no pudo ser más desalentadora. Cerca de la isla, en unas extensas marismas de ricos prados, pastoreaban las manadas de vacas rojas y bueyes preferidos por el rey de Tartessos. Hasta ahí, todo bien. Pero me estremecí al enterarme que el ganado estaba protegido por Ortro, un perro gigantesco y fiero, que había sido regalado al monarca por Atlas, su anterior propietario. El can era famoso por su extrema fiereza, tenía dos cabezas y era hermano de otro perro muy famoso, el can Cerbero, que custodiaba las puertas infernales del Hades. Me contaron que Ortro ya había despedazado a muchos de los que se acercaban a los bueyes y que debía tener mucha prudencia si quería ver el ganado, pues atacaba sin previo aviso. Además, me contaron que como el rey Gerión tenía tanto aprecio a sus

bueyes, esos crímenes quedaban impunes. Los bueyes también se encontraban custodiados por el pastor Euritión. Comprendí que la tarea no sería fácil y preferí prepararme bien para acometerla. Así que decidí reponer fuerzas durante un par de días, en los que apenas si me moví de la choza abandonada que encontré junto a la orilla y que fue mi efímera morada, pues me garantizaba la discreción que mi misión me imponía. Gerión no podía enterarse de mi visita, ni, mucho menos aún, de las intenciones que albergaba. Durante mi descanso pude advertir la gran riqueza de aquellas tierras, la abundancia de comida, las nobles edificaciones, la gracilidad de sus embarcaciones y, sobre todo, la abundancia de plata que adornaba a sus hermosas mujeres. Me hubiera quedado a vivir allí para siempre si mi sino no me hubiera destinado a culminar los malditos trabajos de Euristeo.

Al tercer día, antes del amanecer, me dirigí hacia el interior para localizar la manada que debía robar. Supuse que tendría que matar tanto al pastor como al perro si quería apropiarme del ganado. Siempre había odiado a los cuatrerros, y, ahora, por culpa de Hera, yo me veía convertido en uno de ellos. Al atardecer, me pareció ver unos puntos moviéndose en las marismas, extensas y fértiles. Supuse que sería la manada que buscaba y decidí dormir en el monte, ya que no quería encontrarme con sus guardianes antes del amanecer. Me pareció, entonces, escuchar el sonido de unas ramitas que se rompían. Alguien o algo se estaba moviendo con sigilo entre la maleza. ¿Quién podría ser? Para mi sorpresa, no tardé en descubrirlo. Un terrible gruñido me advirtió de la presencia de una fiera. Un olor putrefacto llegó hasta mí. Apenas me dio tiempo de coger mi lanza cuando el monstruo apareció en el llano donde me encontraba. Se trataba de Ortro; su astucia le había permitido localizarme mucho antes de lo que yo hubiera podido suponer. Sus dos fauces entreabiertas dejaban ver unos colmillos tremendos, capaces de rasgar y destrozarse la armadura más sólida. Sus ojos me miraban con odio, como si hubieran adivinado mis intenciones. Nunca pude figurarme que pudiera existir un perro de esas dimensiones ni de una fortaleza similar. Supe que debía actuar de inmediato antes de que la fiera me atacara. Con agilidad, pegué un salto hasta situarme de espaldas al sol que se ponía. Helios deslumbró por un momento los cuatro ojos del perro que pegó un gran salto en mi dirección. Aproveché ese instante para adelantarme y clavar mi lanza en su corazón. A punto estuvo de aplastarme en su caída, cuya inercia hizo que quedara ensartado por completo por mi pica, cuya punta le sobresalió por la espalda. Había tenido suerte y había podido acabar con él gracias a los escasos segundos que había quedado deslumbrado.

Cuando me encontraba observando el enorme cuerpo sin vida de Ortro, presentí que alguien se acercaba. De manera sigilosa, me escondí tras la maleza en el mismo instante que el pastor Euritión descubrió el cuerpo sin vida de Ortro. Tras el asombro, su rostro evidenció el desconcierto, el temor y la ira que sintió al ver a su fiel compañero muerto. Dirigió su mano hacia su puñal, en una clara actitud de venganza. Comprendí que debía actuar en ese momento, aprovechando que aún no había advertido mi presencia. Sin hacer ruido alguno puse una flecha en mi arco, lo tensé y, justo en el momento en el que Euritión cruzaba su mirada con la mía, le disparé. Mi flecha atravesó su corazón y murió sin haber tenido siquiera la posibilidad de luchar. Ya sé que no fue un acto valeroso por mi parte, pero mis muchas penalidades ya me habían advertido que la astucia era mejor compañera que la fuerza o la

valentía. No había ido hasta allí para ganar olimpiadas en combate, lo había hecho para robar el ganado de Gerión y todo lo demás carecía de importancia alguna. Como un pensador diría mucho tiempo después, lo importante era el fin y no los medios.

Una vez muertos los guardianes, el ganado ya era mío. Al amanecer del día siguiente comencé la ardua faena de reagrupar las vacas y los bueyes. No fue tarea fácil, ya que no conocían mi voz y tendían a dispersarse. A la tarde ya había conseguido encerrar al ganado en un gran cercado de espino. Ya podía abandonar Tartessos para llevar los bueyes hasta Micenas. Apenas acababa de cerrar las puertas de la cerca, cuando advertí una gran polvareda que se acercaba. Decidí ocultarme y comprobé con estupor que el mismísimo Gerión se acercaba enfurecido. Sin duda alguna alguien le habría puesto sobre aviso de mis andanzas. El rey gritó como un poseso cuando descubrió los cadáveres de sus fieles Ortro y Euritión y se dispuso a vengarlos. Sin duda, no estaba dispuesto a que nadie robara su tesoro máspreciado ni a que asesinaran impunemente a sus súbditos. Por eso, juraba que mataría al responsable de aquellos crímenes.

Procuré mantener la calma y la sangre fría ya que tenía que acabar con sus tres cuerpos simultáneamente. Si sólo atravesaba un corazón, con los fuertes brazos de los otros dos podría destrozarme. Tenía que acabar con los tres simultáneamente y se me ocurrió una manera de conseguirlo. Cogí una piedra y la lancé a uno de sus lados. Gerión se giró para descubrir la procedencia del ruido y cuando se puso de perfil, sus tres cuerpos quedaron alineados a mi vista. Aproveché ese instante para dispararle una flecha mojada con el veneno de la Hidra de Lerna que atravesó consecutivamente sus tres corazones alineados. Murió al instante, sin haber podido siquiera presentar batalla. Quizás no hubiera merecido una muerte tan ignominiosa, pero yo no podía permitirme el riesgo de luchar abiertamente con un ser tan descomunal. Además, todavía me quedaba la dura tarea de llevar el ganado hasta Micenas. Para cerciorarme de que ningún dios malvado volvía a darle vida al monarca de Tartessos, desmembré sus tres cuerpos cortando uno de otros y los arrojé alejándolos entre sí. Esperaba que los buitres y los cuervos limpiaran sus huesos antes de que sus fieles lo encontraran. Tras asesinar a su rey, me dispuse a abandonar Tartessos, la tierra vieja y hermosa que sedujo a mi corazón.

La travesía con el ganado fue agotadora, pues siempre tenía que estar atento para que no se extraviase animal alguno. Yo era guerrero y no pastor, y el arrear aquellos bueyes me exasperaba. Pasaron varias semanas de marcha y, al llegar al monte Aventino, en las cercanías de lo que llegaría a ser la gran Roma, decidí detenerme un par de días para descansar. En mala hora tomé aquella decisión, pues en las inmediaciones habitaba el gigante Caco, famoso y hábil ladrón. Caco, enterado de la presencia del ganado discurrió una inteligente manera de hurtarlo. Aprovechó que yo dormía para sacar parte de las vacas caminando hacia atrás. A la mañana siguiente, al despertar, me pareció que tenía menos ganado, pero al ver por las huellas que ningún animal había salido, me quedé tranquilo. A la noche siguiente volvió a repetir la estratagema y de nuevo sustrajo algunas cabezas marchando hacia atrás. Al recontar yo la manada y comprobar que faltaban cabezas, tardé en comprender la artimaña del ladrón. Yo, que me tenía por astuto, había

resultado engañado por alguien aún más ladino. Prometí vengarme. Remonté el rastro de pisadas hasta encontrar el lugar en que las había apartado para permitirles que caminaran de manera natural. El rastro de huellas se dirigía hacia una zona de grandes cuevas en las que habría escondido los animales sustraídos. Eran tantas las cavidades que tardaría mucho tiempo en revisarlas, por lo que decidí utilizar mi propia estratagema. Solté por la zona un par de bueyes que no tardaron en comenzar a mugir al sentirse solos. Yo los seguía a prudente distancia, con mis armas prestas por si era capaz de encontrar la guarida de Caco. El truco dio resultado y pronto escuché unos lejanos bramidos que procedían de un monte cercano. Los animales se dirigieron hacia allá y no tardaron en situarse a las puertas de la cueva desde donde salían los mugidos de las cabezas robadas. Me situé tras unas piedras, y para mi satisfacción pude observar cómo el propio Caco salía de la cueva, alegre por el encuentro con aquellos dos bueyes extraviados, por los que obtendría un buen dinero en el mercado. Confiado, comenzó a llamar a los bueyes, sin saber el incauto que estaba firmando su propia sentencia de muerte. Murió sin saber siquiera de dónde había partido la mortífera flecha emponzoñada. Observé su rostro muerto antes de escupirle y abandonarle para que fuera pasto de las alimañas y me apresuré en reunir toda la manada, pues quería abandonar cuanto antes aquel aciago lugar.

Continué mi trashumancia y aún tuve que vencer varias dificultades más, como el combate que hube de mantener con Érice, rey de Sicilia, al que maté con mis manos en el combate que me había exigido para poder pasar el ganado por su territorio. Una vez llegué a Grecia, Hera, la diosa celosa causante de mis males, irritada al ver que nada ni nadie podía detenerme, envió a todo un enjambre de avispas venenosas para que picaran al ganado, que aterrorizado, rompió en desbandada. Por un momento caí en un hondo desánimo. Después de tantos afanes y descomunales esfuerzos, estaba a punto de fracasar en mi encomienda. Pero reuniendo el resto de mis fuerzas y de mi voluntad, me juré que no me rendiría. Esperé a que los tábanos desaparecieran para ir reagrupando con paciencia a los animales dispersos. En su carrera se habían diseminado en un vasto territorio, por lo que precisé de dos semanas para culminar mi tarea. Una vez que tuve la manada completa, continué mi senda, decidido a entregarlos en Micenas tal y como se me había encomendado.

Hera, al comprobar cómo también había fracasado su estratagema de las avispas, trató de impedir mi tarea de una manera aún más contundente. Hizo que comenzara a llover con una intensidad inusitada hasta que los arroyos y ríos se desbordaron. A duras penas yo pude continuar bajo la lluvia intensa hasta que el enorme caudal de un río impidió mi marcha. No podía tratar de cruzarlo, si no quería que mi ganado muriera ahogado y arrastrado por la corriente. Así que decidí usar la inteligencia. Busqué una zona entre rocas en la que el río se estrechaba y, acumulando piedras, logré construir un puente elemental que me permitió vadear la corriente torrencial sin perder ni una sola cabeza. Al culminar el vado del río, sonreí para mis adentros al imaginar la cara de rabia que debería de tener la vengativa Hera en aquellos momentos.

Pensé que ya no sufriría ningún nuevo contratiempo, pero de nuevo me equivocaba. Al día siguiente, la feroz ninfa Equidna logró robarme todo el

ganado. Desesperado, le imploré que me lo devolviera, pues tenía una importante misión que cumplir. Entonces, ella me pidió algo inesperado.

—Hércules, te devolveré el ganado si haces el amor conmigo.

Aunque podría parecer una condición amable y placentera, tenía un pequeño inconveniente. Equidna era una ninfa de cara hermosa, pero de cuerpo de serpiente. Sus pechos y rostro eran objeto de deseo, pero el resto de su ser era asqueroso, frío y con escamas, y me causaba una honda repulsión. Pensé en cómo se enrollaría sobre mí si hacíamos el amor y quise salir corriendo, pero al final opté por la responsabilidad del deber.

—Será un placer, Equidna.

—Ven al atardecer a mi guarida. Te esperaré ansiosa.

Sería inútil tratar de explicar lo que sentí en aquella supuesta noche de amor, de la que la ninfa resultaría encinta. Tiempo después me enteré que de ella nacieron Agatirso, Gelono y Escites. Equidna terminó satisfecha de su noche de lujuria y me devolvió el ganado, tal y como había prometido. Aún recuerdo con pavor aquel cuerpo de serpiente al que hube de amar.

Sin más contratiempos logré llegar con la manada de vacas rojas y bueyes de Gerión hasta Micenas, donde fui recibido por una auténtica multitud. Todos comentaban asombrados que jamás habían conocido animales tan hermosos y rollizos. Yo, orgulloso de mi proeza, respondía a unos y otros por las cuestiones que me planteaban sobre mi viaje. En cuanto el rey Eristeo supo de mi éxito, montó en cólera. ¿Cómo era posible —se preguntaba— que el maldito Hércules lograra salir vivo de tareas imposibles? ¿Cómo había podido robar al poderoso Gerión de Tartessos su tesoro máspreciado? Como era habitual, no se dignó en recibirme y se escondió de nuevo, temeroso de mis ataques de ira.

Al comprobar que yo permanecía de manera pacífica junto al ganado de Gerión a las puertas de la ciudad, ordenó llamar a su heraldo.

—Sal y dile a Hércules que te entregue el ganado de Gerión y que se retire a la montaña. Y que no piense que ya ha finalizado todos sus trabajos. Por motivos que le explicaremos en su momento, considero que aún debe realizar dos nuevos trabajos. En breve le comunicaremos el siguiente.

Cuando el mensajero se retiraba para cumplir las órdenes, Euristeo le comunicó con mirada maliciosa el siguiente mensaje.

—Y dile también a Hércules que ordenaremos el sacrificio de los animales en honor de Hera, la diosa más hermosa y querida para mí, que me lo agradecerá como ella sólo sabe hacerlo.

Al enterarme de la decisión quedé desolado. Por una parte, aún no quedaba liberado del compromiso con mi destino, pues todavía me restaban dos trabajos por hacer. Y, por otra, y esto aún me dolía más, al final, Hera sería la

triunfadora de mis desvelos y sufrimientos. Mi ganado sería sacrificado en su honor. Sufrí al imaginarme las carcajadas de la diosa y de Euristeo, el rey cobarde y cruel del cual dependía mi retorno a la felicidad. Al menos, me consolé, había podido conocer el hermoso y remoto país de Tartessos, al que me prometí regresar algún día. Parte de mi corazón había quedado preso en sus cielos azules y sus tierras feraces.

No sabía entonces qué pronto se cumpliría mi deseo...



## El jardín de las Hespérides

Tartessos, que conocí cuando robé los bueyes de su rey Gerión, me fascinó de tal manera que me juré que algún día regresaría hasta sus costas doradas. Pero nunca pude figurarme que mis deseos se cumplirían con tanta premura. No quiero adelantar acontecimientos, por lo que narraré, con todo detalle, cómo llegué de nuevo hasta aquel remoto reino occidental de Tartessos.

Tras entregar los bueyes de Gerión a mi primo Euristeo, en teoría yo había culminado los diez trabajos que me ordenara la sibila Déléfica para poder retomar mi libertad. Pero la malvada Hera convenció a Euristeo para que anulara dos de mis anteriores trabajos con excusas peregrinas. Así, argumentó que para lograr matar a la Hidra de Lerna había recurrido a la ayuda de mi sobrino Yolao, y que cuando limpié en un solo día los establos de Augias, en verdad habían sido los ríos desviados los que habían hecho la tarea y no yo. A punto estuve de sublevarme ante aquella injusticia, pero me contuve aceptando mi triste suerte. Si tenían que ser doce en vez de diez los trabajos, doce serían. El caso era terminar pronto aquel martirio que me destrozaba.

Tras apenas una semana de descanso, en la que el pueblo de Micenas celebró con gozo la abundancia de carne tras el sacrificio de los bueyes de Gerión, recibí la visita del heraldo de Euristeo. Como siempre, el monarca cobarde no se atrevió a reunirse conmigo.

—Como ya sabes —comenzó el mensajero con voz también asustada—, mi rey y señor Euristeo ha considerado que no te valen dos de los trabajos realizados, por lo que aún te queda tarea por delante.

—Ya sé su veredicto —respondí intentando contener mi rabia—. Y cumpliré mi parte. ¿Cuál es el siguiente encargo?

—Debes robar las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides.

Guardé un prolongado silencio. Un escalofrío recorrió mi espalda. Aunque no conocía dónde se encontraba el jardín, todo el mundo sabía dos cosas. La primera, que el jardín lo había plantado la mismísima Hera, la causante de mis males y, segunda, que las manzanas las producía un árbol fieramente custodiado por el dragón Ladón, que tenía, según afirmaban los viejos trovadores, cien cabezas. Temí que en esta ocasión no lo conseguiría, pues se trataba de una ofensa personal contra la propia Hera.

—¿Me puedes decir dónde se encuentra el jardín?

—Eso tendrás que averiguarlo. Y no será fácil que lo consigas, pues Hera se encargó de ocultarlo en un lugar remoto. Ya sabes que esas manzanas son muy valiosas, pues confieren la inmortalidad al que las prueba. Pero, por si

acaso consiguieras llegar hasta ellas, tú tendrías rigurosamente prohibido comerlas. ¿Te queda claro?

—Perfectamente claro —musité entre dientes.

Cuando el maldito heraldo me dejó a solas con mi desolación, pensé que lo primero que tenía que hacer era reunir toda la información posible sobre el lugar. Por experiencia ya sabía que el conocimiento es más eficaz para el guerrero que la espada de bronce más afilada. Pero ¿a quién consultar? Sin demasiadas esperanzas, acudí al templo de Atenea, diosa de la sabiduría. Una de sus sacerdotisas, conmoviéndose por mi turbación, me invitó a dar un paseo por los jardines vecinos.

—Hércules, las manzanas doradas se producen en un árbol mágico que se encuentra en el centro del Jardín de Hera. Dicen que ese árbol fue plantado por la misma diosa.

—¿Y de dónde sacó las semillas? —pregunté con inquietud.

—Es una hermosa historia. Hace muchos años, la diosa Gea, la Madre Tierra, quiso obsequiar a Hera, cuando se casó con Zeus, con algo único y especial como regalo de bodas. Y le entregó una manzana de oro que otorgaba la inmortalidad a quien la comiera. Consciente de su valor, Hera plantó sus semillas en el centro de un bellissimo jardín que ordenó levantar.

—¿Sabes dónde está ese jardín?

—Nadie lo sabe con seguridad. Se encuentra en el poniente, custodiado por las ninfas del occidente, hijas de Atlas, conocidas como las Hespérides. Pero como Hera no terminaba de confiar en ellas, puso al dragón de las cien cabezas a custodiar el manzano dorado. Dicen que Ladón no duerme y que tiene su cola anudada al tronco del árbol, para no alejarse nunca.

La dulce sacerdotisa continuó su explicación. Las ninfas Hespérides también eran conocidas como las señoras del poniente o del atardecer y se llamaban Egle, que significa luz, Aretusa y Eritia. Eritia, que también era conocida como la roja, era la más alegre y hermosa de todas. Al escuchar su nombre, recordé la isla tartésica de Eritia en la que residía Gerión. Sin duda, fue bautizada en honor de la ninfa del atardecer. Comencé entonces a pensar que quizás el Jardín de las Hespérides también estuviera en Tartessos, en un lugar no demasiado lejano de aquellas marismas donde robé las vacas rojas y los bueyes reales más preciados. La conversación fue larga y fructífera; también me contó que las ninfas obtenían un gran placer mientras cantaban a la puesta del sol y recordé los hermosos cantos que había escuchado entonar a las alegres jóvenes de Tartessos.

Atardecía, y la sacerdotisa hizo ademán de querer regresar a su templo. Le estaba muy agradecido por toda la información que me había proporcionado, pero aún me faltaba conocer dos cuestiones fundamentales: dónde se encontraba el Jardín de las Hespérides y cómo podría burlar la vigilancia de las Hespérides y del terrible dragón Ladón.

—Esas preguntas no te las puedo responder yo —me contestó de manera apresurada la sacerdotisa—, aunque puedo darte un buen consejo. Visita a Prometeo en el Cáucaso y te dirá cómo puedes conseguir las manzanas. Y si quieres saber dónde se encuentra el jardín, pregúntaselo a Nereo, el dios de las olas del mar, que como sabes habita en el mar Egeo y es padre de todas las nereidas.

Me despedí de aquella mujer dulce y sabia. Gracias a lo que me había contado, ya tenía un primer plan. Hablaría con Prometeo y con Nereo; quizás así supiera cómo acometer la difícil tarea que tenía encomendada.

No me costó demasiado tiempo conseguir embarcar en una nave que atravesaba el Egeo. Cuando estaba en mitad de la travesía, comencé a llamar a gritos al dios Nereo, pues deseaba hablar con él. No tardó en presentarse en el estribor de la embarcación, ante el asombro de los marineros que la gobernaban. El dios se encontraba sentado sobre un trono de dulces olas que lo mecían con suavidad.

—¿Quién me llama? ¿Por qué esos fuertes gritos?

—Soy yo, Hércules —le respondí sin temor—, hijo de Zeus. Necesito pedirte un favor.

—Puedes contar conmigo —me respondió con una sonrisa de afecto—. ¿Qué quieres?

—Necesito saber dónde se encuentra el Jardín de las Hespérides.

—Ummm, buena pregunta. Nadie lo sabe, excepto Hera y yo mismo.

—¿Me lo dirás?

—Yo siempre estoy encantado de ayudar a jóvenes héroes como tú, siempre que consigas cumplir la condición que te impondré.

—¿Cuál es?

—Simplemente, atraparme.

Y dicho eso, se sumergió en el mar para reaparecer con forma de ballena gigantesca que, al saltar, levantaba grandes olas.

—¡Mirad! —gritaban los marineros—. ¡Puede cambiar de forma!

Era cierto. Nereo, que era un dios caprichoso y juguetón, podía a su antojo adoptar mil formas distintas, lo que lo hacía huidizo y muy difícil de sujetar. Sin pensarlo mucho, me arrojé sobre él, con la esperanza de poder agarrarme en su torso de ballena. Fue inútil; cuando caí sobre él ya se había transformado en una escurridiza anguila. Ayudado por cuerdas, volví a subirme al barco, mientras Nereo se mofaba de mi torpeza.

—No pareces tan inteligente como decían, Hércules... ¿No eres capaz de atraparme? Pues si no me agarras, nunca sabrás dónde se encuentra el Jardín de las Hespérides.

Sus risas enervaron mi ánimo. Tenía que pensar algo para poder agarrarlo. Nereo se transformó en medusa y después en delfín, mientras seguía riéndose de mi impotencia.

—¿Te rindes, Hércules? ¿Reconoces que jamás serás capaz de atraparme?

Fue entonces cuando tuve una idea. Ordené que me trajeran el espejo más grande que hubiera en el barco. Un grumete no tardó en darme un mediano espejo de bronce tan pulido que reflejaría hasta la estrella más lejana.

—No me rindo, Nereo, porque creo que tu capacidad de transformación es limitada y que pronto te podré atrapar.

—¡Ignorante! ¡Me puedo convertir en cualquier cosa! ¡Pídeme algo y lo comprobarás!

—¿Acaso eres capaz de convertirte en la sirena más hermosa de los mares?

Nereo no tardó en transformarse en una sirena tan bella, que bien sería capaz de trastornar al marinero más curtido.

—¿Lo ves? ¡Ya lo he conseguido, soy una sirena!

—¡No te veo! —intenté engañarlo para que se acercara—. Estás muy lejos, ven hacia mí.

Nereo, herido en su amor propio y confiado en su capacidad de escabullirse de cualquier aprieto, llegó hasta el mismo babor de la embarcación en su forma de dulcísima sirena.

—Hércules, ¿ahora sí me ves?

Aprovechando ese momento, y con toda rapidez, puse el espejo frente a Nereo. Bien es sabido que las sirenas pierden el sentido cuando se les pone un espejo delante, embelesadas ante su propia belleza. Tan buena era la transformación de Nereo, que se comportó de idéntica manera a la sirena que representaba y quedó quieta, frente al espejo de bronce, embelesada en su hermosura.

No perdí el tiempo, y mientras el grumete sostenía el espejo, lancé una red con la que atrapé a la sirena, que seguía sin reaccionar abducida ante su propia imagen. La subí a bordo y la amarré con fuertes cuerdas. Sólo entonces, cuando estuve seguro de que no podría huir, le tapé los ojos con una venda y ordené retirar el espejo.

Cuando Nereo volvió en sí, ya era tarde para que pudiera escapar. Lo tenía preso ante mí. Observé en silencio cómo luchaba desesperada e inútilmente

por liberarse de sus ataduras. Tras un buen rato de forcejeo, Nereo me gritó.

—Hércules, me rindo, libérame por favor.

—Antes tienes que decirme dónde se encuentra el Jardín de las Hespérides.

—Me has logrado atrapar, nunca nadie lo había conseguido. Enhorabuena, mereces mi respuesta.

Y entonces Nereo me describió con todo lujo de detalles dónde se encontraba el árbol de las manzanas doradas. Y comprobé, con asombro, que mi intuición había sido acertada. El Jardín se encontraba en Tartessos, como bien lo cantaran muchos siglos después el poeta Estesícoro y el geógrafo Estrabón. Algunos inocentes aún siguen pensando que el jardín se encontraba a los pies de las altas montañas del Atlas, cuando en verdad la astuta Hera lo ocultó en el corazón de mi querida Tartessos.

Liberé al dios Nereo, que se sumergió humillado en las profundidades marinas, y me apresté a dirigirme al encuentro de Prometeo. Tras una dura travesía, llegué a los pies de los montes del Cáucaso. Las montañas tenían una altura tan descomunal que me intimidaban cuando levantaba la mirada hacia sus cumbres nevadas. Con mucho esfuerzo, comencé a ascenderlas, mientras recordaba la triste historia del titán Prometeo que había sido castigado por Zeus por haber robado el fuego sagrado del Olimpo para entregárselo a los hombres. Por eso, Prometeo me caía bien y me apenaba el atroz castigo que mi padre le había impuesto. Encadenado para siempre en unas rocas, tenía que soportar el tormento más doloroso y cruel: cada mañana un águila enorme comenzaba a picotearle su hígado para comérselo mientras Prometeo se retorció de dolor. Al anochecer, como Prometeo era inmortal, el hígado volvía a crecer, para estar fresco y sano a la mañana siguiente, cuando el águila volvía a presentarse para continuar su festín. Y así un día tras otro, sin esperanza alguna para el desdichado.

Tras una ardua ascensión pude observar cómo un pajarraco inmenso sobrevolaba un picacho y supuse que sería el preciso lugar donde se encontraba encadenado el desgraciado titán. En efecto, al llegar hasta aquella altura pude observar un cuadro atroz. El águila negra hundía sus garras en el cuerpo de Prometeo mientras devoraba su hígado, entre los estertores y alaridos del condenado. Incluso yo, acostumbrado a tanto dolor y calamidades sentí una honda compasión. Mataría al pajarraco y lo liberaría de la condena. Mi ímpetu me hizo olvidar que se trataba de un castigo de Zeus, mi padre, que podría montar en cólera si quebrantaba su condena. Pero no estaba en mi condición permitir aquel sufrimiento sin límite. Pensé en abatirla con una de mis flechas envenenadas, pero temí errar el disparo y herir a Prometeo, por lo que hube de improvisar una estratagema. Rastreé por los bosques vecinos hasta que localicé a un gran ciervo, al que di pronta muerte. Lo arrastré hasta las inmediaciones de la roca en la que se encontraba el encadenado y le abrí las vísceras. Me escondí tras unos peñascos y, tal como había supuesto, el águila no tardó en presentarse en el lugar, deseosa de probar algo fresco. La rapaz no llegó ni a probar la carne, pues mi certera flecha la mató en el instante. Inmediatamente, me acerqué hasta donde se encontraba Prometeo, que, incrédulo, no terminaba de creerse que quedara liberado de su castigo.

Zeus valoró más mis hazañas que la vulneración de su castigo, por lo que decidió perdonar a Prometeo del tormento del águila, aunque le ordenó llevar de por vida la cadena atada a una roca. En todo caso, Prometeo se sintió feliz y agradecido, dispuesto a ayudarme en todo cuanto estuviera en sus manos.

—¿Cómo podría robar las manzanas? —le pregunté—. Me han dicho que sólo tú sabes la manera de conseguirlo.

—No es tarea fácil —me respondió Prometeo—. Como ya sabrás, el jardín se encuentra custodiado por las ninfas Hespérides, hijas de mi hermano Atlas, y por el terrible dragón Ladón. A las ninfas sólo les interesa la poesía y la música, por lo que no supondrán problema alguno para ti. Sin embargo, al dragón no podrás derrotarlo jamás, pues fue creado como invencible por la propia Hera en el apogeo de su poder. El único que podría ayudarte en esa misión es mi hermano, porque podría pedírselo a sus hijas. Verás, Atlas, aunque es muy fuerte, no es muy inteligente, como podrás comprobar cuando lo conozcas.

—Pero —pregunté—, si las guardianas de las manzanas son sus propias hijas, ¿cómo podré convencer a Atlas para que me ayude?

—Eso es cosa tuya. Dicen que eres muy astuto, no te costará mucho embaucarlo. Ya te he dicho que no es muy inteligente.

Me despedí de él y comencé el largo viaje que habría de llevarme de nuevo hasta las costas de Tartessos. Mi primera singladura me llevó hasta las costas de Egipto, donde resulte acogido por la cálida hospitalidad del rey Busiris. Tanta amabilidad despertó mis sospechas, aunque, cansado, me dejé atender y agasajar. Me encontraba en un gran banquete cuando, de repente, sentí que mi cabeza se caía y mis ojos se cerraban. Tan repentina somnolencia sólo podía venir motivada por algún elixir añadido al vino que tan generosamente me habían escanciado. Desperté fuertemente encadenado, sin posibilidad alguna de escapatoria. Sin comprender el por qué me encontraba apresado, pasaron unas horas hasta que el propio rey, acompañado de varios hombres, entró en la sala en la que me encontraba.

—Rey Busiris —le grité—. ¿Por qué estoy preso? ¿Es que te he faltado en algo?

—Siento mucho que te veas en esta situación, Hércules, al tiempo que te pido disculpas por traicionar el sagrado deber de la hospitalidad. No te lo tomes como algo personal, pero tengo que hacerlo por el bien de mi pueblo.

—Hacer... ¿qué?

—Cortarte la cabeza. Verás, hace un tiempo sufrimos una sequía tan feroz que nuestros campos se secaron y el pueblo sufrió una terrible hambruna. Nadie encontraba solución al problema, hasta que se presentó en la corte el adivino Frasio, quien profetizó que la sequía se marcharía siempre que matáramos al primer extranjero que entrara en la segunda luna del año y se la ofrendáramos a Zeus. Le hice caso y la primera cabeza que rodó fue la del

propio Frasio. Inmediatamente comenzó a llover, y, desde entonces, hemos decapitado todos los años a la ofrenda exigida, sin que hayamos vuelto a padecer sequía alguna. El sortilegio funcionó a la perfección. Tú te presentaste en la fecha indicada, así que te toca ser la víctima propiciatoria. Ya te dije, no se trata de nada personal, mi pueblo te estará agradecido.

Sin más explicación, ordenó al verdugo que procediera. El esclavo negro levantó un hacha enorme y lentamente se acercó hasta mí. Supliqué entonces en silencio a Zeus, mi padre. ¿Cómo podría permitir que me sacrificaran en su honor?

El verdugo se dispuso para el golpe mortal. Y justo cuando bajaba el arma con todas las fuerzas de sus poderosos brazos ocurrió lo imprevisto. La empuñadura del hacha se rompió y la hoja del hacha salió disparada hacia Busiris, el rey, cuya cabeza rodó seccionada.

—¡Ya tenéis vuestra víctima! —grité—. Liberadme si no queréis que la cólera de mi padre Zeus también recaiga sobre vosotros.

Aterrorizados por el prodigio que acababan de contemplar, los temerosos sacerdotes se apresuraron a liberarme. Al salir del aquel templo, miré al cielo para agradecer a mi padre su divina protección.

Con mejor avituallamiento que la ocasión anterior, comencé a atravesar el desierto líbico en mi camino hacia el poniente. Durante los primeros días marché sin contratiempo, feliz por poder disfrutar en esta ocasión de una travesía más serena. Pero la desventura está en mi sino y pronto tuve que afrontar un terrible contratiempo. Hera, advertida de alguna manera de que me dirigía hacia su jardín, había comunicado a Gea que me disponía a robar el obsequio que con tanto amor le había regalado por su boda. Gea, irritada, envió a su propio hijo, el gigante Anteo, para matarme.

—Prepárate, Hércules —gritó con su amenazador vozarrón— porque vas a morir.

No le contesté y me preparé para luchar. En muchas ocasiones había comprobado lo inconveniente de las amenazas y palabras vanas. Se trataba de matar o de morir, y yo todavía tenía una misión que cumplir.

Anteo se abalanzó sobre mí, pero gracias a mi agilidad pude evitarlo y derribarlo al suelo. Se levantó con mayor ímpetu, aún si cabe, y volvió a embestirme con fiereza. En esta ocasión lo golpeé con tal fuerza en el rostro, que cayó redondo. Creí que en esta ocasión se daría por derrotado, pero nada más tocar tierra se levantó como impulsado por un resorte para volver a atacar. Comprendí entonces lo que ocurría. Cada vez que el gigante tocaba tierra, su madre Gea le concedía fuerzas para continuar. No podía seguir luchando así, pues terminaría cansándome y siendo derrotado. Tenía que conseguir, de alguna manera, que no volviera a tocar el suelo. Así que, aprovechando su propio impulso, lo levanté en vilo mientras con una de mis manos agarraba su garganta. Apreté al límite de mis fuerzas hasta conseguir asfixiarlo, mientras que el desgraciado se agitaba con la esperanza de caer en tierra y poder recuperarse. En esta ocasión, logré darle muerte antes de

arrojarlo al suelo. Su cuerpo, ya sin vida, no logró ser reanimado por la desolada Gea. Acababa de perder a su hijo predilecto y el temblor de tierra que sufrimos fue la muestra de la intensidad de su desconsuelo.

Sin mayores contratiempos, pude continuar mi viaje hasta atravesar el estrecho delimitado por lo que los lugareños ya denominaban las Columnas de Hércules, en honor a mi hazaña. Desembarqué en las doradas playas de Tartessos y me dispuse a buscar a Atlas, según el plan pergeñado junto a Prometeo. Lo encontré sobre unas altas montañas del lado africano, sosteniendo el peso de la bóveda celeste sobre sus hombros. La verdad es que imponía la tensión de su musculoso cuerpo de titán en tan arduo esfuerzo.

—Hola, Atlas —le saludé—. Soy Hércules, y he venido desde lejos para conocerte.

Redoblé mi amabilidad, pues tenía que ganarme la confianza de aquel titán, ya que era el único que podía convencer a sus hijas Hespérides para conseguir las manzanas.

—¿Por qué te encuentras aquí, soportando todo el peso de la tierra?

—Hércules, es extraño que no sepas de mi desgracia, pensaba que todos los mortales conocían ya mi maldición.

—Pues no —le mentí—. ¿Por qué no me la cuentas? Me interesa mucho tu vida.

—Hace muchos años, yo me sentí el titán más poderoso del universo. Y creí que con mi fuerza, podría derrotar incluso a los dioses del Olimpo. Fue un gran pecado de soberbia, lo sé, pero en mi juventud me sentí invencible. Capitaneé la revuelta de los titanes contra los dioses, en la guerra que vino a conocerse como la Titanomaquia. Como no pudo ser de otra manera, al final caímos derrotados. Tras la derrota de los titanes, Zeus, por castigo, me condenó eternamente a sostener la bóveda celeste para evitar que el universo se desplome contra la Tierra. Me resulta muy duro pensar que jamás podré abandonar esta tarea.

—Es dura, sí, pero también muy útil. Sin tu esfuerzo titánico, los hombres pereceríamos.

Atlas, que como todo titán era un presuntuoso, se sintió halagado por mis palabras. Mi estrategia de seducción comenzaba a dar sus frutos.

—La verdad —me respondió ufano— es que es muy importante, y sólo puedo hacerla yo. Pero también es muy aburrida, todo el día y toda la noche sosteniendo un peso enorme sin otra cosa que hacer...

—Si quieres, yo podría sustituirte por un rato, para que pudieras descansar y dar un paseo por ahí.

—¿De verdad harías eso por mí? —la cara se le iluminó por la ilusión—. Me



encantaría poder desperezarme y dar un pequeño paseo. No lo hago desde hace una eternidad.

—Estoy dispuesto a sustituirte por un tiempo si me haces un pequeño favor...

—¿Cuál? Te daré todo lo que esté en mi mano si me permites liberarme de mi carga aunque sea por unos instantes.

—Me gustaría conseguir algunas de las manzanas doradas. Tus hijas las custodian, y no te costaría ningún trabajo pedirles que te cojan algunas.

—¿Las manzanas doradas? Pero si Hera ordenó a mis hijas que nadie las tocara...

—Hera es una diosa cruel y caprichosa, esposa del dios que te castigó. ¿No te apetece esta pequeña venganza? Además, no te pido que me traigas todas las manzanas, sino sólo unas pocas. Si tus hijas no dicen nada, nadie se enterará jamás. Tú podrás descansar un rato y de paso vuelves a saludar a tus hijas y te vengas de Zeus. ¿No es un buen negocio?

Atlas se quedó pensativo por un buen rato. No quise distraerlo mientras reflexionaba, pues resultaba evidente que todo lo que le sobraba de fuerza bruta al titán, le faltaba de inteligencia. Con ese corto talento, los titanes nunca hubieran podido derrotar a los dioses astutos y arteros. Incluso sentí lástima por aquel gigante al que estaba a punto de engañar.

—¿No tienes ganas de volver a ver a tus hijas? —le pregunté para animarlo.

—Sí. Creo que tienes razón. Te traeré las manzanas. ¿Para qué las quieres?

—Tengo que llevarlas hasta Micenas.

El titán guardó un breve silencio, mientras parecía meditar lo que acababa de escuchar. Al pobre le costaba digerir tantas palabras seguidas...

—Hecho. Ven hasta mí y sostén tú la tierra, que yo iré por las manzanas.

Atlas me hizo un gesto para que me acercara. Con mucha delicadez fue depositando el enorme peso del universo sobre mis hombros. Mis rodillas se inclinaron por la descomunal carga que gradualmente iban soportando. Por un momento dudé de mi propia capacidad para evitar que el universo se desplomara sobre nosotros. Comencé a sudar por el esfuerzo que realizaba. Por fin, Atlas se apartó aliviado dejándome a mí el peso completo. El titán se desperezó con ganas, para relajar sus músculos potentes y anquilosados.

—¡Qué placer! —exclamó feliz—. No sabes lo que te lo agradezco, Hércules.

—Ve... ve a por las manzanas... —le animé entre jadeos.

Atlas se alejó mientras saltaba y canturreaba feliz. Me quedé solo, aplastado por la gran mole sobre mi cabeza, preguntándome cuánto tiempo sería capaz

de aguantar sin caer. Una honda inquietud asaltó entonces mi corazón... ¿Y si Atlas no regresaba? ¿Y si era más inteligente de lo que yo había pensado y el engañado era yo? Me aterró la idea de tener que quedarme hasta mi muerte soportando aquel titánico esfuerzo.

Y mientras yo me angustiaba por mis dudas y sudores, Atlas llegó hasta el Jardín de las Hespérides. Sus hijas saltaron de alegría al verlo llegar y corrieron hacia él para abrazarlo. Atlas las agarró entre sus fuertes brazos mientras besaba con ternura sus mejillas.

—Mis dulces ninfas, mis hijas queridas... Pensé que nunca volvería a veros, no sabéis lo feliz que me hace volver a estar con vosotras.

Tras un buen rato de lisonjas y caricias, la ninfa Eritia preguntó a su padre Atlas:

—¿Cómo has podido dejar de sostener la bóveda celeste? ¿No temes que el universo se precipite sobre nosotros?

El titán comprendió que había llegado el momento de contarles el verdadero motivo de su visita.

—Veréis, un fuerte guerrero vino a visitarme, y amablemente se ofreció a sustituirme por un rato mientras yo venía a saludaros.

—¡Qué amable! ¿Te ha pedido algo a cambio?

—No, no, qué va. Lo ha hecho porque admira mi tarea y quería ayudarme.

—¡Estamos muy orgullosas de nuestro padre!

Tras un buen rato de conversación y risas felices, Atlas decidió que ya era hora de regresar.

—Hijas mías, os querría pedir un pequeño favor. Me haría mucha ilusión poder llevarme algunas manzanas de oro, para poderlas contemplar en el esfuerzo de mi soledad.

—Eso está hecho —respondieron las ninfas al unísono.

Las señoras del occidente se dirigieron cantando hacia el árbol de oro, acariciaron al dragón Ladón, que se mostró dócil ante ellas, y trajeron raudas las manzanas hasta su padre Atlas.

—Muchas gracias —se despidió el titán—. Ahora tengo que partir.

—¡Que nos volvamos a ver pronto! —gritaron con júbilo las ninfas.

Mi corazón saltó de alegría cuando vi cómo Atlas se acercaba hasta mí con las manzanas en la mano.

—Aquí estoy, Hércules.

—¡Muchas gracias por traerme las manzanas!

—¿Has disfrutado de la tarea?

—Pues ha sido dura —le respondí—, pero me siento orgulloso de poder haber desempeñado tu enorme responsabilidad durante este tiempo. Ahora, aún te admiro más.

—¿Sabes? —me sorprendió la picardía de su mirada—. He pensado que, como tanto te gusta mi tarea, podrías quedarte un tiempo más soportando la bóveda celeste. Así yo descansaba algo...

—A mí me encantaría —respondí alarmado—, pero ya sabes que tengo que llevar las manzanas hasta Micenas.

—No te preocupes por eso, yo lo haré por ti.

De inmediato comprendí la gravedad de la situación. Atlas no quería volver a tomar el peso del universo sobre sus espaldas y pretendía cargármelo a mí. Si no esmeraba mi ingenio, podría terminar quedándome por una larga temporada en aquella insoportable tarea.

—Será para mí un enorme honor, Atlas —agudicé mi talento para el disimulo y el engaño—. Te agradezco de veras que me permitas sustituirte por un tiempo.

—¿De verdad? —preguntó alborozado.

—Por supuesto, Atlas, ya sabes que siempre te he admirado y ahora me parezco un poco más a ti. Pero te querría pedir un favor. ¿Podrías sostener un segundo tú el peso mientras me pongo bien la capa? Se me ha caído algo y quiero estar dignamente vestido mientras te sustituyo en tu importante responsabilidad.

Atlas no supo negarse, convencido como estaba de mi entusiasmo por la tarea. Depositó las manzanas en el suelo y cargó de nuevo con todo el peso celeste.

—Puedes colocarte bien tu capa, Hércules, ya soporto yo el universo.

Sin responderle siquiera, cogí las manzanas doradas del suelo y abandoné el lugar corriendo, mientras el estupefacto Atlas me gritaba:

—¿Adónde vas, Hércules? ¡Ven, que ya te cedo el honor que me solicitas!  
¡¡Ven!! ¡No te vayas!

Orgulloso de mi astucia, dejé al pánfilo de Atlas entre juramentos y quebrantos al sentirse engañado. A mí ya me daba igual su desgracia.

De nuevo, en Micenas, fui recibido como un héroe por el pueblo y, de nuevo, el cobarde Euristeo no me recibió en persona. Tuve que entregar las manzanas del Jardín de las Hespérides al heraldo y retirarme al monte, a esperar las instrucciones para mi siguiente trabajo que, gracias a Zeus, ya sería el último.

Mi sorpresa fue grande cuando, al día siguiente, el heraldo me devolvió las manzanas.

—Toma —me dijo—, mi señor no quiere guardarlas. Haz tú lo que quieras con ellas, pero recuerda que no puedes probarlas.

Pensé qué hacer con ellas y creo que acerté cuando tomé la decisión de acercarme hasta el templo de Atenea para hacer entrega de las manzanas a la elegante sacerdotisa que tanto me había ayudado al inicio de la misión. Atenea apreció mi gesto y devolvió las manzanas a las ninfas Hespérides, que se apresuraron a ponerlas de nuevo bajo el árbol. Nadie, nunca, ni siquiera la mismísima Hera, se enteraría de que los frutos sagrados habían sido sustraídos. Sólo Zeus, en el Olimpo, rompió a reír a carcajadas al comprobar cómo su hijo había logrado engañar a la celosa de su mujer.

Y yo, en mi soledad, me consolé pensando en las doradas arenas del remoto y seductor Tartessos.

## El viaje de Nórax

Gerión, antes de morir a manos de Hércules, tuvo varios hijos, entre los que destacó la hermosa Eriteia, la preferida de su padre. Al nacer le pusieron el nombre de una de las ninfas Hespérides, como signo de distinción. A Eriteia le gustaba observar al atardecer cómo el sol se perdía en el horizonte y se desangraba en el crepúsculo. Sus mayores le contaban historias de feroces monstruos marinos, de mares sin límite que se precipitaban al abismo tras la línea del horizonte y de dioses locos y arbitrarios que gobernaban los reinos celestiales. En muchas ocasiones, mientras meditaba a la caída del sol, se preguntaba si sería posible hablar con esos dioses sobrenaturales y a los que a veces llamaba a voz en grito acompañada por el estruendo de las olas.

Tanto insistió, que sus voces llegaron hasta el mismísimo Olimpo. El dios Hermes quiso conocer el origen de esa insistente llamada. Al ver a Eriteia bañada por la luz rojiza de la puesta del sol, quedó cautivado por su belleza y no dudó en bajar hasta Tartessos para tratar de seducirla. Eriteia, no tardó en caer rendida entre sus apuestos brazos, y en varias ocasiones gozaron en la playa en esa hora mágica del crepúsculo tartésico. Una tarde, Hermes ya no regresó a la playa, pero dejó un hijo formándose en el vientre de la hermosa princesa.

Gerión, concedor de la naturaleza divina del padre, ordenó cuidar primorosamente a Eriteia durante los largos meses de su gestación, en su esfuerzo por no ofender a los irascibles dioses del Olimpo. Transcurridos nueve meses, Eriteia dio a luz a un niño grande y hermoso al que pusieron por nombre Nórax. Incluso el mismísimo Gerión lo alzó entre sus fuertes brazos como un gesto de distinción entre sus otros nietos. Muchos cortesanos pensaron que, con ese gesto, el rey estaba señalando quién debía ser su heredero en el trono.

Nórax creció sano y vigoroso, pero pronto comenzó a mostrar un carácter aventurero y rebelde. Incapaz de permanecer tranquilo como el resto de sus primos, Nórax siempre trataba de escaparse y fueron muchas las ocasiones en las que su angustiada madre tuvo que movilizar a los criados en su búsqueda, pues se extraviaba continuamente. Ese carácter independiente y osado se agudizó con el paso del tiempo y, cuando llegó a la adolescencia, su afán de rebeldía se volcó contra todo lo que le rodeaba. Su familia, preocupada, no sabía cómo calmar esa desbordante energía que le consumía, que le hacía disconforme con cualquier decisión que le afectara. La equitación, el ejercicio militar y la caza lograron serenar algo la ansiedad que le consumía. Sólo entonces parecía tranquilizarse y encontrar la paz. Pero en cuanto permanecía varios días ocioso retornaba su desasosiego, hasta el punto de volverlo irascible. En no pocas ocasiones tuvieron que separarlo de varios rivales, a los que se enfrentaba con violencia.

Gerión, preocupado por el carácter de su nieto, comenzó a enviarlo a misiones militares al interior de Tartessos, a las zonas alta del gran río, con el doble fin

de que aprendiera las artes de la guerra y las geografías de su tierra. También, pero esto no lo decía, para que lograra desfogar el fuego interno que lo consumía. Durante dos años, Nórax pasó casi todo el tiempo en las fronteras de Tartessos, en diversas misiones que desarrolló a la perfección. Era adorado por sus hombres por su valentía, generosidad y equidad. Además, no era violento, sólo daba orden de ataque si era estrictamente necesario, respetaba a los prisioneros y a los habitantes de las ciudades que combatía.

Regresó a Tartessos con gran fama y reconocimiento. Gerión, orgulloso de su nieto, comenzó a pensar que podría ser el heredero para el reino. Pero antes, debía demostrar que tenía tanto talento para la política como para la guerra. Más sereno y maduro, Nórax se comportó mejor durante su estancia en palacio, aunque pasadas unas semanas, pidió una audiencia personal con su abuelo el rey.

—Señor —le saludó cortésmente cuando estuvo ente él—. Mi sitio no está en la Corte, soy hombre de acción; prefiero dormir al raso, bajo las estrellas, en un lejano campamento, a las comodidades de palacio. Creo que soy más útil al reino en la acción que en el reposo.

Gerión guardó un prolongado silencio antes de tomar la palabra. Conocía demasiado bien a su nieto como para saber cuál sería su planteamiento. Ya llevaba preparada una propuesta.

—Nórax, el mar es el verdadero camino de intercambio, de comercio y... de conquista. Cada día es más frecuente encontrar navíos que vienen desde lugares muy remotos para conocer nuestras costas y desvelar nuestras riquezas. Por eso, debemos aprender a defendernos frente a ellos. He ordenado construir trirremes y otras naves militares para proteger nuestras costas. Me gustaría que te formasen en el mar y que dirigieras nuestra flota.

Nórax, amante de las largas cabalgadas y del resplandor de la hoguera en las frías noches de campaña, aceptó resignado el encargo de su abuelo Gerión. Comenzó a embarcarse en los navíos del reino y a navegar por sus costas en misiones de vigilancia, hasta que el veneno del mar se apoderó de su voluntad. Pronto capitaneó el navío más veloz, haciendo singladuras más y más arriesgadas, adentrándose a distancias nunca antes surcadas por marinero tartesio alguno.

Muchas noches de luna, mirando al oeste, se preguntó qué es lo que se encontraría al otro lado del océano. ¿Caería al abismo de los infiernos, como decían los sacerdotes? ¿Sería infinito, como cantaban los poetas? ¿Habría unas tierras ricas y felices, como soñaban los comerciantes? Quizás, él, Norax, príncipe de Tartessos, fuera el llamado a la proeza de desvelar el mayor de los misterios...

Un emisario real lo esperaba en el puerto cuando su nave arribó, después de varios días de navegación. Su abuelo quería verlo de inmediato.

—Nórax —habló el rey cuando lo tuvo delante—, estoy muy satisfecho de tus avances. Todo el mundo habla de tu destreza marinera. Es bueno que

tengamos el mejor almirante. Nuestro futuro se escribirá en el mar. Ya sabes de los avistamientos de embarcaciones desconocidas, ¿no?

—Sí. Nosotros mismos hemos podido localizar algunas de esas naves que se acercan a nuestras costas. Las hemos perseguido pero no pudimos alcanzarlas, eran más rápidas que las nuestras. Estamos mejorando las embarcaciones, tenemos que conseguirlas aún más veloces y seguras.

—Estoy muy preocupado. Nadie sabe todavía quiénes son. Parece que provienen del extremo este del mar, pero nunca, hasta ahora, vimos sus naves por aquí. No sabemos si vienen a comerciar o a conquistar, debemos estar prevenidos. Ordenaré destinar nuestro tesoro a reforzar la flota. Encárgate de todo, por favor, debemos protegernos del mal que acecha fuera. No sé, algo me dice que alguno de esos forasteros terminará tocando tierra y nos harán daño, mucho daño...

—Yo protegeré el reino... Nadie logrará vencernos en el mar...

Nórax dirigió personalmente la construcción de los nuevos navíos. Contrató carpinteros, herreros, tejedores. Ordenó traer la mejor madera de los montes tartésicos y el puerto pronto rebosó de actividad. Un sinfín de trabajadores y artesanos se aplicaban en sus respectivos oficios. Poco a poco, los esqueletos de las futuras embarcaciones se fueron levantando para curiosidad de los habitantes de la ciudad, que nunca habían visto tantos ni tan grandes navíos en su puerto.

Alguna vez, el propio rey Gerión bajaba hasta las atarazanas para comprobar, satisfecho, cómo su gran flota tomaba cuerpo. Pero con tanto gasto, el tesoro real comenzó a resentirse...

—No podremos gastar mucho más, señor —le insistía su tesorero—, pronto no nos quedará nada...

—Lo más importante es la seguridad del reino. ¿De qué sirve custodiar un rico tesoro si llegan unos invasores y nos lo roban? Más vale prevenir...

Algunos nobles cercanos al rey comenzaron a preocuparse por el asunto y no tardaron en manifestar su desacuerdo entre susurros.

—Esta desmesura nos arruinará.

—Sí, Gerión y Nórax parecen haber enloquecido.

—Algo tenemos que hacer...

—Sí, ¿pero qué?

El rey, ajeno por completo a ese ambiente de conjura, se refugiaba de las intrigas palaciegas con su tesoro más querido: su gran manada de vacas, bueyes y toros que pastaban en las marismas cercanas a la ciudad y cuya fama había trascendido de las fronteras de Tartessos.

Los meses pasaron serenos, sin gran novedad, y las embarcaciones fueron, por fin, ultimadas. Cuando estuvieron completamente equipadas con sus velámenes, remos, sogas y cuerdas, breas para calafatear, barriles para almacenar el agua, anclas y demás avíos de navegación, Nórax preparó un gran acto para que el rey botara oficialmente las orgullosas embarcaciones. Todas los principales de Tartessos —incluidos los que abierta o veladamente se habían opuesto a lo que consideraban un gran despilfarro— se aprestaron a situarse en algún lugar privilegiado del muelle para asistir de cerca al momento histórico en el que Tartessos se convertiría en una gran potencia marítima. Incluso los capitanes de las guarniciones de vigía de la costa no se quisieron perder la magna ocasión. Todos estuvieron allí aquel día, sin ser conscientes, cegados por el ambiente festivo y la algarabía, de que dejaban las costas desguarnecidas... Pero, al fin y al cabo, ¿qué enemigo podían temer? Se trataba tan solo de un día, no pasaría nada si el reino entero se concentraba junto a su monarca en el nacimiento del nuevo reino...

Tras la botadura oficial, se sirvió una opípara comida tanto para los nobles como para el pueblo, que aclamaba sin cesar a su poderoso monarca. Justo cuando Gerión brindaba con su nieto, un sombrío emisario se acercó para susurrar algo al oído del monarca, que cambió bruscamente de gesto en cuanto escuchó las primeras palabras. Lo que antes era satisfacción y alegría se mutó como por arte de magia en angustia, zozobra y miedo.

—Señor, ¿qué pasa? —le preguntó, inquieto, Nórax.

—Aún no lo sé bien. Al parecer, alguien ha matado a mi pastor Euritión y a su terrible perro Ortro para robarme mis bueyes. Debo salir de inmediato para impedirlo y para castigar al cuatrero.

—Voy contigo.

—No, tú quédate aquí, en la celebración. No quiero preocupar al pueblo, sería signo de debilidad. Resolveré yo solo el asunto, con alguno de mis mejores hombres. Disfruta tú, que yo no tardaré mucho en castigar al osado.

Norax, obediente, permaneció en aquella fiesta sin sentido. No dijo nada a nadie, pero se quedó profundamente preocupado. Algo le decía que el asunto era más grave de lo que parecía. Nadie del reino se hubiera atrevido a robar el ganado del rey. Debía tratarse de un invasor... pero ¿de quién? ¿Cómo podría alguien haber llegado hasta el mismo corazón del reino sin que nadie lo hubiera detectado?... Fue entonces cuando cayó en la cuenta de la grave irresponsabilidad en la que todos habían incurrido al dismantelar la vigilancia. Una negra nube de pesadumbre inquietó su ánimo. Intentó serenarse; con toda seguridad Gerión aplastaría al loco que había osado atacar a sus rebaños.

La fiesta se prolongó, y muchos fueron los excesos tanto en el yantar como en el beber. Los marineros, borrachos, cantaban canciones absurdas mientras se tambaleaban con riesgo cierto de caer al mar. Pero, más tarde, una terrible noticia, comenzó a correr de boca en boca. La tragedia se había consumado y Gerión había resultado asesinado por el ladrón de sus rebaños. Tartessos



estaba sin rey. La sombría noticia turbó los ánimos de la muchedumbre, que comenzó a clamar con gritos desgarrados, lamentándose por la muerte de su rey y pidiendo venganza y justicia divina contra los invasores y asesinos de su monarca. Ese malestar fue rápidamente canalizado por algunos de los nobles que se habían enfrentado al proyecto de la construcción de la flota.

—¡La culpa de todo la tiene Nórax! —comenzaron a gritar—. ¡Convenció a su abuelo para construir una absurda flota para halago de su vanidad!

—¡Sí —gritaban a coro otros cómplices—. Nórax arruinó nuestro Tesoro!

—¡Y es el responsable de que las guarniciones de la costa abandonaran sus funciones de vigía!

—¡Hay que apresar al responsable!

Norax, advertido del rumbo que estaban tomando los acontecimientos, aceleró el paso hacia sus naves.

—Reúne a nuestros hombres más fieles —ordenó a su lugarteniente— y que preparen las embarcaciones para zarpar. No me gusta lo que veo. ¡Nuestra cabeza corre peligro!

Mientras los cortesanos juramentados jaleaban los bajos instintos de la plebe, los hombres más cercanos a Nórax se apresuraban a embarcar. Algunos, embriagados, tuvieron que ser llevados a rastras.

—¡Ya tenemos cinco embarcaciones preparadas!

—¡Tenemos que llenar alguna más! ¡Sólo así tendremos fuerza para regresar con suficiente poder!

Pero mientras Norax apremiaba a sus marinos, una muchedumbre armada con palos y antorchas llegaba hasta los muelles.

—¡Muerte a Nórax, responsable de nuestros males! —gritaban desaforados.

—¡Destruyamos esa maldita flota que trajo la desgracia a nuestro reino!

Nórax apenas si pudo dar crédito a la violencia de aquella masa que le había adorado hasta esa misma mañana. Pero no era momento de cavilaciones si quería mantener la cabeza sobre sus hombros.

—¡Zarpamos con urgencia! ¡Remeros, a sus puestos! —ordenó con decisión—. ¡Levad anclas!

Con exasperante lentitud, las naves comenzaron a moverse, muy despacio al principio, mientras que la muchedumbre ya había alcanzado el muelle. Las primeras embarcaciones no tardaron en comenzar a arder, con llamas de espanto que iluminaron aquella tarde maldita. La venganza de la plebe fue terrible. De las más de veinte embarcaciones que componían la flota real, sólo

las cinco pilotadas por los hombres de Nórax lograron salvarse. El resto, pereció absurdamente bajo un estúpido fuego justiciero.

Cuando sus naves lograron adentrarse lo suficiente en el mar como para sentirse a salvo, Norax observó con rabia e impotencia la enorme hoguera en la que se había convertido el principal puerto de Tartessos. Los dioses eran crueles y caprichosos. Lo que tenía que haber sido el festejo más feliz del reino se había transmutado en un trágico aquelarre. El rey, muerto, la flota incendiada y él, a punto de morir estúpidamente en manos de una multitud exasperada. Pensó con gran dolor en su abuelo. Pese a su carácter despótico, había sido un gran monarca para su pueblo. Y él lo quería.

—¿Qué hacemos ahora, Nórax? —le preguntó el segundo de a bordo.

—Navegaremos hacia el este. ¡Quizás logremos atrapar al bandido que robó los bueyes a mi abuelo!

—Se los habrá llevado por tierra.

—Es lo más seguro. Pero de todas formas lo intentaremos. Tampoco tenemos otra opción, no podremos regresar a Tartessos en mucho tiempo...

—Nos acusarán de traidores, de desertores.

—No preocuparos, ya demostraremos nuestra inocencia. Ahora, debemos salvar nuestras vidas y vengar, si es posible, la muerte de Gerión.

Tras varios días de navegación, costeano la extensa península, decidieron recalar en tierra firme. Lograron encontrar un fondeadero, entre montañas áridas y descarnadas. Instalaron un somero campamento, donde encendieron hogueras mientras los hombres se dispersaban en busca de agua y comida. Tuvieron suerte. Un arroyo de aguas límpidas logró saciar su sed y frutas y varios conejos aplacar su hambre. Cansados de su periplo, se sintieron seguros, y decidieron permanecer allí unos días. Algunos de los hombres que se habían adentrado tierra adentro en busca de más comida, no tardaron en regresar con valiosa información.

—Este territorio está despoblado, pero al norte habitan tribus de guerreros feroces que no dudarán en atacarnos. Tienen embarcaciones más modestas que las nuestras, pero son muy numerosas.

—No debemos entonces tentar a la suerte —comentó Nórax—. Podremos quedarnos aquí unas cuantas semanas más hasta ver qué decisión tomamos.

—Me temo que no podrá ser, Nórax —respondió el expedicionario—. Al parecer, ya se dirige hacia aquí un ejército del reino del norte, alertado de nuestra presencia.

—Tendremos entonces que zarpar de nuevo de inmediato. Pero ¿adónde ir? Si al norte no podemos, y al sur tampoco... ¿hacia dónde dirigimos nuestras proas?

Todos guardaron un apesadumbrado silencio. Se sabían apátridas, exiliados, sin hogar ni familia. Y todas sus miradas confluyeron en Nórax, su líder. A pesar de su juventud, había logrado ganarse el respeto y la admiración de todos. A él le tocaba decidir el rumbo que habrían de tomar sus vidas.

—Nórax —terció de nuevo el expedicionario—, los pastores me hablaron de unas islas casi deshabitadas que se encuentran justo al frente de estas costas, a tan sólo un día de navegación.

—¡Hacia allá iremos! ¡Embarcad el agua y la comida, que zarpamos de inmediato!

—Pero... se nos hará de noche en alta mar...

—Las estrellas y el designio de los dioses nos guiarán hasta las islas de nuestro destino.

Zarparon de nuevo sin volver la vista atrás. El mar estaba calmo y con la fuerza de los remos y la ayuda de la ligera brisa sobre la vela avanzaron con rapidez hacia lo que en el futuro se conocerían como Islas Baleares. Navegaron toda la noche con rumbo este, turnándose en el esfuerzo. Cuando el sol estuvo alto descubrieron una línea de tierra en el horizonte. Felices, hacia ella se dirigieron. Declinaba la tarde cuando lograron alcanzar la isla, que mucho, mucho tiempo después, recibiría el nombre de Menorca. La costa era rocosa y de mala vegetación.

—Fondearemos aquí, no es prudente que intentemos desembarcar ahora. Mañana, buscaremos un lugar protegido y seguro para tomar tierra.

La tripulación estaba de buen humor. La travesía había sido cómoda y rápida y se sentían a salvo de las belicosas huestes levantinas. Al anoecer, cuando se disponían a cenar, vieron el resplandor de varias hogueras encendidas desde la isla.

—Están habitadas. Mañana comprobaremos si de verdad sus habitantes son tan pacíficos como afirmó el pastor.

Al amanecer, acercaron las naves hasta una cala adecuada para el desembarco y unos diez hombres, bien pertrechados y armados, llegaron hasta la orilla con intención de adentrarse en aquellos parajes desconocidos. Nórax permaneció en la costa, donde levantaron un efímero campamento, que podría dismantelarse a la menor señal de peligro. Se dispuso de un sistema de vigías permanentes para prevenir los posibles ataques desde tierra o —y esto sería aún más peligroso— desde el mar. El príncipe tartésico temía que los guerreros levantinos hubieran botado una flotilla para darles caza.

A última hora de la tarde los expedicionarios regresaron exultantes. La isla, aunque árida, tenía suficiente agua y comida para abastecerlos. Y, lo que era mejor, sus habitantes eran pacíficos y hospitalarios. Una reducida delegación de nativos se acercó hasta Nórax para darle formalmente la bienvenida e invitarlos a un almuerzo ceremonial. Nórax, confiado en la bondad de sus

intenciones, aceptó la invitación.

A la mañana siguiente, acompañado por sus diez hombres de mayor rango y veinte soldados de escolta, Nórax se encaminó hacia el lugar en el que sería agasajado. Cuando el sol alcanzaba su cénit, la delegación llegó hasta unas asombrosas construcciones de piedra que los lugareños llamaban talayots y que tenían funciones ceremoniales. Allí los esperaba el príncipe de la isla, adornado con sus mejores ajuares. El recibimiento fue caluroso y sincero. Nórax contó su periplo y el príncipe del lugar le dijo que, hasta hacía unos años, habían tenido una existencia pacífica y feliz, pero que las cada vez más frecuentes incursiones de los belicosos levantinos habían empobrecido al reino.

Comieron hasta saciarse, descansaron un buen rato y al atardecer un sacerdote los llevó hasta el interior de un extraño templo, en cuyo centro se levantaba una curiosa construcción megalítica que los nativos llamaban taula y que era una especie de menhir coronado por una gran piedra plana, como si de una gigantesca mesa de una sola pata se tratara. Asistieron a la celebración del rito del crepúsculo y cuando se disponían a regresar para la cena con los nobles del lugar, la alarma les llegó desde la costa. Los vigías habían avistado una multitud de pequeñas embarcaciones que se acercaban a la isla, con ánimos evidentes de invadirla. La flotilla de los levantinos había logrado darles alcance.

Cancelada la cena, los máximos responsables de los nativos y de los visitantes se reunieron con la urgencia del peligro que se cernía sobre ellos.

—¿Podréis destruirlos con vuestros barcos? —preguntó el principal de los indígenas a Nórax.

—Nuestras embarcaciones son mayores y más potentes que sus humildes barcas, pero son tantas las suyas que me temo que terminarían hundiéndonos.

Tras una larga deliberación, Nórax les propuso un plan:

—Dejaré a cincuenta de mis mejores hombres en tierra firme y yo partiré con mis naves antes del amanecer. Los levantinos pensarán que huimos de nuevo y sabedores de nuestra velocidad, no intentarán perseguirnos. Se dispondrán entonces a invadir la isla. Debéis dejar que se internen tierra adentro, donde les tenderéis una emboscada. No esperan a mis hombres, con más experiencia en combate y mejor armados. Mientras vosotros lucháis, yo regresaré con mis naves y atacaré desde la retaguardia a sus naves. No me será difícil destruirlas, estando desguarnecidas.

Así lo decidieron y se dispusieron de inmediato a ejecutar el plan de Nórax. Los levantinos, con las primeras luces del día, vieron cómo aquellas grandes embarcaciones tartésicas zarpaban para adentrarse en el mar. Los guerreros decidieron entonces invadir la isla, para obtener esclavos y un buen botín, tal y como ya habían hecho en ocasiones anteriores. Dejaron sus embarcaciones fondeadas cerca de la costa, escasamente vigiladas, y se dispusieron a adentrarse en aquella isla de débiles lugareños.

El éxito de la estrategia de Nórax fue total. Los invasores sufrieron muchas bajas en la emboscada que no esperaban y los pocos supervivientes, se encontraron con sus naves destruidas e incendiadas al tratar de huir. Prácticamente todos los invasores levantinos fueron masacrados tras la batalla. El júbilo se apoderó de las pacíficas gentes de la isla, que agasajaron sin límite a aquellos valientes tartésicos que habían destruido a sus seculares enemigos.

Tras varios días de festejos y descanso, Nórax se despidió del príncipe anfitrión. Habían decidido embarcarse de nuevo para buscar una isla mayor, que les permitiera asentarse con mayor holgura, ya que, en la que se encontraban, aunque hermosa, no era rica en riquezas naturales y los malos pastos apenas si proporcionaban alimentos suficientes para los pequeños rebaños de cabras y ovejas. La despedida fue solemne y sentida. Al final de la cena, el príncipe local tomó la palabra y, para sorpresa de todos, trasladó su sorpresiva decisión.

—Gracias a ti, Nórax, nuestro pueblo podrá disfrutar de años de paz. Nunca olvidaremos tu proeza, y como muestra de agradecimiento, a partir de hoy esta isla se llamará Nura, en honor del héroe que la salvó.

Dos días después, cuando ya tenían sus naves preparadas para embarcar, una pequeña embarcación ligera llegó hasta el puerto. Al parecer provenía de Tartessos y traía un mensaje urgente para Nórax.

—Señor, la Junta de nobles de Tartessos os requiere para coronaros como nuevo rey.

—¿A mí —respondió con sorna— que tuve que huir con algunos fieles para salvar mi cabeza? ¿Cómo ahora me aman los que juraron odiarme de por vida?

—Tenéis grandes defensores y sois el único príncipe que conseguís aunar a su alrededor a una mayoría de nobles.

Nórax se retiró a pensar por un buen rato. Sentado sobre una roca, miraba al mar azul mientras jugueteaba con unos guijarros. Cuando, por fin, salió de su ensimismamiento, convocó a su alrededor a todos sus hombres.

—Ya sabéis las nuevas. Me quieren coronar como rey de Tartessos. Y no parece que se trate de una trampa, aunque nunca se sabe, claro está.

Un murmullo de afirmación y orgullo confirmó que la noticia ya se había extendido entre todos ellos.

—¿Qué vas a hacer, señor?

—No regresaré. Lo he pensado con detalle, y creo que mi sitio está aquí, en la mar, descubriendo nuevas islas. Volver a nuestra patria sería un error, viviríamos de por vida envueltos en luchas civiles, teniendo que matar a los

enemigos y temiendo ser asesinados por estos. Yo no sirvo para intrigas cortesanas. Nací para guerrear y navegar, y en alta mar está el palacio de mis deseos.

Los marinos no se inmutaron con las palabras de Nórax, ni sus rostros reflejaron emoción alguna. Simplemente querían saber lo que les propondría, finamente, su príncipe.

—Así que ya sabéis. Yo seguiré en el mar. Si alguno de vosotros desea regresar a casa, no tiene nada más que decirlo, y así lo dispondremos. Pensadlo antes de responder.

—Yo no tengo nada que pensar —respondió uno de los más aguerridos—. ¡Yo sigo con Nórax!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Aquellos hombres, endurecidos por la batalla y el destierro, no pudieron contener la emoción cuando comprobaron que todos preferían seguir su periplo marino, renunciando a un regreso dulce a la tierra patria. El riesgo, la aventura, la fidelidad a su jefe fueron reclamos más poderosos que el asentarse de nuevo en su propia tierra.

—¡Muchas gracias! —continuó Nórax—. ¡Mañana zarparemos hacia las grandes islas, al nordeste! ¡Allí correremos menos peligros que en nuestra tierra, donde algunos nos quieren mal!

Y así fue como Nórax, renunciando a la corona de Tartessos, zarpó de aquella isla nombrada en su honor Nura, y que con los años llegaría a conocerse como Menorca. Tras algunas aventuras, Nórax y sus hombres se asentaron finalmente en el sur de la isla de Cerdeña, que por aquel entonces se encontraba casi despoblada. Fundaron una ciudad, que llamaron Nora, y desde donde propagaron muchos usos y costumbres tartésicos. Una antiquísima inscripción, la llamada Piedra de Nora, da fe de esta presencia del príncipe de Tartessos en aquella lejana isla del Mediterráneo, así como algunas espadas tartésicas localizadas en santuarios cercanos a la ciudad de Nora.

Y en Nora, nuestro príncipe tartésico se convirtió en un rey justo y feliz. Nunca regresó a Tartessos, aunque lo siguió amando en su corazón.

## Argantonio, la difícil decisión de un rey sabio

Me dicen Argantonio y soy el rey más conocido de la historia de Tartessos, no en vano hablaron de mí los sabios griegos Heródoto y Anacreonte. Mi muerte aconteció hace ya muchos siglos, en el año 550 antes de Cristo —te hablo en tu cronología, para que me entiendas mejor—, pero mi recuerdo sigue vivo en esta esquina occidental del mundo, donde la luz, el océano y las tierras confluyen. Para unos, el territorio tartésico es el extremo de la tierra, para mí, su centro. Los sabios dicen que uno nunca muere del todo mientras alguien te recuerda. Por eso, hoy, aún puedo hablarte, aunque sea con la voz débil del recuerdo y la melancolía. Ojalá tuviera todavía la energía y la astucia que me permitió contener al empuje cartaginés que amenazaba con borrarlos del mapa. Pero no quiero adelantar acontecimientos. Ya que has convocado a mi recuerdo, me permitiré contarte algunos de los episodios de mi larga vida.

Viví ciento veinte años, a lo largo de los cuales pude ver cómo cambiaba el mundo que conocimos. Mi infancia transcurrió feliz, entre juegos, mientras Tartessos vivía su época más dorada. La riqueza de nuestro reino se basaba en nuestras minas de plata, cobre y en el bronce que aleábamos con el estaño procedente de las Casitérides. Los fenicios instalados en la ciudad de Cádiz compraban nuestras riquezas a un precio razonable, por lo que la prosperidad en nuestro reino no hacía sino crecer y crecer, en feliz comercio con los mercaderes fenicios de Tiro.

En el año 630 antes de Cristo, tras la muerte de mi padre, ascendí al trono de Tartessos. Mi padre murió, dulcemente, de viejo, en su cama, rodeado de sus principales y de su familia. De manera natural, se me impuso la corona que me correspondía en mi calidad de primogénito heredero, sin ningún tipo de sobresalto ni incidente. Lloramos la muerte del rey que se iba y, tras el luto, celebramos la nueva coronación. Todo parecía apuntar a que mi reinado sería próspero y tranquilo: el pueblo estaba feliz y ningún conflicto grave parecía amenazarnos. La tradición tartésica de los últimos tiempos era muy pacífica, más centrada en comerciar que en guerrear. Nuestra relación con los pueblos vecinos era cordial y enriquecedora y no albergábamos ningún ansia expansionista.

Los primeros años de reinado fueron muy sosegados. Nuestra excesiva dependencia del comercio con los fenicios era la única sombra que se cernía sobre nosotros. ¿Qué pasaría si algún día decidieran marcharse o, por el contrario, imponer unas condiciones duras de monopolio? Algunos de mis consejeros más astutos y precavidos también me trasladaban su preocupación:

—Señor, cada día nos llegan noticias más alarmantes de la situación política de Tiro. Los asirios ya pusieron impuestos altos a la ciudad, pero la dejaron vivir. Una nueva potencia, Babilonia, amenaza ahora con destruirla. Si cayera, nuestro comercio se interrumpiría, lo que significaría nuestra ruina.

En efecto, había podido intuir esa inquietud en los gestos y comentarios de algunos de los embajadores y dignatarios fenicios que recibía en mi corte. La prudencia aconsejaba no depender en exclusiva de nuestros socios de Tiro... pero ¿cuál era la alternativa? ¿Cómo buscar unos nuevos socios sin ofender a nuestros tradicionales amigos fenicios?

Creo recordar que fue por aquel entonces, a los pocos años del inicio de mi reinado, cuando un barco, después de un extraño periplo, alcanzó nuestras costas. Lo capitaneaba un tal Coleo de Samos. Era una embarcación que procedía de Focea, una ciudad griega situada en la costa del Asia Menor, al norte de la Fenicia, en lo que hoy conocéis como Turquía. Al trasladarme la noticia, ordené de inmediato:

—Quiero que se les trate con el mayor aprecio y atención. Deseo que conozcan nuestro país y nuestras riquezas y que se lleven de regreso a su ciudad un mensaje de concordia y paz.

—¿Desea, señor, conocerlo? ¿Lo traemos a palacio?

Recuerdo que dudé por un instante, ya que ardía en curiosidad por conocer a aquel forastero. Pero, por otra parte, comprendí que si le otorgaba demasiada preeminencia, podría poner celos a los fenicios, que siempre eran informados, de inmediato, de todo cuanto acontecía en mi corte.

—No, prefiero no recibirlos. Atenderlos bien, eso sí, y que sepan que dejan aquí un pueblo amigo.

Mi estratagema salió bien. Coleo de Samos regresó a Focea contando las maravillas de nuestra tierra y las grandes oportunidades de comercio que atesoraba. Así, cuando apenas había pasado un año, dos embarcaciones foceas llegaron hasta nuestras costas, solicitando audiencia con el rey. En esta ocasión, se la concedí.

—Señor —fueron sus primeras palabras—, quisiéramos agradecer las atenciones con las que colmó a nuestro compatriota Coleo de Samos, cuando llegó accidentalmente a estas costas. Traemos, también, los saludos y mejores deseos de las máximas autoridades de nuestra ciudad, Focea, y le queremos entregar estos obsequios como muestra de nuestra mejor voluntad.

En ese momento, unos sirvientes depositaron a mis pies objetos de marfil, oro y de ricas telas. Agradecí aquel gesto, sabedor de que se trataba de un espléndido inicio de la relación que deseaba mantener con los habitantes de aquella remota ciudad. Yo también les obsequié con algunos presentes de plata y oro y tras mucha ceremonia y agasajo, los dejé descansar. Bien sabía por experiencia que para este tipo de negocios no son buenas las prisas. Durante una semana, los griegos foceos pudieron recorrer con total libertad nuestro país, hablar con sus gentes y conocer nuestros mercados, cultivos y costumbres. También, y como era mi intención, pudieron advertir de primera mano la fuerte relación que manteníamos con los fenicios de Cádiz y la honda huella cultural, económica, religiosa y familiar que habían dejado entre nosotros. Antes de que pudiésemos analizar cualquier tipo de relación, resultaba del todo imprescindible que conocieran el estrecho vínculo entre



fenicios y tartesios que, en ningún caso, queríamos romper.

—Señor —me advirtió uno de mis consejeros más leales—. Supongo que con este acercamiento a Focea, lo que queremos obtener es una vía paralela y complementaria de comercio, para no depender en exclusiva de los fenicios. Me parece sumamente inteligente. Ahora, bien... ¿cómo reaccionarán los de Cádiz? ¿Se lo tomarán a mal? ¿Tomarán represalias de algún tipo?

—He pensado mucho sobre eso —le respondí con serenidad— y creo que podremos arreglarlo. Firmaremos un primer acuerdo comercial muy reducido, para que no genere celos y sólo lo iremos incrementando paulatinamente siempre que lo consideremos rentable y prudente, procurando no dañar nuestro comercio con los de Cádiz.

Así lo hicimos. Los foceos regresaron felices a su país con una nueva vía comercial abierta, reducida en un principio, pero que albergaba un gran potencial. Por mi parte, tuve que tranquilizar a algunos dignatarios gaditanos, inquietos ante lo que consideraron un agravio histórico, ya que, por vez primera en muchos siglos, se rompía el monopolio fenicio en el comercio con Tartessos. Tampoco elevaron en demasía el tono de sus quejas, ya que eran conscientes de lo reducido del tráfico, por una parte, y de su propia debilidad por otra. Y, para evitar roces y conflictos, les pedí a los griegos que desembarcaran y fundaran su factoría en la costa del mar interior que hoy llamáis Mediterráneo, sin que llegaran a cruzar las Columnas de Hércules.

La relación funcionó bien y durante muchos años no tuvimos problemas, salvo algunos pequeños roces y celos. A pesar de que el comercio con los griegos se incrementó de manera notable, nunca se hizo en menoscabo del intercambio con los fenicios. Además, con el paso del tiempo, los problemas se acumularon para los fenicios, siendo nuestra relación con los griegos una cuestión pequeña en comparación con los otros males que le afligían. En efecto, hace ya un tiempo, cuando los asirios afligían a Tiro, muchos fenicios emigraron a Cartago, una de sus principales colonias. Esta ciudad, situada en el norte de África, prosperó con rapidez, convirtiéndose en poderoso emporio. Nunca me gustaron los habitantes de Cartago. Pese a su procedencia fenicia, su carácter y costumbres se habían apartado de la tradición de Tiro. Del ancestral gusto por el comercio y el intercambio pacífico, los cartagineses habían evolucionado hacia el militarismo. Ya no ambicionaban comerciar, ansiaban luchar. Y en sus astilleros no se construían buques mercantes, sino modernas embarcaciones de guerra.

—Algún día tendremos problemas con los cartagineses —me advertían mis consejeros—. Los de Cartago ya no quieren comerciar con nosotros, simplemente quieren conquistarnos.

—Mientras los fenicios estén de nuestra parte, no tenemos nada que temer —les respondía sin demasiada convicción—. Los cartagineses aún respetan a los de su raza.

—Sí, pero eso no durará para siempre...

Fue entonces cuando tomé una arriesgada decisión. Concedor de los

problemas de los fenicios y del inquietante crecimiento de los cartagineses decidí apostar con mayor fuerza por la opción griega. Aún a sabiendas del enfado que mi nueva política causaría en fenicios y, por tanto, en los cartagineses, decidí ampliar con fuerza los cupos comerciales concedidos a los griegos, teniendo buen cuidado, eso sí, de no perjudicar directamente a los de Cádiz.

—Os otorgo licencia —proclamé ante los dignatarios foceos— para fundar una auténtica colonia griega en Mainake. Que la paz y la prosperidad sea con nuestros pueblos.

Mainake —la actual Málaga— fue la capital griega del sur de la Península, en directa dependencia con Focea, de donde procedían sus habitantes. En el norte, los griegos habían fundado la ciudad de Ampurias, dependiente de Marsella, con la que mantenían una relación de afinidad cultural y política, pero cierta rivalidad comercial. No en vano, Mainake fue la colonia griega más lejana en el Mediterráneo occidental. Gracias a la licencia de fundación que les concedí, pudieron prosperar y crecer, al tiempo que nosotros nos beneficiábamos de la competencia que mantenían con los fenicios. Así, teníamos garantizada la salida de nuestros productos a buen precio al tiempo que se enriquecía la variedad de las mercancías que intercambiábamos. Debo reconocer que pronto me aficioné a las cerámicas y cráteras griegas, de una riqueza, belleza y perfección técnica muy superior a las que nos traían los fenicios. Entendí que lo griego era lo nuevo que nacía y que lo fenicio envejecía sin remedio. Acerté en parte y me equivoqué en otra, al minusvalorar la potencia militar que emergía con una fuerza arrolladora desde Cartago.

Los griegos prosperaron y su bonanza palió las consecuencias que los crecientes problemas de los fenicios ocasionaban sobre nuestro comercio. Cada año, los de Cádiz adquirían menos metal y, encima, hacían todo lo posible por bajar su precio. Así que, aunque todavía cordiales, nuestras relaciones se fueron tensando progresivamente.

Por otra parte, los cartagineses, azuzados en secreto por los fenicios gaditanos, cada día se mostraban más agresivos ante el empuje griego. De alguna manera consideraban que nuestro reino era un terreno natural suyo. En alguna ocasión llegaron, incluso a hundir algunas de las embarcaciones foceas, lo que originó una firme protesta por nuestra parte. Las hostilidades cesaron durante un tiempo, en el que la economía del reino dependió del comercio menguante fenicio y del creciente griego.

No obstante, los griegos estaban muy inquietos. Se sabían demasiado avanzados en el occidente y temían que Cartago pudiera cortarles su tráfico con relativa facilidad. Cuando me exponían sus temores, yo trataba, en medida de lo posible, tranquilizarlos.

—Yo os protejo —les decía con voz segura— y os protegeré. No temáis nada. Ya habéis podido comprobar cómo he logrado mantener el equilibrio comercial entre vosotros, los nuevos, y los tradicionales fenicios, que durante muchos siglos ostentaron el monopolio.

—Señor —me respondían prudentes—. No tememos a los fenicios, son los cartagineses los que nos aterrorizan.

—Tranquilos —les insistía sin demasiada convicción—, nada os ocurrirá.

Los problemas parecían amontonarse sobre las cabezas de nuestros socios comerciales. Poco tiempo después, una pésima noticia puso en riesgo el comercio griego que con tanto esfuerzo habíamos logrado consolidar. Y, en esta ocasión, los agresores no eran los cartagineses.

—Señor —me sobresaltó mi capitán de guardia— el gobernador de Mainake, acompañado de embajadores foceos, solicitan una entrevista urgente. Están en palacio, algo grave les ocurre.

—Hazlos entrar en seguida, los recibiré de inmediato.

Urgencia significaba problemas. Hice venir a dos de mis más sabios consejeros para que me acompañaran durante aquella visita, que adiviné trascendente.

—Señor —me dijeron los griegos en cuanto los tuve presentes—. Estamos muy preocupados. Los persas nos amenazan y sus ejércitos ya campean cerca de Focea. Nuestra ciudad puede ser destruida. Estamos pidiendo ayuda a todos nuestros amigos y aliados porque estamos en riesgo.

Con voz grave y semblante preocupado, me contaron pormenores del avance persa y de sus aviesas ambiciones. Aunque ya me habían advertido de la ferocidad y del poderío militar persa, nunca pensé que se atreverían a llegar tan al norte. Tras escucharlos con atención, pedí un rato de receso, pues quería consultar con mis consejos la situación.

—Para nosotros —les dije una vez que nos quedamos solos— la situación es igual de grave. Si los griegos caen, quedaremos en manos de los fenicios, cada día más debilitados ante sus nietos cartagineses. Algo tenemos que hacer.

—Señor —intervino el más anciano de mis consejeros—, creo que debemos involucrarnos en su ayuda. Podemos darles dinero, hombres, embarcaciones, ayuda militar.

—Para nosotros —les respondí tras dudarlo un instante— se trata de una guerra demasiado lejana. No tenemos capacidad militar para acompañarlos. Sólo podríamos ayudarles con dinero.

—¿Y si autorizamos que amplíen aún más su colonia, o que, incluso, creen otras nuevas? El poder griego se incrementaría en nuestras costas, y podrían compensar el empuje cartaginés. Además, si los habitantes de Focea sienten miedo ante el avance persa, quizás sean muchos los que deseen emigrar. Podríamos acogerles en nuestra tierra.

Me pareció una buena idea. Pero nuestro consejo aún no había finalizado.

—Señor —volvió a tomar la palabra el sabio anciano—, está bien que ayudemos a nuestros socios griegos. Pero nosotros no podemos confiar nuestro futuro ni a griegos ni a fenicios, deberíamos aprender a depender solo de nosotros.

—¿Qué quieres decir? —me interesé de inmediato.

—Señor, con el debido respeto, creo que los tartésicos llevamos siglos equivocándonos. Acunados por nuestro dulce clima, embebidos por las comodidades y placeres que nuestras riquezas nos conceden, nos hemos limitado a negociar con fenicios, desde siempre y con los griegos ahora, sin preocuparnos de establecer redes comerciales propias, crear colonias alejadas, dotarnos de un ejército poderoso. Nos hemos dejado llevar por la comodidad y el gusto por la vida muelle y descansada que nuestras riquezas nos aseguraban...

—¿Qué quieres decir? —le interrumpí irritado—, ¿que he reinado mal, que no he sabido gobernar a mi pueblo...?

—No, señor. Al contrario, creo que habéis sido el mejor, más sabio y prudente de todos sus monarcas. De hecho, vuestra ha sido la sabia decisión de mantener el equilibrio entre griegos y fenicios, un juego complejo y peligroso que ninguno de sus predecesores se atrevió a tomar...

—Eso es así —volví a interrumpirle, deseoso de valorar mi propia obra—. Además, bajo mi reinado hemos vivido nuestra época de esplendor. Nunca gozamos de una paz y prosperidad como la de ahora...

Callé entonces. Y en ese instante fui consciente de que, aunque era cierto lo que yo afirmaba, no existía ninguna garantía de que esa bonanza se prolongase en el tiempo...

—Tenéis razón, señor. Pero los tiempos han cambiado y para sobrevivir tendremos nosotros también que mudar con los acontecimientos. No podemos limitarnos a esperar que alguien venga a comprar nuestras riquezas. Nuevas potencias militares, como los cartagineses o los persas, no quieren ya comerciar, sino conquistar. ¿Qué podremos hacer nosotros frente a sus ejércitos? La historia no tiene piedad con los débiles, señor, simplemente los borran para siempre del recuerdo de los hombres. Por eso, ahora que Tartessos goza de un buen rey, con autoridad y prestigio fuera y dentro de nuestras fronteras y con nuestras arcas llenas, es el momento de iniciar nuestra expansión comercial y militar. No podemos depender de los demás, tenemos que aprender a valernos por nuestras propias fuerzas.

Debo reconocer que sus palabras me impresionaron vivamente. En el fondo, sabía que tenía razón, aunque mi soberbia me impidió reconocérsela en aquel momento. Quizás fuera el principal error de mi largo reinado, el creer que las cosas que fueron bien en el pasado tendrían que seguir por siempre igual en el futuro. Un error tan frecuente como grave, sin duda. Tuve que haberle hecho caso, y no lo hice. ¿Miedo? ¿Pereza? ¿Soberbia? No lo sé. El caso, es que me dejé llevar por nuestra inercia histórica y no quise convertirme en

protagonista de la historia, luchando por cambiarla, sino que me limité al cómodo papel de espectador del juego estratégico que otras potencias desarrollaban en el Mediterráneo. Aquella pasividad significaría no muchas décadas después nuestro triste final. Pero, claro, yo eso no podía saberlo en aquel momento. Di por terminado nuestro consejo, y ordené que regresaran los griegos a la sala del trono donde nos encontrábamos.

Cuando estuvieron frente a mí, les comenté nuestras decisiones:

—Somos aliados en el comercio, y ahora os queremos ayudar. Por una parte, os daremos 1.500 lingotes de plata, que os servirán para reforzar vuestras murallas y armamentos. Por otra parte, os autorizamos a fundar otra colonia y a permitir que cuantos foceos deseen, puedan venir a vivir a nuestras tierras.

Sin duda alguna, nuestro ofrecimiento superó sus propias expectativas. Con grandes agasajos agradecieron nuestra ayuda. Pocos días después zarpaban hacia Focea con sus barcos repletos de plata. Nosotros quedamos a la espera de su regreso, que suponíamos sería en compañía de cientos de colonos con los que fundar un nuevo establecimiento, aún más al oeste. Sin embargo, estos colonos nunca llegaron. Las autoridades foceas, ante el implacable avance persa, decidieron reforzar otras colonias en el mediterráneo, así como apostar decididamente por su enclave de Alalía, situado al norte de la isla de Córcega. Cuando me enteré del rechazo a nuestra hospitalidad y la elección de otra ubicación, me irrité profundamente. Al serenarme, quise averiguar la razón de aquella decisión que nos marginaba. Mi consejero anciano volvió a proporcionarme una explicación que, aunque dolorosa para mí, debía ser cercana a la realidad.

—Señor, ya hablamos de ello. Los griegos creen que Tartessos está demasiado al occidente, y que sus rutas pueden ser cortadas con facilidad por los cartagineses. Pero, por otra parte, creo que nos ven débiles y piensan que nosotros mismos estamos inermes ante el poderío de los de Cartago. Si no nos podemos defender nosotros... ¿cómo podríamos defenderles a ellos?

Fue mi última oportunidad para cambiar de política, abandonar nuestro tradicional pacifismo y adoptar una actitud más belicosa y expansionista. Quizás así hubiéramos conseguido cambiar el rumbo de la historia, quién sabe. El caso, es que opté por seguir como siempre, comerciando cómodamente sin alterar nuestra placentera existencia.

Mientras todo esto ocurría, los fenicios de Cádiz también mostraban signos preocupantes de decadencia. Sus compras disminuían año a año. Sus dignatarios, que habían menguado su nivel de confianza en mi corona tras el pacto con los griegos, me trasladaron su grave preocupación por el asedio que las tropas babilónicas de Nabucodonosor II estaban sometiendo sobre Tiro, su ciudad madre.

—¿Por qué no os ayudan los cartagineses? —les pregunté.

—¿Los cartagineses...? Son nuestros hijos, pero desagradecidos e iracundos. No les interesa nuestro futuro, sólo piensan en su presente.

—Estamos muy preocupados por su militarismo —les planteé—. Algunos de mis consejeros temen que algún día nos invadan a nosotros.

—No lo harán mientras nosotros estemos aquí. De alguna manera, aún nos respetan.

No sería por demasiado tiempo, desde luego. Con ese delicado escenario geopolítico, transcurrieron los últimos años de mi reinado en los que, pese a todo, logré mantener la paz y la prosperidad de Tartessos, que pasó a las crónicas y leyendas griegas como sinónimo de riqueza, abundancia y felicidad. Las cosas aún se complicaron cuando Tiro cayó en manos de Babilonia y el comercio fenicio sufrió un duro golpe del que los de Cádiz no lograron nunca recuperarse. La bella ciudad gaditana comenzó a languidecer, melancólica de lo que fue y ya nunca volvería a ser. Por nuestra parte, intentamos ayudarles en lo que pudimos. A pesar de mi preferencia por los griegos, quería corresponder a esos fenicios que desde la bahía de Cádiz llevaban quinientos años comerciando y relacionándose con nosotros, hasta el punto de que un significativo porcentaje de nuestro pueblo llevaba su sangre mestizada. Facilitamos aún más las transacciones, mientras encontraban destinos alternativos al de Tiro. Pero ya nunca volvieron a ser lo que fueron y el crecimiento griego no compensó lo que los fenicios dejaron de mercadear. Por otra parte, la decisión griega de apostar por Marsella y Alalía frente a Mainake me produjo un profundo desencanto. Hubiera podido ser una solución de futuro, pero los griegos la desecharon de raíz.

Al final, tampoco hice caso a mi consejero y no adopté una política expansionista. Éramos pacíficos y nos había ido bien así. Mi error fue pensar que las cosas no cambian cuando, por simple experiencia, ya debía saber que lo único cierto es que nada permanece y que todo muda.

Sea como fuere, mi pueblo me idolatraba y mi recuerdo pasó a la historia como el de un rey longevo, prudente, justo y sabio. Sólo hoy he reconocido mi pecado de omisión. Fui prudente, sí, pero quizás también acomodaticio. Tenía que haber puesto en valor nuestra riqueza. En el nuevo mundo que se acercaba o eras conquistador o terminabas siendo conquistado. Yo siempre rehuí de ese juego belicoso, pero el viento de la historia finalizaría barriendo Tartessos.

Mi muerte, en el 550 antes de Cristo, fue largamente llorada por mi pueblo. Durante semanas se sucedieron los funerales y las exequias, como nunca antes se habían conocido. Mis sucesores no tuvieron tanta suerte como yo. Fueron reyes débiles, de cortos reinados turbulentos durante los cuales los cartagineses se hicieron más y más fuertes. Los griegos, tras la caída de Focea, reforzaron sus colonias de Marsella y Alalía. La terrible confrontación entre griegos y cartagineses no tardaría en producirse. Así, en el 535 antes de Cristo, una flota de 120 barcos de una coalición etrusco-cartaginesa atacó sin previo aviso a la flota griega de Alalía. Los griegos, a pesar de sus medios reducidos —tan solo disponían de sesenta embarcaciones— lograron enfrentarse con los atacantes y repelerlos, aun a costa de la pérdida de casi la totalidad de sus embarcaciones. Esta victoria pírrica significó el final de las colonias griegas, que tuvieron que ser abandonadas a partir de ese momento. Cartago consolidaba su poder en el Mediterráneo occidental y Tartessos

desaparecía de la historia.

¿Fui, en verdad, un buen rey? ¿Pude evitar el triste final de nuestro reino o nada pude hacer frente al nacimiento del coloso cartaginés? La verdad es que no lo sé; las brumas de la tristeza y del tiempo transcurrido impiden mi habitual clarividencia. En todo caso, has conocido mi vida y obra, la del rey Argantonio, el monarca más famoso —y dicen que sabio— que jamás reinara en Tartessos.

## La maldición del santuario de Cancho Roano

Nada, ya, tiene futuro. Ni siquiera este santuario de Cancho Roano, gloria de Tartessos durante dos siglos, perdurará. Ya lo auguró Satos, el gran sacerdote, en los últimos sacrificios. Tartessos ha muerto, Cancho Roano no podrá sobrevivirle.

Quizás, antes de narraros lo acontecido, debería haberme presentado. Os pido disculpas, porque los nervios y la desesperanza parecen haber desterrado mi cortesía. Me llamo Setúbal, tengo veinte años y soy hijo del Santuario. Bueno, esa es una forma de hablar, claro está. Así nos dicen a los hijos nacidos de la prostitución sagrada ejercida en los aledaños del templo desde tiempos inmemoriales. Mi madre me engendró de padre desconocido y de niño me entregó al servicio del culto. Fui acogido y educado por los sacerdotes, a los que he servido fielmente desde entonces. Los valoro y admiro, sobre todo a Satos, por su enorme sabiduría. Saben leer el alma de sus fieles, conocen el pasado y adivinan el futuro. ¡Cuántas veces soñé con alcanzar algún día la distinción del sacerdocio y poder oficiar el sacrificio sagrado en la *cella* del templo! ¡Cómo deseé dirigir la liturgia para gloria de nuestra diosa! Pero los sueños, sólo sueños eran. Nunca hubiera podido ostentar ese honor, dada mi condición de hijo del templo. Nací de prostituta sagrada y el servicio es mi sino. Sólo los hijos de sacerdotes y nobles podían aspirar a ostentar los símbolos del sacerdocio.

El santuario de Cancho Roano tiene dos siglos de vida. Lo que comenzó siendo apenas una cabaña destinada al culto de nuestra diosa, se fue convirtiendo con el paso del tiempo en el gran santuario que todavía hoy nos enorgullece. Dicen que su apogeo se alcanzó hace más de un siglo, bajo el reinado de Argantonio, el rey sabio y longevo que supo negociar con griegos y fenicios para garantizar la prosperidad del reino. Desde su muerte, Tartessos comenzó una lenta decadencia, con sus altibajos en función del precio de los metales, hasta que ahora nos encontramos a las puertas mismas de la desaparición. De la absoluta desaparición.

Hace apenas cuatro días que logré regresar con vida de un peligroso viaje al norte, a la tierra de la cultura de los castros. Queríamos parlamentar con sus líderes con el objetivo de salvaguardar el futuro del santuario. Cada día nos llegaban noticias de su avance conquistador y no queríamos ser objetivo de sus huestes. Bien sabíamos cómo se la gastaban estos bárbaros con los pueblos que se le resistían. Muerte, violaciones, tormentos, robo, saqueo, destrucción... Nosotros, sin defensa militar posible, ya que Tartessos se desmembraba sin remedio, éramos una presa fácil, codiciados por la fama de nuestras riquezas. Sólo teníamos la posibilidad de la capitulación honrosa y el compromiso de salvaguarda. Me enviaron como miembro de la escolta de Zalal, uno de los sacerdotes más ancianos, que encabezaba la delegación de embajada. Uno de los reyezuelos de las tribus invasoras se dignó a recibirnos y tuve el honor de acompañar a Zalal a la audiencia.



—Dime, viejo —así, grosera y zafiamente, se dirigió aquel bárbaro a mi admirado sacerdote—, ¿qué quieres? ¿Por qué vienes a molestarnos?

—Señor —respondió Zalal diplomáticamente, dándose por no enterado del desprecio sufrido—, supongo que os habrán informado de que soy sacerdote de Cancho Roano.

—Puede que alguno de estos inútiles algo me dijera, pero ni siquiera lo recuerdo bien. Bien, eres sacerdote, pero mi pregunta sigue sin respuesta. ¿A qué vienes?

—Cancho Roano es el principal centro de culto y comercio ubicado entre Tartessos y la Meseta. Sus habitantes somos gentes de religión, cultura y comercio. Sabemos de vuestro avance y venimos a solicitar vuestra protección.

—¿Protección? ¿Protección me pides? —el cabecilla pareció enfurecerse—. ¿Y por qué no la solicitas al cabeza de Tartessos, tu reino querido?

—Señor, nosotros no nos queremos meter en política. Simplemente dirigimos nuestras oraciones y ofrendas a la diosa y...

—¡Cállate, no estoy dispuesto a seguir escuchando más estupideces! ¡Conocemos bien a los parásitos como tú! ¡Os aprovecháis de la inocencia de la gente para desplumarla con pantomimas ante vuestros ídolos absurdos! Sólo por eso, deberíais ser pasados a cuchillo. Lleváis siglos saqueando la riqueza de la región. De todos nuestros enemigos, sois los peores. ¡Soldados! ¡Encerrad a estos cretinos y ejecutadlos mañana al alba! Que sus cabezas rueden en honor de nuestro dios de la guerra, el único verdadero.

Aturdidos ante la brutal sorpresa, fuimos arrastrados con el resto de la escolta hasta una tosca cabaña de piedra y brezo. Allí nos arrojaron al suelo, mientras escuchábamos como disponían de una guardia en la puerta. Los más jóvenes sollozaban de miedo, mientras Zalal, que intentaba animarnos, no paraba de repetir que aquello no podía ser otra cosa que una salvaje estrategia de negociación, que al día siguiente volverían a reunirse y que lograría convencerles de las ventajas del pacto.

—Sacerdote Zalal —le susurré respetuosamente—. Nada detendrá a estos salvajes. Sólo quieren tierras, oro y poder. Debemos intentar huir.

—¿Huir? Un gran sacerdote de Cancho Roano nunca huye, deberías saberlo. Intentaré cumplir la misión encomendada hasta el límite mismo de mi propia vida. Y si tengo que morir, lo haré con dignidad.

—Perdón, yo sólo quería ayudar y...

—Vamos a intentar descansar algo. Mañana tendremos mejor día.

Avergonzado, me aparté. Sin esperanza alguna de descansar, me dediqué a pensar en alguna posibilidad de huida, no me resignaba a morir.

Zalal, mientras tanto, parecía meditar profundamente, sin que ningún gesto o expresión denotara tensión alguna. Yo, por el contrario, fui presa de una corrosiva ansiedad, que me hizo gritar inopinadamente:

—¡Hay que intentar huir! ¡Si no lo hacemos nos matarán a todos!

Esperaba una reprimenda de Zalal pero, para mi sorpresa, el sacerdote nos ordenó acercarnos a él y en voz baja, comentó:

—Me duele reconocerlo, pero Setúbal tiene razón. La diosa me ha hablado para decirme que tenemos que advertir a los de Cancho Roano del peligro que corren.

—Pero ¿cómo lograremos escapar? Estamos fuertemente custodiados.

—Sólo hay una manera, pero es arriesgada y peligrosa. Incendiaremos la cabaña. El techo de brezo seco arderá con mucha facilidad; en los pliegos de mi túnica tengo la yesca y el pedernal que necesitamos para la primera chispa.

—Pero... si la cabaña arde, moriremos todos achicharrados.

—Así es. Pero, al menos, existirá una oportunidad para que alguno de vosotros, jóvenes y rápidos, logre escapar con vida. Y si morimos, más vale perder la vida aquí, ahora, que agonizar para el gozo de sus ojos sedientos de sangre. Yo, desde luego, moriré con la dignidad de un sacerdote tartésico. No le daré la satisfacción a ninguno de esos bárbaros de ver rodar mi cabeza. Atención, voy a encender el fuego por las cuatro esquinas de la cabaña. Taparos la nariz y la boca, encomendaros a nuestra diosa y el que logre encontrar un hueco en el derrumbe de la techumbre, que corra como un ciervo hasta Cancho Roano. Allá voy.

Con suma habilidad, Zalal hizo brotar algunas chispas sobre un montoncito de brezo seco. Con rapidez, una vez que el fuego había agarrado, acercó una rama mayor que aplicó a la cubierta. En un instante, la choza se transformó en un auténtico infierno. El calor se hizo insufrible, mientras que el humo nos hacía toser y nos imposibilitaba la vista. Todo fueron gritos de dolor y miedo, mientras que los soldados de guardia alertaban del fuego, atemorizados ante la posibilidad de que las llamas se extendieran a las cabañas vecinas. Yo quedé paralizado, sin saber qué hacer. Y fue entonces cuando parte del techo se derrumbó sobre Zalal, aplastándolo bajo su mole incandescente. Una de las grandes vigas de soporte, al caer, abrió un hueco en una de las esquinas, que afortunadamente logré advertir entre lágrimas y humo. Sin dudarle, me lancé hacia él, arrojándome con decisión sobre su espacio vacío. Rodé en el exterior, con quemaduras y mucho dolor por el golpe, pero no era momento de lamentaciones. Sin perder ni un instante, eché a correr como un auténtico desesperado. Para mi sorpresa, nadie pareció advertir mi huida, ocupados como estaban en impedir la propagación del incendio. Como dieron por muertos a todos los prisioneros, no había nada que custodiar. Tras una larga carrera, caí al suelo exhausto. Me encontraba sobre una ligera elevación que dominaba el campamento enemigo. Me giré por un instante para comprobar,

con espanto, cómo la cabaña se había derribado por completo y se consumía en grandes llamas. Todos mis compañeros habrían fallecido calcinados. Sólo yo, al que la diosa le hizo el regalo de aquel hueco redentor, me había salvado. Tenía una alta misión que cumplir. Llegar sano y salvo hasta el Santuario y advertir a sus sacerdotes de lo que se avecinaba. Me levanté y comencé mi ruta guiado por las estrellas. Con suerte, en cuatro días de dura marcha, podría regresar hasta el Santuario.

Con la voluntad que forja el deseo de supervivencia, conseguí alcanzar Cancho Roano. Sólo cuando crucé el puente sobre el foso con agua que rodea al Santuario, pude relajarme, al punto que caí al suelo exhausto. Cuando desperté me encontraba en la sala donde se practicaban las curas a los muchos enfermos que hasta aquí acuden para buscar consuelo a sus males. Dos sacerdotes me atendían solícitos.

—Setúbal —se dirigieron a mí en cuanto comprobaron que había recuperado la conciencia—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué regresas solo? ¿Y Zalal? ¿Y el resto de la embajada?

—Todos están muertos. Los guerreros de los castros nos encerraron para matarnos. Incendiamos la cabaña con la esperanza de huir y sólo yo conseguí escapar. Zalal me pidió que os dijera que debemos abandonar el santuario. Vienen a destruirlo y a quedarse con nuestras riquezas.

—Debemos reunirnos con urgencia con Satos. No, espera, mejor aún. Primero le contarás a solas lo mismo que a nosotros nos has dicho. Cuando haya asimilado la noticia, convocaremos reunión capitular.

Me acompañaron hasta la *cella* del altar, el lugar más sagrado del santuario. Atravesamos antes un par de salas repletas de riquezas y objetos litúrgicos, entre los que destacaban ricos vasos griegos, jades y escarabeos egipcios, joyas de oro y plata, vajillas y arreos de bronce, abalorios de vidrio, adornos de hueso y marfil, y múltiples herramientas de hierro. La mayoría provenían de donaciones de ricos mercaderes de metales, pero muchas de las riquezas también eran fruto de los réditos que el comercio generaba para el templo. Me dejaron ante la penumbra de la *cella* y entré en ella con reverencia y respeto.

—Hola Setúbal, siéntate aquí —Satos se dirigió a mí con una voz teñida de tristeza y melancolía—. Zalal y los demás han muerto, ¿verdad?

—Sí...

—La diosa me lo acababa de comunicar tras el sacrificio que acabo de ofrendarle.

Miré hacia el altar y observé cómo la sangre del sacrificio aún goteaba sobre el vaso sagrado que la recogía de la superficie del altar en forma de piel de toro. Los vasos litúrgicos descansaban sobre unos poyetes de adobe adosados a la pared. La *cella* era pequeña y los vapores de las plantas y resinas aromáticas cargaban el ambiente saturado. El sumo sacerdote seguía en silencio, con las manos alzadas, como implorando ayuda divina.

—Nada los detendrá, ¿verdad?

—Creo que no, señor.

—¿Murió Zalal con la dignidad propia de un sacerdote?

—Sí, señor. Prefirió quemarse vivo por su propia mano que ser víctima de la espada de los guerreros. El incendio permitió que yo pudiera escapar.

—Zalal siempre supo estar a la altura de las circunstancias. Era el mejor.

Me pareció advertir que una lágrima pugnaba por brotar entre sus párpados. Sin poderlo evitar, rompí a llorar como un niño.

—Cálmate, Setúbal, tenemos que mantener la cabeza muy fría ahora. ¿Qué mensaje te pidió Zalal que trasladases?

—Que vienen para saquear, destruir y matar. Que abandonemos el santuario antes de que sea demasiado tarde.

—El fin anunciado de Cancho Roano...

El sacerdote terminó de ofrendar el vaso del sacrificio. Sólo después de lavarse sus manos en la palangana de agua santificada, se volvió hacia mí para preguntarme:

—¿Cuántos días tardarán en llegar hasta aquí?

—Cuatro días, señor. Cinco a lo sumo.

—Tenemos poco tiempo y mucha tarea por delante. Sal y pide que convoquen consejo urgente.

Le obedecí de inmediato. Mientras los sacerdotes se reunían en la sala capitular, yo me acerqué hasta el pozo del patio central del santuario. Bebí con ansía el agua sagrada. Agua. Ese era el motivo de la ancestral ubicación del santuario, situado sobre una poderosa corriente subterránea y a los pies de un arroyo. La abundancia de agua permitía tener abastecido el gran foso cuadrado que rodeaba todo el recinto.

Sabía que los sacerdotes decidirían en breve el futuro de todos nosotros, por lo que no quise alejarme y permanecí en el patio, mientras observaba las construcciones de dos plantas que configuraban el gran edificio del Templo. La construcción, como era habitual en todo el reino de Tartessos, era tan simple como eficaz. Muros de tapial y adobe que se levantaban sobre un zócalo de piedra, en algún caso de gran tamaño. Unas escaleras permitían el acceso a las azoteas, siempre planas. Los sacerdotes explicaban con frecuencia las distintas etapas de su construcción, pero a mí, la historia que más me gustaba era la de los altares antiguos que se encontraban bajo el actual, sobre todo la de uno con forma de reliquia egipcia, que solían pintar

sobre la arena. ¡Cuántos misterios encerraba este prodigioso Cancho Roano a punto de desaparecer!

El agudo sonido de la campana me sacó de mi ensimismamiento. Nos convocaban con urgencia a todos los que habitábamos el Santuario. El sumo sacerdote se subió a un estrado para dirigirnos la palabra.

—Como sin duda ya todos sabéis, el enemigo del norte se acerca para destruirnos. Enviamos una embajada encabezada por Zalal, para manifestar nuestro deseo de paz, pero fueron condenados a muerte. Sólo Setúbal consiguió, milagrosamente, llegar hasta aquí. El santuario está sentenciado, pero no permitiremos que los bárbaros lo profanen. Por eso, lo destruiremos nosotros mismos siguiendo los ritos y la tradición. Llamad a cuantos hombres podáis reunir de los alrededores para que estén aquí a primera hora de la mañana. Serán unos días de trabajo intenso. Y, hoy, al crepúsculo, celebraremos una gran hecatombe en honor de la diosa, ahora que, aún, su templo está intacto. ¡Poneos en marcha, ya!

Salí al campo a buscar hombres para el trabajo que teníamos por delante. Desconcertado, no terminaba de aceptar que fuéramos nosotros los que tuviéramos que destruir el santuario sagrado. Situado en el extremo norte del reino, cercano a su frontera del río Guadiana, el santuario se localizaba en una importante vía comercial y de producción de metales. De hecho, además de centro religioso, el Santuario albergaba un rico mercado de metales, en especial oro, cobre y bronce, que se aleaban en sus mismas dependencias. La técnica más secreta era la purificación del oro, que se conseguía mediante el uso del mercurio extraído de las minas de Almadén. En una de las salas destinadas a tal fin, además de crisoles de fundición se podían encontrar finas balanzas de gran precisión. Por todo esto, el santuario era rico, al tiempo que jugaba un importante papel cultural y educativo en toda la comarca. Y, una vez al año, en la gran romería de inicios del verano, una vez finalizada la siega de las mieses, cientos de personas se reunían para beber, bailar, rezar y encomendarse a nuestra diosa. ¡Cómo disfrutamos durante esos días, todo gozo y felicidad!

Tras cumplir mi tarea, agotado, regresé al santuario. Había logrado visitar las cabañas de más de diez familias de los alrededores que al día siguiente estarían dispuestos a hacer lo que ordenaran los sacerdotes. Exhausto, me tumbé en mi habitación, pues necesitaba descansar tras mi agotadora huida y la búsqueda de hombres. Fue tumbarme y quedarme dormido de inmediato. Un fuerte ruido me despertó, pocas horas después. Gurnial, mi amigo del alma, me zarandeaba con fuerza.

—¡Vamos Setúbal, que la hecatombe va a comenzar y nadie debe perdersela!

Me costó levantarme, me dolía todo el cuerpo. Me lavé la cara como pude, y al salir al patio comprobé cómo se había transformado en el escenario de un gigantesco festín. La bebida abundante y la comida excesiva pasaban de mesa en mesa. Los comensales comían y bebían, con gula, pero sin alegría. Se trataba de una hecatombe final, de una despedida del lugar que amábamos y reverenciábamos. Me senté en una de las mesas y, como era mi deber, bebí y comí en abundancia. Pronto me hastié e incapaz de continuar sentado, me

levanté y salí fuera a estirar las piernas. Algunos así lo hacían para regresar enseguida a continuar devorando las ricas viandas que se nos presentaban. Al abandonar el recinto me sorprendió el lugar de la matanza. Habían sido sacrificados varios becerros, una docena de corderos, un par de cerdos, gallinas, conejos y pichones. El suelo, ensangrentado, estaba cubierto de tripas y despojos. Un hombre empujaba las vísceras hacia el arroyo, mientras que un olor denso inundaba el aire que respirábamos. Sentí arcadas y me alejé del lugar. Uno de los hombres que yo había animado a venir arrojaba huesos y restos de los animales al foso, cuyas aguas adquirían un brillante color bermejo.

—¿Qué haces? —le pregunté sobresaltado—. ¿No ves que el agua se envenenará por la putrefacción?

El hombre me miró con expresión sorprendida.

—Y a mí qué me dices. Yo sólo cumplo órdenes. Los sacerdotes han dicho que quieren que el foso se convierta en un gigantesco cementerio, un enorme osario con todos los animales sacrificados en la hecatombe. Arrojo estos últimos huesos y me voy a comer, incluso nosotros tenemos derecho a participar, digo yo, ¿no?

Los huesos se hundieron lentamente, mientras que la cabeza de un becerro me observaba estúpidamente desde sus ojos muertos. Todo era sangre, muerte y sacrificio a mi alrededor, mientras que hombres y mujeres se esforzaban en devorar más allá de lo que sus cuerpos les permitían. Decidí regresar a la mesa, puesto que mi deber era, como el de todos, participar en la hecatombe final hasta el límite mismo de mis fuerzas. En mi camino a punto estuvieron de vomitarme encima algunos que se dirigían al foso para devolver lo que su estómago ya no aceptaba. Una vez finalizaban sus vómitos, regresaban a la mesa para continuar con el festín. La hecatombe no debía finalizar mientras quedara carne por devorar. Me apliqué a ello, a pesar de odiar los excesos. Pero algún sentido debería tener todo aquello si los sacerdotes lo habían ordenado. Pasado un buen rato, conseguimos que en las fuentes de carne asada sólo quedaran huesos desnudos. Habíamos logrado acabar con toda la carne disponible. Sólo entonces fue cuando Satos se incorporó con gran esfuerzo, hinchado y ebrio, para pronunciar su breve discurso.

—Cancho Roano será mañana destruido por nuestras propias manos. Desaparecerá como vivió, santificado a nuestra diosa por sus sacerdotes y su pueblo. Ninguna mano salvaje logrará profanarlo. Hemos comenzado la liturgia de purificación con esta hecatombe sagrada que estamos a punto de concluir. Ahora debemos continuarla con el sacrificio de los animales más sagrados, los caballos del santuario. ¡Encended las hogueras del exterior!

Un murmullo de asombro y horror se extendió entre los comensales. Aún en su ebriedad, no alcanzaban a comprender cómo los animales más hermosos y queridos del santuario, sus bellísimos caballos, podían ser sacrificados. Les habían enseñado desde su infancia a amarlos y los habían cuidado con mimo y cariño. ¿Cómo podían ahora matarlos?

Cancho Roano era famoso por su orfebrería sobre caballos. Además de finas joyas en las que el caballo era el tema principal, también se habían especializado en esculturas ecuestres realizadas en fino bronce y que tenían un alto precio en los mercados. Los arreos, frenos y guarnicionaría de Cancho Roano también eran disputados por todo el entorno. Parte del imaginario del santuario giraba en torno al caballo. De hecho, los animales del templo eran regalos del propio rey de Tartessos, que cada par de años enviaba uno de los mejores ejemplares que criaba en los infinitos pastos de la desembocadura del gran río. Y ahora, el Cancho Roano de los caballos, iba a sacrificar a los suyos.

Las hogueras alababan el cielo estrellado con sus grandes llamas, que iluminaban a los nueve caballos del santuario, tranquilos y serenos, sostenidos por las riendas por sus compungidos mozos.

—Llevad cada uno de ellos hasta una de las ocho hogueras encendidas. Allí serán sacrificados por el sacerdote que les aguarda.

—¿Y el noveno?

—Ese dejadlo con vida y devolvedlo a los establos. Nos será útil más tarde.

Los mozos obedecieron sin formular pregunta ni objeción alguna. Con suma habilidad, y con la ayuda de un afilado estilete, los hermosos caballos fueron degollados sin que opusieran resistencia alguna, tal era su doma y confianza con los humanos. La sangre manada fue recogida en grandes recipientes cerámicos.

—Enterrad allí sus cabezas. Velarán por nosotros desde el otro reino. Incinerad los cuerpos hasta que queden convertidos en fina ceniza. Que nadie ose probar ni un trozo siquiera de su sagrada carne. Esparcid, luego, sus cenizas a los cuatro vientos, hasta que impregnen el lugar todo.

Las órdenes fueron cumplidas con súbita diligencia. Las cenizas de los animales nos cubrieron, impulsadas por los vientos caprichosos. Sólo entonces, Satos ordenó:

—Y ahora, todos a descansar. Procurad asearos antes de entrar en vuestros aposentos. Nos quedan tres días de duro trabajo.

A pesar de mi enorme cansancio, tardé en conciliar el sueño. Todo era tan espectral, tan extraño. ¿Qué nos ordenarían hacer al día siguiente? ¿Cuál sería nuestro futuro?

Al romper el alba todos nos encontrábamos en el patio, a la espera de las órdenes de los sacerdotes, reunidos en sus oraciones en el interior de la cámara sagrada. Cuando las primeras luces del día comenzaron a iluminar las paredes del santuario, uno de los sacerdotes se dirigió a nosotros con voz imperativa.

—Destruiremos el santuario de manera metódica y ordenada. Derrumbaremos

los techos sobre las estancias y después cubriremos las ruinas con tierra, hasta conformar un gran túmulo.

—Pero... —alcanzó uno de los hombres a preguntar—, las habitaciones están llenas de ánforas y enseres, algunos muy valiosos. ¿Qué hacemos con ellos?

—Dejadlos como están, que nadie toque nada. Permanecerán enterrados por los siglos de los siglos.

Dirigidos por los más expertos albañiles, nos aplicamos en las tareas de demolición. Comenzamos por los edificios laterales, ya que la cámara sagrada sería el último lugar en resultar derrumbado. Algunos hombres lloraban al ver cómo caían destrozados los techos de aquel edificio centenario tan querido como venerado y que había dado sentido a su vida entera. ¿Qué sería de ellos?

En su penumbra, permanecían las riquezas que íbamos a sepultar y que evidenciaban tanto nuestra enorme riqueza como nuestra íntima relación con el mundo fenicio: ánforas globulares, anforiscos, y *atthastio* de pasta vítrea. Objetos de marfil y hueso con su hermosa decoración oriental, entre ellos algunas arquetas de marfil ricamente tallado. Elementos de adorno personal y paletas de tocador también de marfil. Un escarabeo que decían egipcio, quizás herencia de la relación de nuestros ancestros con las gentes de las pirámides y algunos escaraboides fenicios. Sellos y joyas de oro, cornalina y pasta vítrea. Placas de bronce con inscripciones, bocados y esculturas de équidos. Alimentos de todo tipo y cerámicas finas y domésticas. Todo un ajuar que sería sepultado para siempre.

Al atardecer, prácticamente habíamos derrumbado el edificio completo. Tan solo quedaba la zona sagrada, que sería demolida al día siguiente.

—Y después comenzaremos a cubrir todo con tierra. Mañana, a esta hora, debemos haber finalizado la tarea.

Esa noche, por fin, pude dormir profundamente, de un tirón. Alguien me despertó al zarandearme suavemente.

—Setúbal, incorpórate y sígueme. Satos quiere hablar contigo.

—¿Qué es lo que desea?

—No lo sé, yo no pregunto, me limito a cumplir órdenes.

Satos me aguardaba en la *cella*. Nos encontramos los dos solos cuando me hizo entrar. En esta ocasión, no había oficiado sacrificio alguno. Observé que los vasos litúrgicos habían sido retirados.

—Setúbal, en poco tiempo, esta sala será demolida y el actual altar quedará sepultado, como lo están los que yacen debajo. Quiero encomendarte una tarea muy importante. Hemos guardado en esos dos sacos las principales joyas y ornatos sagrados del santuario, aquellas piezas de más valor espiritual



y litúrgico. Quiero que salgas ahora con ellas, cabalgues en el caballo que dejamos con vida, te adentres en el monte y las escondas. Nadie debe verte ni adivinar tu misión. Después regresa e incorpórate a la tarea con los demás. Pasado mañana volverás a reunirme conmigo de nuevo. Te encomendaré otra misión de enorme responsabilidad, sé que estarás a la altura. Ahora, no preguntes nada y vete, no quiero que tu estancia aquí levante ningún tipo de sospechas.

Ensilé el caballo, dispuse los dos sacos a su grupa y partí hacia el sur, hacia un bosque cercano que conocía bien, pues lo había recorrido en muchas ocasiones cuando participaba en la cacería de jabalíes y corzos. Me dirigí hacia un frente de rocas, ocultas en lo más frondoso de la foresta, en la que conocía de la existencia de varias cuevas pequeñas. Escogí la más discreta y oculta, deposité los sacos en su interior y taponé su boca con piedras y ramas. Nadie que pasara por allí —y por allí nadie pasaba— podría adivinar que escondía un gran tesoro en su interior. Concluida la tarea encomendada, regresé veloz hasta el santuario. Al llegar, comprobé que la cámara sagrada también había sido derruida y que hombres y mujeres se esforzaban en cubrir con tierra los edificios demolidos, para lo que utilizaban carrillos, espuertas, lebrillos y cuantos recipientes pudieran resultar útiles. Me uní a ellos y trabajé con energía, preguntándome a cada instante el por qué me habría elegido Satos para esconder el tesoro y cuál sería la importantísima misión que me quería encomendar.

Al atardecer, la tarea estaba concluida. Y donde durante siglos se había alzado orgulloso un gran santuario, no quedaba sino un enorme montón de tierra, una especie de montaña artificial que custodiaba un gran secreto en sus entrañas.

—Habéis hecho un gran esfuerzo. Mañana por la mañana realizaremos el último trabajo del rito de purificación, que nos llevará el día completo. Por la noche, preparad vuestras cosas, ya que partiréis al día siguiente, una jornada antes de que el enemigo pueda poner sus sucios pies sobre nuestro lugar sagrado. Descansad ahora.

Dormíamos al raso, apenas si cubiertos por una fina manta, bajo un luminoso cielo estrellado, que sólo los sacerdotes sabían desentrañar. Conocían el nombre de las estrellas y de las constelaciones, y nos hablaban del orden cósmico que gobernaba nuestras vidas. Si desaparecía el Santuario... ¿dónde se custodiarían la sabiduría y el conocimiento que sus sacerdotes atesoraban? Con estos tristes pensamientos me dormí. Al amanecer, Satos nos volvió a reunir para darnos órdenes:

—Cortad toda la jara que podáis y depositadla sobre el túmulo de tierra. Tenemos toda la mañana para concluir la tarea. Y recordad, debe ser jara, sólo jara. A primera hora de la tarde, cuando el calor sea más fuerte, convertiremos los restos sepultados del Santuario en una enorme hoguera. Con ello concluiremos la liturgia de purificación.

Nos pusimos de inmediato manos a la obra. Mientras algunas cuadrillas cortaban la jara de los montes cercanos, otras la acarreaban hasta el santuario para que fuera dispuesta sobre el gran túmulo de tierra.

Trabajamos sin descanso ni parada para comer. La gigantesca pira tenía que arder esa tarde, al día siguiente ya podría ser tarde. El enorme esfuerzo de más de cien personas permitió cumplir el objetivo y a la hora convenida, el túmulo se hallaba completamente cubierto de jara.

—El fuego purificará los restos del santuario, y las cenizas formarán un escudo protector que los salvaguardarán de los siglos.

Los sacerdotes aplicaron fuego en varios puntos, y en un momento, la gran cantidad de jara depositada se había convertido en una pira gigantesca, la mayor hoguera que jamás hubieran visto los presentes. La masa incandescente desprendía una enorme flama que nos hizo ir alejándonos para no resultar achicharrados por aquel calor infernal. Sin embargo, el aroma de la jara incendiada era balsámico, embriagador, al punto de producirnos una extraña euforia compartida.

El santuario de Cancho Roano, bajo la tierra y la ceniza, ya sólo sería un vaporoso recuerdo para los hombres, siempre de memoria flaca y olvidadiza. Cancho Roano se había marchado para siempre... pero ¿y nosotros? ¿Qué haríamos? El enemigo debía encontrarse ya muy próximo y en cualquier momento podría abalanzarse para torturarnos y aniquilarnos.

Los sacerdotes, una vez que el fuego se hubo extinguido, y mientras los rescoldos incandescentes agonizaban, se arrodillaron para orar. Nunca lo habían hecho, al menos delante de los ojos de sus fieles. Los imitamos en un silencio reverencial, mientras escuchábamos sus extrañas salmodias en un lenguaje que no alcanzábamos reconocer. Lenguas antiguas, quizás, pensé. Satos dirigía las plegarias, que los demás repetían en un salmo prolongado. Después se hizo el silencio. Silencio de todos. Incluso el viento cesó, sin que ni siquiera una ligera brisa osara profanarlo. Después, Satos se dirigió a todos nosotros.

—Fieles de Cancho Roano, muchas gracias por vuestro gran esfuerzo, que nuestra diosa recompensará. Cancho Roano ha sido purificado, según los cánones de nuestros ritos ancestrales, y jamás será hollado ni profanado por manos enemigas. Ahora debéis dispersaros para salvar vuestras vidas. Dirigiros hacia el sur, donde os darán cobijo. Contad el triste, pero digno final de nuestro santuario, comparable a los que bordean el gran río, como los del Carambolo o Coria. Partid ya, mañana podrían presentarse aquí los bárbaros.

—Pero... y vosotros, los sacerdotes, ¿qué haréis?

—Moriremos aquí, en nuestro santuario. Iros ya, por favor, con nuestra bendición y agradecimiento.

Lentamente, las familias fueron abandonando el lugar, para dirigirse hacia el sur. Lo hacían por caminos distintos, para evitar que una súbita persecución pudiera acabar con todos ellos, gentes pacíficas y sin ninguna experiencia bélica. Cuando ya todos se habían marchado, y quedé yo solo con los sacerdotes, Satos me hizo llamar.

—Procura descansar esta noche, nosotros la pasaremos en vela, orando.

Mañana culminaremos el rito y debes acumular fuerzas para tu huida. Alimenta bien al caballo y que tenga agua en abundancia, porque tendrás una dura cabalgada con el enemigo pisándote los talones. Me han informado que esta tarde han cruzado el río por el vado de Medellín, mañana estarán aquí antes de que anochezca.

Obedecí sus órdenes. Atendí al caballo y me dispuse a descansar, mientras que mil preguntas se agolparan en mi mente. ¿En qué consistiría el rito final? ¿Cuál sería mi cometido? ¿Por qué había sido el escogido para ello? ¿Qué tendría que hacer con el tesoro oculto? Dormí mal, acosado por insistentes pesadillas que atormentaban mi sueño. Debí, finalmente, caer dormido, porque la voz de uno de los sacerdotes me despertó.

—Setúbal, levanta, que vamos a celebrar la liturgia final.

Sin pronunciar palabra los seguí hasta donde nos aguardaban el resto de los sacerdotes.

—Setúbal —me ordenó Satos—, prende esa gran pila de madera de encina que nos dejaron preparada. Cuida de que nunca le falte leña, necesitaremos mucho fuego hoy.

Tuve una premonición aterradora que no tardó en convertirse en certeza. En horrorosa realidad.

—Comenzaremos nuestros propios sacrificios. Uno a uno seremos degollados y arrojados al fuego, donde quedaremos reducidos a ceniza. Así acompañaremos por siempre, al espíritu de Cancho Roano, al que quedaremos indisolublemente unidos por los siglos de los siglos.

El macabro sacrificio colectivo se fue desarrollando de manera ordenada ante mi mirada espantada. Un sacerdote fue degollado por otro, mientras los demás oraban en silencio. Una vez que finalizaba su agonía y quedaba desangrado, su cuerpo era arrojado a las llamas, que yo alimentaba sin cesar. El sacrificio continuaba y el sacerdote que había actuado anteriormente de verdugo era degollado por el siguiente. Nadie gritó ni emitió sonido de queja alguno. Un silencio trascendente acompañaba sus últimos alientos de vida. Me pareció solemne, salvajemente cruel, pero una muerte digna para aquellos que habían dedicado su vida a la custodia del templo sagrado. Uno a uno, se fueron convirtiendo progresivamente en verdugos, primero, y en víctima propiciatoria, después. A mí me tocaba la macabra tarea de remover sus cuerpos incendiados para que se consumieran por completo mientras mantenía el fuego para que las altas temperaturas consiguieran una incineración absoluta. Sólo quedaban ya dos sacerdotes con vida. Satos, pidió al otro que se arrodillara, lo bendijo, y sin titubear, los degolló con su afilado cuchillo de los sacrificios. Una vez desangrado, yo mismo tuve que arrojar su cuerpo a las llamas, donde comenzó a crepitar mientras se consumía. Sólo Satos y yo permanecíamos con vida en aquel aquelarre sin fin.

—Setúbal —su voz era pausada—. Ha llegado mi hora. Te tocará a ti degollarme, rezar por mi alma y arrojarme al fuego. Atiéndelo hasta que quede por completo reducido a cenizas. Procura esparcirnos por el recinto, en

la medida que te sea posible. Después, ensilla el caballo y recupera las joyas que ocultaste. Una vez las tengas contigo, galopa sin descanso hacia el sur, en busca de algunos de los grandes santuarios tartésicos que puedan aún continuar con vida. Si te ves en gran peligro, entiérralas, para que nadie pueda, nunca, profanarlas. Es importante que hagas cuanto te he dicho. ¿Lo has entendido?

—Sí señor... pero no sé si podré degollarle...

—Hazlo. Será la única manera de santificar digna y honrosamente mi vida y la del santuario. Estaré muy orgulloso de ti...

—Señor, ¿por qué me escogiste a mí para este honor?

Satos guardó un prolongado silencio, como si se debatiera en su interior entre responder o prolongar su silencio.

—Porque eres mi hijo. Accedí a tu madre, prostituta sagrada, hasta que quedé encinta de ti. Como cualquier otro hijo del santuario, no tenías padre, en teoría, pero yo te sabía mío. Por eso, observé con orgullo cómo crecías, cómo te desarrollabas. Y ahora, al fin, te vas a convertir en sacerdote, en sumo sacerdote. Tú oficiarás el último de los sacrificios de Cancho Roano, tuya será la última plegaria que se eleve a los cielos desde aquí. Procede, por favor...

Sin poderme contener, lo abracé con fuerza. Por vez primera, y última en mi vida, me fundí en un cálido abrazo con mi padre, que me respondió con inesperada ternura. Intentó contener, sin éxito, las lágrimas que comenzaron a brotarle sin remisión. Hice como que no las veía, porque supuse que para un sumo sacerdote sería indigno llorar ante el momento más importante de su vida.

—Toma.

Me pasó su cuchillo y se arrodilló ante mí, alargando el cuello para facilitarme la tarea. Tras dudarle, con manos temblorosas cercené su aorta. La sangre comenzó a brotar en abundancia, mientras agonizaba sin una queja. Sus ojos, muy abiertos, parecían mirarme con orgullo. Con la dignidad y el orgullo que sintió ante su hijo, su querido hijo...

Cuando sólo eran cenizas, las dispersé por el túmulo. Sus espíritus vagarían por siempre entre sus ruinas. Una vez finalizada la tarea, me arrodillé, oré por vez última y salí en galopada hacia el bosque. Atrás quedaba, sepultada, la gloria de Cancho Roano y el espíritu de su más digno sacerdote, mi padre finalmente desvelado.

Con los sacos de las joyas firmemente sujetos a la grupa, galopo ahora hacia el sur. Desde una elevación, vuelvo la vista atrás, y me parece ver, a lo lejos, una columna de hombres armados y caballería que llega hasta el solar de Cancho Roano.

Espero alcanzar los grandes santuarios del sur. Si me veo en peligro,

enterraré las joyas en un lugar imposible. Si alguien, algún día en el remoto futuro, las encuentra, podrá glosar la grandeza de este Tartessos que acaba de fenecer.

## La profecía de Julio César

Querido Bruto, a ti que eres mi favorito y el joven en el que he depositado toda mi confianza, quiero contarte uno de los hechos más extraños que me han acontecido en mi accidentada vida. Mi carrera ha sido difícil y arriesgada, como bien sabes. Solo ahora, contigo y rodeado de mis fieles, sé que estoy seguro.

Aunque soy conocido como Julio César, el conquistador de las Galias, en verdad ha sido la Hispania el territorio más querido y trascendente para mí. Fui nombrado cuestor de la provincia de Hispania cuando contaba con veintiséis años, después de varias vicisitudes en Roma que a punto estuvieron de costarme la vida a manos del cruel Sila.

Como todo el mundo sabe, el Templo de Melkart —que así conocían los fenicios a nuestro héroe Hércules— es uno de los más venerados de todo el Mediterráneo. Ubicado en la Bética, en el antiguo territorio tartésico, el Templo de Melkart se alza, imponente, en la isla de Sancti Petri, algo al sur de Gadir, el famoso emporio fenicio. Muchos dicen que el origen de ese templo gaditano se remonta a los antiguos egipcios, que mantuvieron ancestrales relaciones con el sur de la Hispania. Sea como fuere, el caso es que desde hace al menos mil años, los fenicios fundaron Gadir y desarrollaron su culto a Melkart en el extraño templo de Sancti Petri, consagrado inicialmente por egipcios o por exiliados de la Guerra de Troya, que eso no lo sé bien y ambas leyendas fundacionales he escuchado.

Pues bien, algunos de mis hombres de confianza me recomendaron que acudiese al templo para solicitar amparo y auxilio de los dioses. Preocupado por mi presente, quería conocer mi futuro. La fama del templo sagrado atraía a numerosos fieles, que acudían a consultar sus oráculos. En algunas ocasiones, los augures recurrían al escrutinio de las vísceras de los animales sacrificados, pero los presagios más preclaros acontecían durante el sueño sagrado.

Ya te dije, Bruto, que era un templo misterioso, en el que desde siempre estuvieron prohibidos los sacrificios humanos a pesar de la afición que los salvajes de los cartagineses tuvieron por esos menesteres. Durante su expansión, los cartagineses dominaron estas costas, cercenando la libertad de sus antiguos parientes los fenicios. Cuando hace ya un siglo, aplastamos su maldito imperio tras la Tercera Guerra Púnica, muchos de los poderosos y ricos mercaderes que lograron escapar del Cartago arrasado por Escipión el Africano se instalaron en Gadir y sus alrededores, haciéndose pasar por fenicios. Dado el carácter pacífico de los turdetanos, que así llamamos a los descendientes de los tartesios, aquellos exiliados pudieron prosperar con toda naturalidad, mezclándose con los del lugar. Me temo que, de alguna manera, son los que controlaban el gran templo de Melkart, desde donde dirigían sus prósperos negocios de salazones y metales.

Enclavado en una isla cercana a la costa, algo al sur del emporio de Gadir, como te conté, el santuario recortaba su imponente silueta al atardecer. No todo el mundo tenía acceso al *Herakleión*, el recinto sagrado. Mis emisarios ya habían anunciado mi llegada, y los sacerdotes, conocedores de mi alta dignidad en la provincia, habían dispuesto de una pequeña embarcación para que me transportase a la isla. Algunos de mis generales, al comprobar que sólo me dejaban acceder a mí, temieron que pudiera tratarse de una emboscada y me recomendaron no subir a la barca, temerosos de que mi vida corriera riesgo.

—Un hombre valiente —les respondí— cuando va a conocer los designios de los dioses no teme a las cosas de los humanos. No preocuparos, nada me pasará.

Embarqué con un remero silencioso que no pronunció palabra alguna durante el corto trayecto hasta el embarcadero del templo. Allí me esperaban dos sacerdotes con sus trajes talares de púrpura y unas capuchas que le concedían un aire misterioso que me estremeció. Por un instante pensé en regresar y atender así los prudentes consejos de mis allegados. Pero la sola idea de retroceder me indignó. ¿Cómo podía ni siquiera pasármeme por la cabeza a mí, uno de los elegidos, la peregrina idea de huir? Nada ni nadie podría impedir la cita que esa noche tenía con los dioses. Ansiaba alcanzar la gloria y esperaba que los presagios sagrados me la confirmaran. Entonces era joven como tú, querido Bruto, y mi ambición no conocía límites. A la edad que yo tenía cuando visité el templo del Melkart, mi admirado Alejandro Magno ya había conquistado imperios y sometidos a monarcas a sus pies. Yo apenas si podía mostrar en mi balanza de éxitos alguna que otra escaramuza militar y cierta habilidad política y dialéctica. Pero mis logros empequeñecían ante los del gran Alejandro al que yo pretendía emular. ¿Qué digo emular? Mi sueño era superar sus gestas, pero, para eso, necesitaría del favor de los dioses, esos mismos dioses que le vaticinaron a Alejandro que llegaría a dominar el mundo durante su sueño sagrado en el oasis de Siwa. A raíz del augurio, el militar más brillante que vieran los siglos se puso al frente de sus tropas y sin descanso avanzó heroicamente hasta la India, derrotando al formidable imperio persa. Los dioses fueron pródigos y generosos con él, ¿por qué no habrían de serlo conmigo?

Los sacerdotes que me aguardaban se encaminaron hacia el templo, sin pronunciar palabra alguna. Les seguí a una distancia reverencial. Quería ganarme el favor de los dioses y la modestia y la prudencia siempre era buenas embajadoras. El santuario se levantaba, colosal, sobre una elevación en la parte oeste de la isla, construido en su mole exterior con piedra blanca. En las puertas y suelos se advertía el uso de una rica piedra negra, mármol, probablemente. Se adivinaban algunas construcciones muy antiguas y otras de factura más reciente. Antes de acercarme hasta sus puertas monumentales, me estremecí al recordar como el general cartaginés Amílcar Barca hizo jurar a su hijo Aníbal, ante el altar de aquel mismo templo, odio eterno a los romanos. Créeme, Bruto, que el Templo gaditano resulta estremecedor y que podía sentir en mi piel el enorme poder de los dioses que gobiernan nuestras vidas y fortunas.

Una explanada de piedras pulimentadas nos condujo ante la puerta

monumental del santuario, enmarcada entre dos grandes columnas, en cuyas enormes hojas de bronce se encontraban esculpidos los doce trabajos de Hércules, dos de los cuales, el de los toros de Gerión y el del jardín de las Hespérides, habían acontecido sobre aquel feraz territorio del antiguo Tartessos. Los visitantes de menor rango, debían conformarse con realizar sus ofrendas ante las columnas de esas puertas; solo los escogidos podían franquear la entrada a lo más sagrado del templo.

Una vez dentro, los sacerdotes levantaron sus capuchas para mostrar sus cabezas completamente rasuradas. La tenue luz del crepúsculo doraba las lisas paredes de piedra.

—Ahora —fueron las primeras palabras que escuché de aquellos sacerdotes—, antes que nada, su donativo. Pasemos a la sala del tesoro, allí podrá depositarlo.

Ni que decir tiene, querido Bruto, que jamás había visto tal acumulación de riquezas en lugar alguno. Además de joyas, monedas de oro y plata y tesoros varios que harían palidecer al más rico de entre los ricos persas o romanos, destacaban la figura del árbol que el mítico rey fenicio Pigmalión donó al templo y que por frutos daba piedras preciosas. Pude acariciar el cinturón del héroe troyano Teucro, que había sido donado en la consagración del templo. Eran tantas y tan variadas las riquezas de aquella sala que me sentí ridículo con mi donación, por más que de oro fueran las muchas monedas que portaba en mi bolsa. Extendí mi mano con modestia y el sacerdote, sin abrirla, la depositó junto a una escultura de oro y piedras preciosas que representaba a Hércules.

—Gracias. Hércules comunicará tu generosidad a los dioses, que esta noche te responderán de idéntica manera. Ahora vamos.

Abandoné la sala del tesoro abrumado por aquella hiperbólica ostentación, ante la que me sentí pequeño y pobre. ¿Compararían los dioses mi estipendio con las magnificencias que allí había podido observar? ¿Me considerarían un pobre insignificante y decidirían castigar mis ínfulas desbordadas?

—Ahora, vamos a postrarnos ante la sepultura de Hércules. Debes implorar su intercesión para que los dioses sean benignos contigo y te visiten esta noche en sueños.

En una esquina se encontraban dos altares, uno dedicado al Hércules egipcio y otro al Melkart fenicio, sin imagen alguna. Los altares estaban franqueados por cuatro columnas de bronce que mostraban esculpidos unos extraños signos.

—Se trata de la antigua escritura sagrada de Tartessos —comentó uno de los sacerdotes al observar mi interés—. Dicen que es antiquísima, nadie sabe leerla hoy en día.

Rogué a Hércules que los dioses me fueran proclives y que esa noche me visitaran en mis sueños para mostrarme el camino de la gloria. «Hércules —le supliqué— atiende mis plegarias, por favor. Tú, que eres el héroe entre los



héroes, comprenderás la ansiedad que me corroe. Pasan los años, me encamino hacia mi madurez, sin que aún haya podido conocer la gloria. Por favor, intercede por mí, quiero igualar al menos al gran Alejandro y ser el más fiel de tus discípulos». Al incorporarme de mi genuflexión experimenté un placentero estremecimiento que tomé por buen augurio. Desde ese mismo instante supe que Hércules intercedería a mi favor.

Había anochecido y la luz trémula de las antorchas conferían un aire espectral a aquel gran patio en el que se encontraban los altares a los dioses, todos ellos sin figuras ni esculturas alguna.

—Los sacerdotes tenemos la sagrada responsabilidad de mantener siempre el fuego avivado sobre las aras. Como puedes observar, en este templo los altares no se ocultan en *cellas* oscuras, sino que se encuentran en la intemperie, en este gran patio, bajo el sol, durante el día, y cubiertos por las estrellas al caer la noche. No puede existir cubierta ni techumbre más del gusto de los dioses.

—Así es —me atreví a responder.

—Has tenido suerte, romano. Pocos son los que acceden a este lugar sagrado, vedado para los sacerdotes.

—Espero poder recompensaros algún día el alto honor que me habéis concedido.

—Que así sea. Vamos ahora a asearnos.

De nuevo, en silencio, atravesamos el gran patio, sin acercarnos a los altares, hasta llegar a dos pozos con ricos brocales de piedra tallada.

Es otra de las muestras de la magia del lugar. Uno de estos pozos es de agua dulce, mientras que del otro mana agua salobre. El primero sube con la pleamar, mientras que el segundo lo hace con la bajamar.

Siguiendo sus indicaciones, me lavé las manos y la cara en una pila que previamente habían llenado con agua de los dos pozos. Después, me acercaron una toalla del mismo lino con el que tejían sus trajes talares para que pudiera secarme por completo.

—Ya estás purificado, debes comer y beber ahora algo, para prepararte para el sueño sagrado. Nuestra misión termina aquí, otros serán los que guíen tus pasos a partir de ahora. Nos veremos de nuevo mañana, cuando regresemos a la barca que te transportará hasta donde te esperan los tuyos.

Dos nuevos sacerdotes, de más edad que los anteriores y descalzos como ellos, me condujeron en silencio ante un reducido *triclinium*, donde se encontraban dispuestos algunos alimentos y una jarra de vino.

—Te dejaremos solo ahora. Come frugalmente mientras te bebes el vino con miel que te hemos dispuesto. Aprovecha para ordenar tus ideas y concretar

tus peticiones. En un rato, pasaremos a por ti para conducirte hasta la sala del sueño, donde deberás dormir a la espera de que los dioses se dignen a visitarte en tus sueños.

Apenas si probé bocado, nervioso ante la trascendencia del momento. Saboreé la hidromiel que me había servido con generosidad de la jarra. Aquel vino dulce me supo a gloria. Y, poco a poco, comencé a relajarme. La serenidad y quietud de aquella sagrada penumbra y, probablemente, algún brebaje añadido a la hidromiel, me produjeron con rapidez un estado de somnolencia.

—Es el momento de partir hacia la sala del sueño —la voz de un sacerdote me sobresaltó—. Disponte a abrir tu mente a los designios de los dioses.

Me incorporé y lo seguí a través de un largo pasillo, al final de cual se encontraban unas escaleras que bajaban a una sala subterránea, que conservaba un ambiente fresco.

—Túmbate aquí y cierra los ojos. Procura orar a los dioses mientras te duermes. Si eres digno, conocerás tu futuro a través del sueño sagrado.

Cuando me dejaron solo me tumbé en un camastro muy cómodo que se encontraba apoyado en una de las paredes. Cerré los ojos y apenas había comenzado a musitar una oración a Júpiter cuando quedé profundamente dormido. Muchas horas después, cuando el sol ya había llegado a su cénit sentí la suave sacudida de una mano que me despertaba.

—Despierta, ahora iremos a ver al sumo sacerdote, por si necesitas interpretar algunos de tus sueños.

Acostumbrado a la vida militar, me levanté de un salto. Arreglé algo mis ropajes y atusé mis cabellos, pues no quería aparecer desaliñado ante la máxima dignidad del templo. Mientras subía las escaleras, le comenté al sacerdote que me precedía:

—Iré a presentar mis respetos al gran pontífice, aunque no precisaré de interpretación alguna de mis sueños. Los dioses me han hablado con claridad suficiente.

El sacerdote no me respondió y me condujo ante el mayor de los altares que se encontraba en el centro del gran patio. El gran sacerdote me esperaba allí, imponente con sus hábitos talares y sus cintas de púrpura. Extendió sus manos hasta posarlas sobre mis hombros y me presionó para que hiciera una genuflexión de respeto ante las deidades. Después nos sentamos sobre unos bancos de mármol ricamente tallados. Sólo entonces me preguntó.

—Dime... ¿te han visitado los dioses en sueños?

—Sí. He tenido sueños tan vívidos que los recuerdo con todo detalle.

—Eso es bueno. Debes agradecer a los dioses que se hayan dignado a

visitarte.

—Se lo agradezco con toda la fuerza de mi alma —le respondí con sinceridad.

—¿Necesitas que interprete algún sueño de carácter alegórico cuyo sentido no hayas logrado desentrañar?

—Muchas gracias, pero creo que no será necesario, he recibido el mensaje con una sorprendente claridad.

—Entonces, ¿has comprendido los designios divinos?

—Sí —y mi mirada resplandeció de satisfacción y orgullo—. Seré tan grande como Alejandro Magno, mi nombre pasará a la historia y gobernaré un vasto imperio.

El sumo sacerdote, sorprendido sin duda por mi seguridad y altivez, tardó un rato en reaccionar. Tras poner la mano sobre mi coronilla, me dijo mientras me levantaba:

—Sin duda, eres un elegido. Marcha ahora, los dioses te protegerán. Pero cuídate de tu propia soberbia, será tu más peligrosa enemiga.

El gran sacerdote se giró sin pronunciar ninguna otra palabra y se perdió, solemne, entre las penumbras de una de las puertas laterales. Yo regresé eufórico hasta donde los míos me esperaban ansiosos, inquietos por mi retraso. Cuando les conté la buena nueva, me felicitaron y abrazaron para jurarme obediencia eterna. Esa misma tarde me dirigí hacia Gadir, donde al día siguiente visité al cabeza de la riquísima familia de los Balbo, que gobernaba una vasta fortuna cimentada en la minería, la pesca y el comercio.

Te ahorro los detalles por hacerte esta historia breve. Estuve varias jornadas con él, hablando de negocios políticos y de alianzas, pues los tentáculos de poder de los Balbos se adentraban en el mismísimo corazón de Roma. A partir de ese momento me ayudó con dinero e influencias y decidí anticipar mi regreso a Roma para afrontar retos mayores. El augurio de los dioses me había otorgado una confianza sin límites y mi osadía asombró a propios y extraños. El resto de la historia, querido Bruto, la conoces bien. Ya en Roma, conquisté el poder de una prelatura. Después regresé a Hispania, donde encabecé la guerra contra los lusitanos. Como te puedes figurar, antes de partir hacia el frente, acudí de nuevo a escuchar el oráculo del templo de Melkart, que me fue también favorable. Tras mi victoria, entré triunfante en Roma, donde logré ser elegido cónsul y formé mi primer Triunvirato con Craso y Pompeyo, entonces mi aliado y después mi peor enemigo.

Al finalizar mi consulado fui designado como procónsul en la provincia de la Galia, que logré dominar por completo gracias a mi contundente victoria sobre el líder galo Vercingétorix. Tras la batalla de Alesia logré extender los dominios de Roma hasta los bosques oscuros de la Germania. Fui el primer general romano en adentrarse triunfante en la Bretaña y la Germania y mi fama se extendió por todos los rincones del vasto territorio romano. Pero

mientras yo arriesgaba mi vida por la gloria de Roma, los intrigantes senadores comenzaron a conspirar contra mí, lo que me hizo desafiar su poder y regresar a Roma para defender mis derechos. Fue entonces cuando crucé el Rubicón y pronuncié aquella frase llamada a convertirse en famosa, «*Alea jacta est*», la suerte está echada. Muchos me tuvieron por loco por aquella osadía suicida, pero yo me sabía invencible gracias al apoyo de los dioses augurado en mi sueño gaditano.

Tuvo lugar entonces una cruel guerra civil contra Pompeyo con el que guerreé en Asia, Egipto —donde conocí los encantos de la reina Cleopatra— y de nuevo a Hispania, mi gran provincia, donde obtuve la victoria definitiva de Munda. Debo de confesarte que antes de este último enfrentamiento, dado que mis fuerzas eran inferiores, acudí por tercera, y última vez hasta ahora, al antiguo santuario de la tierra tartésica para solicitar el amparo de los dioses, que se volvieron a mostrar benignos conmigo. Con esa confianza en el apoyo divino encaré la batalla con un arrojo sin límites, obteniendo una sonora e inesperada victoria. Te he de confesar que mientras preparaba nuestro campamento, ordené cortar todos los árboles que pudieran molestarnos y fue entonces cuando me comunicaron la existencia de una palmera, lo que tomé por un excelente presagio, dado que es el símbolo de Astarté, tan querida por los antiguos tartesios, cuya impronta siempre admiré y agradecí.

Esa victoria me otorgó el poder en Roma y la paz y prosperidad que ahora disfrutamos. Este mes de marzo, por vez primera en mi vida, me siento sereno y feliz. Gracias, Bruto, por acompañarme hoy al Senado y por escuchar las batallitas de este veterano militar que soñó con la gloria y la gloria obtuvo, tal como le vaticinó el sueño sagrado del templo de Melkart. Solo hay una cosa de lo entrevistado en el primer sueño que no logré descifrar. Mi excitación y soberbia me impidió consultársela al sumo sacerdote. Mil veces he pensado en aquella frase que los dioses me susurraron en sueños. «Nadie te derrotará en la batalla. El hierro enemigo no te dañará, el amigo te matará». ¿Le ves sentido a la frase, Bruto? ¿A quién podría yo temer?

—... Pero, Bruto, ¿qué haces? ¿Por qué se acercan tus amigos con las armas desenvainadas? ¿Qué ocurre? ¡No, no...! ¡¿Tú también, hijo mío?!

Julio César murió asesinado ese día en el Senado por Bruto y Casio en la famosa conspiración de los «*idus de marzo*». Su muerte provocó el estallido de otra guerra civil. Los sacerdotes del Templo de Melkart sintieron una honda pena por aquella muerte, que ellos ya sabían segura.

## El sueño de Pelayo Quintero

Mi vida es el relato de una obsesión. Descubrir el sarcófago de una dama fenicia que vivió en el Cádiz de tres mil años atrás ha consumido los afanes de mis días. No sabía su nombre, pero soñé mil noches con un rostro hermoso que me sonreía desde su tumba. Soy arqueólogo, me llamo Pelayo Quintero y sé que voy a morir pronto. Por eso, antes de que mis restos descansen para siempre en el cementerio blanco de Tetuán, escribo estas líneas deslavazadas para memoria de mi recuerdo desvaído. Aquí me trasladaron —quizás deba decir mejor me exiliaron— en 1939, cuando ya contaba con una edad de setenta y dos años. Estamos en 1946 y poca vida me queda ya por delante, aunque sí mucha a mis espaldas, que quiero narrar y contar.

Nací en Uclés, un pueblo de la provincia de Cuenca, en junio de 1867, en el seno de una familia acomodada. Mi padre había sido gobernador civil de la provincia y era todo un prohombre. Fui curioso desde mi más tierna infancia y pronto comencé a salir al campo con mi tío Román, que me explicaba de manera rudimentaria el significado de las ruinas que con tanta frecuencia nos encontrábamos en nuestros paseos. Destaqué en el colegio para orgullo de mis padres, que no cesaban de alabar mi inteligencia ante cualquiera que quisiera oírlo. «Este niño va para ministro» presumían satisfechos. Aún recuerdo las lágrimas de mi madre cuando me separé por vez primera de ellos para ir a estudiar la carrera a Madrid. Brillé en mi etapa universitaria, en la que, para asombro de muchos, simultanéé los estudios de Derecho con los de Bellas Artes, obteniendo en ambos excelentes calificaciones. Sin pecar de soberbia, debo reconocer que los libros se me daban muy bien. Pude haber sido notario, letrado de las Cortes, cualquier alto cargo al que se ascendiera por oposición. Pero la llamada de mi tierra me hizo abandonar la Corte para regresar a mi pueblo y dedicarme, en contra de la opinión de mi padre, a mi verdadera vocación, las investigaciones arqueológicas. «Hijo —me repetía— si montas tu despacho de abogado ganarás dinero y prestigio. Podrás entonces, hacer excavaciones para divertirte. Pero si sólo te dedicas a la arqueología, serás un don nadie, morirás en la indigencia». No les hice caso. El descubrir los misterios y secretos del pasado me seducía mucho más que los pleitos y los tratos con leguleyos. En 1887, mientras empleaba largos días en dibujar las piezas arqueológicas que encontraba con mi tío Román —primer investigador de antigüedades de la provincia de Cuenca— un espectacular descubrimiento en Cádiz conmocionaría la arqueología europea y determinaría mi vida por completo.

Ese año se iniciaban las obras para preparar la Exposición Marítima Universal que se celebraría en la capital andaluza. Cientos de operarios removían cada día la tierra gaditana para cimentar las infraestructuras y las edificaciones proyectadas para la ocasión. Y nada más comenzar aquellas precipitadas excavaciones se produjo un gran descubrimiento que transformaría la arqueología gaditana y que causaría el asombro de propios y extraños. Un bellísimo sarcófago de piedra, representando a un hombre con barba, solemne y mirada serena, salía a la luz después de permanecer sepultado bajo

tierra durante miles de años. Los estudiosos afirmaron que se trataba del rico sepulcro de un poderoso, probablemente el sarcófago más hermoso de todos los encontrados en el mundo fenicio. Causó tal conmoción que la ciudad decidió al poco tiempo abrir su museo arqueológico alrededor de su nueva pieza icónica, que fue pronto representada por las revistas y libros de toda Europa. Yo tenía veinte años cuando se produjo aquel formidable descubrimiento. Recuerdo que me encontraba con mi tío excavando en la necrópolis de la Haza del Arca.

—Tío —le comenté mientras le mostraba con asombro el grabado que representaba el sarcófago fenicio—. ¿Has visto esto?

—Sí. Es asombroso.

—¿Crees que podremos encontrar por aquí algo parecido?

—Eso nunca se sabe. Pero aquí es difícil, el sur fue muy rico en la antigüedad.

—Parece que el sarcófago de Cádiz es más hermoso que los que se han encontrado en Tiro, Sidón o Cartago. ¿Cómo puedes explicar eso? En teoría, si Cádiz era una colonia de Tiro, las mejores piezas deberían encontrarse en la metrópolis, y no en sus ciudades hijas, ¿verdad?

—No tengo ni la menor idea, Pelayo. Es extraño, desde luego, pero ya sabes que la arqueología apenas si está dando sus primeros pasos. Seguro que con el tiempo, la ciencia será capaz de responder a esa y a otras tantas preguntas...

Esa noche, soñé con el sarcófago. Un hombre barbado yacía en su interior, mientras que una bellísima mujer lloraba a su lado. Levantó su rostro y, por un instante, nuestras miradas se cruzaron. Supe que, desde la profundidad del pasado, ella me reclamaba. Me desperté al alba, cuando los gallos comenzaban su algarabía con los primeros rayos de sol y la imagen de la mujer del remoto pasado gaditano aún flotaba ingrávida en mi recuerdo. ¿Quién sería? ¿Cómo podría responder a su llamada?

Hoy sé que aquel sueño fue el primer aviso de lo que llegaría a convertirse en una obsesión enfermiza. Aquel descubrimiento espoleó aún más mi vocación por la arqueología, e intensifiqué mis lecturas, investigaciones y excavaciones. Pocos años más tarde, en 1892, descubrí y exploré la cueva prehistórica de Segóbriga, así como en el solar de lo que intuimos —y acertamos— que sería una gran ciudad romana que como Segóbriga también bautizamos. Con nuestros hallazgos en la cueva se pudo crear un museo prehistórico en el Convento de Uclés. Pero ese museo fue tan rico como efímero: cuando los jesuitas que lo regentaban regresaron a Francia, se llevaron las piezas con ellos. Una pérdida que sentí, como español y arqueólogo, enormemente. Desde aquel suceso me volví un firme convencido de la necesidad de leyes de defensa del patrimonio nacional.

Un vértigo excitado me llevó, entre excavación y excavación, a cursar los estudios de la carrera de Archivero Anticuario Bibliotecario, germen de lo que más tarde conformaría el título de Historia. Mientras estudiaba las

asignaturas de Prehistoria e Historia Antigua, comprendí los grandes huecos que la arqueología tendría que rellenar. Quise —conocedor de la rica arqueología del sur de la península— iniciar una carrera que me permitiera dirigir excavaciones en Andalucía y bien pronto lo conseguí. Con mi amplio bagaje universitario y teniendo buena mano para el dibujo artístico, no me costó un gran esfuerzo ganar la plaza de profesor de dibujo en las escuelas de Artes y Oficios de Granada y Sevilla. Finalmente, en 1904 me asenté en Cádiz en la que ostentaría las responsabilidades de delegado de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades y director del Museo Provincial de Bellas Artes.

El Museo de Cádiz se había iniciado con las obras de arte obtenidas tras la Desamortización de Mendizábal, como, por ejemplo, los cuadros de Zurbarán procedentes de la Cartuja de Jerez. Tras el descubrimiento del sarcófago fenicio que tanto me impresionara en mi juventud, el museo creó su colección de arqueología, prontamente enriquecida por piezas de su rico pasado fenicio y romano.

Desde 1904 trabajé con intensidad en la cultura y arqueología gaditanas. La ciudad me entusiasmó, a pesar de mi adusto carácter castellano. Liberal, extrovertida, alegre, con espíritu emprendedor, seguía manteniendo una vida isleña, como en la época fenicia. Dirigí —dicen que con gran acierto— el Museo y las excavaciones arqueológicas de la ciudad, mientras que escribía libros y artículos sin cesar, pronunciaba conferencias y desarrollaba la función de cónsul de Colombia en Cádiz. Por eso, en muchas ocasiones, me quedaba hasta muy tarde trabajando en mi despacho del museo. Me gustaba el profundo silencio nocturno de sus salas y pasillos, por los que deambulaba sin compañía alguna. Los guardias y funcionarios temían las horas de oscuridad, pues aseguraban que escuchaban ruidos misteriosos.

Son los espíritus de las tumbas profanadas que aquí se guardan —repetían entre ellos.

Siempre consideré esos temores como simples supersticiones de gentes sin cultura, por lo que no temía quedarme horas trabajando en la soledad del museo, a oscuras. Sin embargo, poco a poco, las ideas teosóficas y espiritistas que se expandían entre los círculos cultos y liberales fueron influyendo en mi alma racional y positivista. Por eso, a veces, me llegaba hasta la sala donde se exponía el sarcófago masculino y lo observaba en silencio, como queriendo preguntarle qué secretos guardaba. Fue en una de esas noches cuando la imagen de la mujer implorante que soñé en mi juventud se me repitió con toda nitidez. Sus ojos me llamaron desde el más allá. Y supe que tenía que ir a su encuentro. Quizás no fuera más que una simple intuición, pero la sentí tan vivamente, que diría que casi pude tocarla con la mano. Y aquel viejo sueño se convirtió para mí en íntima certeza. Aquella dama hermosa existió y al morir fue honrada con un sarcófago tan hermoso como el del varón. Convencido de su existencia, decidí que dedicaría todos mis esfuerzos en tratar de encontrar su tumba. Y de manera inconsciente, le susurré al varón representado en el sarcófago: «Tranquilo, sé que tu mujer existe y no cejaré en mi esfuerzo hasta encontrarla y traértela. Podréis descansar en paz, juntos ya para siempre, como queréis».

No fueron aquellos años fáciles para España. Tras la derrota en la Guerra de

Cuba de 1898, una grave crisis económica y moral minó la energía y los presupuestos públicos, afectándonos severamente a todos los servidores públicos, que a duras penas lográbamos cumplir con nuestras funciones y responsabilidades. Yo era consciente de que me encontraba sobre el solar de la ciudad europea más antigua, con muchos misterios por desentrañar. Esa certeza me producía una viva ansiedad, que mis muchas horas de trabajo y denodados esfuerzos no lograban apaciguar. De todas maneras, y a pesar de las limitaciones que nos constreñían, me siento orgulloso de la tarea realizada. Por vez primera se iniciaban excavaciones ordenadas y debidamente documentadas, aplicando los métodos científicos según las corrientes europeas que llegaban hasta nosotros.

En 1912 dirigí las excavaciones de la necrópolis fenicia de Punta de la Vaca, donde en 1887 había aparecido el sarcófago masculino, gracias a las cuales pudimos documentar la importancia del pasado púnico de la ciudad. De todas las excavaciones llevaba una memoria técnica, realizaba fotografías y dibujos que permitirían a los arqueólogos del futuro comprender el cómo hicimos la excavación. Excavé sin cesar el suelo gaditano y cada mañana, al levantarme, me preguntaba si sería ese el día afortunado en el que ella apareciera. Pero pasaban los días, los meses y los años sin que el hermoso sarcófago femenino saliera a la luz. «¿Por qué me rehúyes?» suplicaba en mis sueños a la dama fenicia. «¿Por qué no te muestras, por qué no vienes a mí, si sabes que te espero?». Con cada golpe de pico sobre la tierra te esperaba, te aguardaba, pero tú, esquiva y misteriosa, no te dejabas descubrir. Sabía que existías; terminaría encontrándote, aunque tuviera que dejar mi vida entera en ello.

Me especialicé en arqueología fenicia. Cádiz fue, tras Cartago, el emporio fenicio más importante. Aquel viejo pueblo del mediterráneo oriental estableció sus colonias en la costa andaluza para comerciar con los indígenas y exportar la plata que sus ricas minas proporcionaban. A veces, me preguntaba cómo serían aquellos indígenas que habitaban en el interior, antecesores de los turdetanos y otros pueblos íberos que comenzaban a conocerse. Fue por entonces cuando la idea de Tartessos comenzó de nuevo a circular, puesta en escena por un ambicioso y excéntrico filólogo alemán, Adolf Schulten, empeñado a toda costa en encontrar la ciudad perdida de Argantonio. Se decía admirador de Schliemann y, al igual que su ídolo había sido capaz de descubrir Troya y sus tesoros a través de lo escrito por Homero en la *Iliada*, él creía poder localizar Tartessos según las indicaciones de los textos clásicos, sobre todo de la *Ora Marítima* de Avieno. No compartí el punto de vista de Schulten, a pesar de lo cual le atendí amablemente durante la visita que realizó a nuestro museo el 1 de marzo de 1920. Schulten vino acompañado por Bonsor, el arqueólogo que excavaba la espectacular necrópolis romana de Carmona. Estaban obsesionados con la idea de que Tartessos se encontraba enterrado en algún lugar del Coto de Doñana. Después de obtener el permiso del Duque de Tarifa excavaron en una lengua de arena conocida como el Cerro del Trigo, sin más resultado que unos pobres restos romanos.

Creo que Schulten, a pesar de su fracaso arqueológico, obtuvo uno de los mayores éxitos de popularidad de nuestra profesión, ya que puso a Tartessos dentro del imaginario popular. He de reconocer que, a veces, sentí algo de celos de él, dado el renombre que adquiría a pesar de sus escasos



conocimientos arqueológicos. No sé, no puedo evitar asociar la idea de Tartessos más al mito, a la leyenda ancestral, que a la realidad científica y arqueológica a la que los profesionales debemos aspirar. Lo único que de verdad sabemos —y eso sí es ciencia— es de la fuerte presencia fenicia en Andalucía, en especial en sus costas, y con Cádiz como su principal ciudad. Probablemente, los indígenas no tuvieran el suficiente grado de desarrollo como para conformar un reino como el cantado por los poetas clásicos. Pero, quién sabe...

Schulten sedujo a la familia Pemán, que se embarcó en investigaciones y excavaciones en otros puntos de la marisma sevillana y gaditana. Pero yo no me dejé cegar por el ensueño del supuesto reino de Tartessos y continué investigando el riquísimo pasado fenicio de Cádiz y su bahía, lo que me hizo excavar también en San Fernando, entre otros lugares; siempre me sorprendí del riquísimo subsuelo andaluz. En pocos lugares del mundo —si es que existe alguno— podrá existir una densidad arqueológica similar a la de esta tierra que me acogió como hijo adoptivo. Convencido del método científico, dejé descripciones exactas de todos mis trabajos de campo en las *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*. La intensidad de mi trabajo profesional al frente del Museo de la arqueología gaditana no fue obstáculo para mantener una fructífera vida social, institucional y cultural en la ciudad, sobre todo en lo que a la relación con países americanos, sobre todo desde mi condición de Cónsul de Colombia.

Aunque gozaba de un gran éxito y reconocimiento profesional, en mi interior me sentía frustrado. Aún no había logrado encontrar el sarcófago femenino, el mayor de mis objetivos investigadores. Ya reconocí, al inicio de estas líneas, que localizarlo se convirtió para mí en una auténtica obsesión, a la que supedité gran parte de mi quehacer profesional.

Mi buena estrella pública me granjeó enemigos cada vez más poderosos. El fruto de mis trabajos levantaba la admiración en muchos, pero, también, las envidias e insidias en otros. Mis muchos premios y reconocimientos irritaban a algunos prohombres de la ciudad, que deseaban esos honores para sí. Por eso, comenzaron a extender rumores maledicentes sobre mi reputación personal. Me acusaron de homosexual, de ser amante de mujeres casadas, de traficar con antigüedades... Cualquier argumento era válido para tratar de desacreditarme. Comenzaron a insinuar mi pertenencia a la masonería, un movimiento al que yo respetaba pero en el que nunca ingresé. Quizás fuera mi condición de rotario lo que originara tales habladurías, a las que procuraba no darle mayor importancia.

En medio de esas luces y sombras, y con los ahorros de muchos años de trabajo, pude comprar un solar y levantar una casa a mi gusto. Me sentí bien en mi nuevo hogar, que me proporcionó paz y sosiego para la continua llama de mi ansiedad. Diseñé los detalles de la que sería mi casa definitiva junto al arquitecto que contraté. Debo reconocer que utilicé algunos símbolos iniciáticos y teosóficos, pero más por otorgarle un aire de misterio erudito que por propia convicción. En esa casa viví los años más plenos y felices de mi existencia, aunque, y he de reconocerlo, también donde más intensamente experimenté la llamada de la mujer fenicia y la angustia lacerante por no poder localizar un sarcófago que intuía cercano. En ese tiempo intensifiqué su

búsqueda, con la esperanza de encontrarla cuanto antes. Pero la dama siguió sin aparecer.

En 1936 estalló la brutal Guerra Civil y, durante los tres años que duró, apenas si pudimos atender las emergencias. Todo estaba comprometido en aquella guerra a vida o muerte. Al poco tiempo de su finalización, en 1939, recibí orden de traslado a Tetuán. Tenía setenta y dos años cumplidos y emprendí, obligado, mi camino —¿debería decir mi exilio?— hacia la capital del Protectorado Español sobre Marruecos, para hacerme cargo de la inspección de las excavaciones arqueológicas y para poner en marcha su museo arqueológico. A pesar de mi edad, lo tomé como un nuevo reto profesional al que me entregaría por completo.

Antes de abandonar Cádiz, repartí mi gran biblioteca entre las de varios centros culturales, en especial la del Casino Gaditano. No permití dejarme arrastrar por la melancolía de los recuerdos. Me despedí del personal del museo y pedí un rato de soledad con el sarcófago masculino. Allí me sinceré desde el dolor y la impotencia por no haber sido capaz de encontrar a su pareja femenina. Porque esa fue la mayor de las penas que me llevaba de Cádiz, la de no haber sabido satisfacer a la llamada que la hermosa dama fenicia me hiciera desde su sepultura. «Ojalá —le susurré al sarcófago masculino— alguien logre encontrarla en el futuro para traerla aquí, contigo».

Me dirigí hacia mi casa, para recoger mis pertenencias, y aún fue más vívido mi recuerdo de ella. Me senté en mi cama y le grité a la dama, como si mi voz pudiera llegar hasta su morada de ultratumba, «¡Lo siento! ¡No he conseguido encontrarte, a pesar de hacer puesto todo mi empeño en ello!». Una extraña serenidad se apoderó de mi corazón; supe que mi mensaje había sido recibido. Cargué mi última maleta y, sin volver la vista atrás, abandoné aquella casa para dirigirme en coche hasta Algeciras, desde donde embarcaría para Ceuta.

Me entregué, al límite mismo de mis pocas fuerzas, a organizar la arqueología tetuaní. Comencé a montar el museo, inicié un sistema de alertas arqueológicas, levanté una primera carta arqueológica de la provincia de Tetuán, obteniendo buenos resultados en tan breve periodo de tiempo. Hace un año, en 1945, abordé la excavación de la ciudad romana de Tamuda, en las afueras de Tetuán, en las que tengo cifradas grandes esperanzas...

Este otoño de 1946 comienza con fuertes aguaceros y el gris del cielo y el ambiente desapacible me invitan a quedarme en casa, mirando por la ventana, mientras siento la mordedura dulce y traidora de la melancolía. ¿Qué habrá sido de mi casa de Cádiz? ¿Cómo explicar que, a pesar de mis muchos afanes, no consiguiera sacar a la luz pública el sarcófago femenino? ¿Es que, acaso, estaba yo equivocado y la obsesión de mis sueños no existía?

Dejo ahora de escribir, me encuentro cansado, muy, muy cansado...

Pelayo Quintero nunca llegaría a terminar estas memorias, ya que falleció el 27 de octubre de 1946, a los pocos días de escribir sus últimas líneas delante de su ventana una tarde lluviosa. Tuve la fortuna de encontrar el cuaderno de sus memorias durante el viaje que realicé a Tetuán para investigar la vida del

insigne arqueólogo. Déjenme que me presente, soy Ezequiel Bravo, licenciado en arqueología, y entro en esta historia cuando, por casualidad, hace poco más de un año, me enteré de las curiosas circunstancias que rodearon al descubrimiento del sarcófago femenino de Cádiz. Me causaron tanta impresión, que decidí realizar mi tesis doctoral sobre la vida y obra del para muchos enigmático Pelayo Quintero.

Comprueben ustedes mismos el curioso devenir de los acontecimientos. El día 26 de septiembre de 1980, cuando se comenzaba a excavar sobre un solar de la calle Ruiz de Alda, en Cádiz, un operario se percató de que la máquina excavadora golpeaba algo duro, unas piedras o unos sillares, pensaron. Pero cuando se acercaron a comprobar que era lo que dificultaba el trabajo de la máquina, descubrieron que se trataba de algo parecido a una gran losa de mármol, que al quebrarse por una de las esquinas había dejado un hueco abierto. Un operario metió la mano en el interior y, para su sorpresa, extrajo unos huesos que identificó como humanos. Tras un primer instante de desconcierto, decidieron, con acierto y prudencia, parar la obra y hacerle llegar el descubrimiento a Ramón Corzo, por aquel entonces director del Museo de Cádiz, puesto que, varias décadas antes, hubiera ocupado Pelayo Quintero. Tras la reglamentaria excavación, los arqueólogos se sorprendieron de la magnitud del descubrimiento. Bajo aquel solar en obras, unos operarios, por simple casualidad, habían descubierto un bellísimo sarcófago fenicio femenino, con sus restos dentro, con las mismas dimensiones y características del masculino que se hubiera encontrado un siglo antes. Recordaron entonces lo desvelos de su antecesor Pelayo Quintero por localizarlo. «Al final, el viejo maestro tenía razón —pensó Corzo para sus adentros—, el sarcófago femenino existía, y era, al menos, tan extraordinario como el masculino».

Y fue entonces cuando cayó en la cuenta. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Acababa de percatarse de algo realmente sorprendente! El sarcófago había aparecido en el solar que ocupara la vivienda de Pelayo Quintero, apenas a un kilómetro de distancia del lugar donde apareciera, en 1887, el sarcófago masculino. Todo parecía increíble. Durante mucho tiempo, Pelayo Quintero había dormido justo encima del sarcófago de sus sueños. No, no podía ser, era demasiada casualidad. Preguntó a su compañero y le confirmó la información. En efecto, allí había estado la casa del famoso director del museo arqueológico. Increíble, pero cierto.

Las preguntas fueron tan evidentes como acuciantes. ¿Supo Pelayo Quintero que dormía sobre el féretro de sus deseos? ¿Se trató, por el contrario, de una simple casualidad, de un juego del destino? ¿Azar, predestinación? ¿Encontró Pelayo Quintero el sarcófago en algún otro lugar y lo hizo trasladar con sigilo hasta debajo de su propia casa? ¿Lo localizó allí, y sin decir nada a nadie compró el solar y edificó la casa encima? Nadie supo dar respuestas a estas preguntas, que comenzaron a propagarse con rapidez por toda la ciudad, para pasmo y asombro de unos y otros. ¿Comprenden, ahora, mi gran interés por el asunto?

De inmediato, al conocer la historia, comencé mi investigación particular, con la esperanza de reunir suficiente material como para redactar mi tesis doctoral. De los informes de excavación, así como por los testimonios de alguno de los arqueólogos presentes, pude deducir que el terreno no se

encontraba removido con anterioridad. La evidencia científica apunta a que resulta del todo imposible que Pelayo Quintero hubiese excavado el yacimiento, y, mucho menos aún, que el sarcófago hubiera sido trasladado desde cualquier otro lugar. En principio, por tanto, el sarcófago, ni se movió, ni pudo haber sido descubierto por nadie antes. Sólo queda como posible la tesis del puro y simple azar —la más probable para cualquier alma racional—, o la más esotérica y romántica de algún tipo de conexión extrasensorial entre el arqueólogo y el objeto de sus sueños y deseos. A veces, me inclinaba por una u otra versión, en función de con quién me hubiera entrevistado.

Después de tomar notas de mis conversaciones con las personas que habían estado imbricadas en la curiosa historia, decidí recomponer los trazos de la biografía de Pelayo Quintero. Poco se sabe de los verdaderos motivos que impulsaron su traslado desde Cádiz a Tetuán en 1939, al finalizar la Guerra Civil, con setenta y dos años ya cumplidos. Si se trataba de una purga política, como algunos apuntan, habría bastado con removerlo directamente del cargo, como a tantos otros, o haberlo jubilado directamente. No parece muy plausible la opción del castigo político cuando se le otorga una nueva dirección de un museo arqueológico, el de Tetuán, así como la excavación de la ciudad romana de Tamuda, ubicada en el perímetro tetuaní. De todos era conocido el carácter pacífico de Pelayo Quintero y sus posibles simpatías por la República, pero nunca hizo bandería política pública, más interesado en sus publicaciones e investigaciones. ¿Por qué, entonces, lo trasladaron/exiliaron? Nadie, tampoco, supo responderme con certeza a esta pregunta fundamental.

El descubrimiento del sarcófago fue un acontecimiento internacional, que puso de nuevo a la arqueología gaditana en el Olimpo del patrimonio. La Dama fenicia de Cádiz representa a una mujer joven de belleza serena, peinado clásico, magníficamente esculpido sobre el bloque de mármol, hasta configurar un sarcófago de tamaño algo superior al natural, completamente proporcionado al sarcófago masculino, del que parece que, realmente formar pareja, aunque al arqueología no pueda afirmarlo, ya que aparecieron a más de un kilómetro de distancia. La belleza, calidad y excepcionalidad de estos sarcófagos, algo más antiguos que el resto de los que se encuentran a lo largo y ancho del Mediterráneo, levantan algunas dudas por responder. ¿Por qué los sarcófagos de Cádiz son los mejores de su tipo?

Dedicaré mis próximos años de trabajo a tratar de responder todas esas cuestiones. Antes de abandonar Tetuán, satisfecho por la mucha información obtenida y, sobre todo, por el cuaderno de sus memorias, me dirijo hasta el cementerio, para conocer su tumba. Los restos de Pelayo Quintero descansan en un sencillo enterramiento del cementerio de Tetuán que alguien desconocido se encarga de mantener limpia desde su muerte. ¿Quién? Pues tampoco lo sabemos...

Sin ser demasiado creyente, rezo por su alma. Y, entonces, tengo una corazonada. Me acerco a la lápida para susurrarle.

Señor Quintero, quiero que sepa que el sarcófago femenino ya apareció y descansa junto al masculino. Tenía usted razón, ¡la dama existía!

Me voy a incorporar cuando experimento una extraña ansiedad, como si

alguien aún requiriera algo más de mí. Caigo entonces en la cuenta de la información pendiente y vuelvo a inclinarme sobre la tumba.

El sarcófago apareció justo en el solar de su casa, debajo de su dormitorio. Durante mucho tiempo, durmió sobre ella.

Sólo entonces la tensión me abandona. Sé que Pelayo Quintero, donde quiera que esté, se encuentra ahora feliz. Decido marcharme, para respetar su descanso. Pero, antes, compro un clavel rojo que deposito sobre su tumba, la tumba del gran, y misterioso, Pelayo Quintero.

## La búsqueda de Schulten

Septiembre de 1926. Coto Doñana. Huelva.

Antepenúltimo día de excavación.

Esto no hay quien lo aguante. Llevamos varias jornadas con temperaturas superiores a los cuarenta grados. Un tórrido infierno cuyo tormento se prolonga por la noche a causa de las picaduras de los mosquitos. Dicen los del lugar que nunca conocieron tantos y con tanta capacidad de contagio. Varios de mis hombres han enfermado de malaria y han tenido que retirarse a hospitales de Huelva y Sevilla. Mala suerte, todo se conjuga en contra de mi proyecto. Debo encontrar Tartessos y me queda muy poco tiempo para conseguirlo.

—¡Maldita sea! —me escuchan exclamar mis hombres con frecuencia—. ¡Tiene que estar aquí, Tartessos debe ocultarse bajo estas arenas y nosotros vamos a descubrirlo!

Mis peones no faenan ya con el entusiasmo de los primeros días, y eso que este año hemos cambiado el método de trabajo. En vez de excavar a pico y pala las trincheras con las que descarnamos el terreno durante las campañas de 1923 y 1924, este año hice traer una máquina perforadora que nos permite hacer sondeos de hasta diez metros de profundidad. Así podemos prospectar más superficie en menos tiempo. ¡Qué epopeya fue la de traer el ingenio perforador, entre dunas y pinos, hasta este lugar imposible del Cerro del Trigo! Pero con un esfuerzo titánico de personas y bestias logramos la proeza. Proeza inútil, hasta ahora. La campaña se alarga sin que hayamos obtenido más que unas cuantas monedas en el fondo de casas y balsas romanas. Y el tiempo que el Marqués de Tarifa me concedió para las excavaciones se acaba sin que pueda presentar resultado alguno. Pero no desespero porque sé que Tartessos me está esperando cerca, muy cerca. Sólo tengo que seguir insistiendo, y la gloria de su descubrimiento me corresponderá para siempre.

—Señor Schulten —me dice Pérez, el encargado, siempre correcto y respetuoso—. Hace rato ya que terminó el tiempo del jornal. No podemos pedir más a los peones. Ha hecho mucho calor y han trabajado durante horas.

—Tienes razón, finalizamos por hoy... —respondí de mal humor, consciente de que mi última oportunidad se agotaba.

Sólo me quedan ya dos días de excavación. Sólo dos jornadas más de trabajo para tratar de encontrar algún indicio de que bajo estas arenas del Coto de Doñana se oculta la gran ciudad de Tartessos. Si no consigo algo importante, solvente, me temo que el Marqués no me renovará el permiso para próximas campañas y mi fracaso se habrá consumado. Y eso, no lo pienso consentir. Es cierto que tengo cierta dificultad de trato con los españoles, pero eso no

excusa al noble propietario de este terreno de su responsabilidad ante la primera y más misteriosa de las civilizaciones de Occidente.

Esta noche apenas si tomo un bocado como cena, sentado en una de las chozas de cubierta vegetal típicas de la zona. Tanto para los peones como para los técnicos de la investigación hemos habilitado unas funcionales tiendas de campaña que reúnen unas condiciones dignas para el remoto lugar en el que nos encontramos. Yo podría haberme ido cada tarde a dormir al cortijo-palacio de los señores, pero supondría una hora de cabalgada y alejarme de la excavación. No, yo prefiero pernoctar con los trabajadores junto al yacimiento. Así vigilo a las piedras y a los hombres, siempre tan dados en estas latitudes al vino y a esa extraña música que llaman flamenco y que es un hondo lamento. A mí, aficionado a nuestra gloriosa música clásica, esos cantos me parecen salvajes, irracionales, primitivos... aunque debo reconocer que en algunos momentos me producen una emoción especial... No sé, quizás algún día investigue el origen del cante flamenco, un enigma más de esta tierra misteriosa. Pero ahora debo concentrarme en Tartessos. Quiero ser su descubridor.

Me siento a la puerta de la choza y me asombro de lo atrasado de este rincón del sur de España. El otro día, un periodista me preguntó que por qué un brillante catedrático alemán como yo y descubridor, además, de la ciudad celtíbera de Numancia, se pudría en estas marismas infectas de mosquitos y malaria. Mi respuesta fue torpe, me limité a contestar que estaba seguro que aquí se encontraba Tartessos y que el riesgo y la incomodidades eran compañeras ciertas de los grandes descubrimientos arqueológicos. Pero mi explicación me pareció superficial e insuficiente. En el fondo, es por algo más. Por eso, he decidido hacer unas anotaciones simples a modo de autobiografía urgente que justifique ante un posible lector —y desde luego ante mí mismo— mi insistencia en excavar en estas tierras perdidas de la mano de Dios. Alumbrado por la luz de una lámpara de carburo, comienzo a escribir con letra firme:

Me llamo Adolf Schulten y nací en el seno de una familia acomodada alemana en 1870. De natural inquieto, desde niño me fascinaron las historias antiguas. Recuerdo como, en mi infancia, escuché embelesado el descubrimiento de la mítica ciudad de Troya por mi compatriota Schliemann gracias a que había sabido interpretar correctamente los textos clásicos de la *Ilíada* de Homero. Desde entonces arraigó en lo más hondo de mis entrañas la pasión por las lenguas y la historia clásica y su arqueología. De alguna forma, desde mi adolescencia, soñé en convertirme en un nuevo Schliemann.

Excelente estudiante, me formé en las mejores universidades alemanas, Gotinga, Bonn y Berlín. Conseguí el doctorado a los veintidós años y, desde 1909, la plaza de catedrático de Historia Antigua de la universidad de Erlangen. Tras doctorarme, obtuve una beca del Instituto Arqueológico Alemán para visitar Italia, Grecia y África del Norte. Viajé durante varios meses durante los años 1894 y 1895. Visité cuantas ruinas pude y me empapé de la estética clásica. Pocos años después, en 1899, viaje por vez primera a España y debo reconocer que quedé enamorado del país, a pesar del atraso y de la rudeza de sus gentes. Siempre había escuchado que África comenzaba en los Pirineos y pude comprobarlo desde mi primer viaje. Era la española

una cultura atrasada, pero hospitalaria y exótica. Nunca llegaría a comprenderla del todo, sobre todo esa inagotable energía que muestran los españoles en luchar y destruirse los unos frente a los otros. Siempre pensé que malgastan su enorme creatividad en estériles luchas intestinas. Desde antiguo, conviven en su interior unas poderosas energías destructivas, una pena sin remedio.

Sea como fuere, el caso es que tras esa primera visita, me propuse regresar pronto, lo que conseguí en 1902 interesado por la posible ubicación de la heroica ciudad de Numancia. Tras deambular por el terreno y leer los textos clásicos deduje el lugar dónde debía encontrarse la ciudad que nunca se rindió a los romanos, en una gesta heroica sin precedentes. Los cuatro mil habitantes de la ciudad fueron sitiados por sesenta mil legionarios y tras un prolongado sitio, prefirieron morir todos antes que rendirse. Mi espíritu exaltado vibraba con aquel colosal sacrificio tan heroico como inútil y quise encontrar la ciudad de los celtíberos valientes. Excitado ante la posibilidad de confirmar mi tesis, comencé a hacerme ver por los círculos de influencia política y económica de mi país, hasta conseguir el apoyo suficiente como para iniciar en 1905 la excavación sistemática del lugar en el que yo pensaba que se encontraba las ruinas de Numancia, coincidiendo con una visita del rey Alfonso XII, que me honró con un ágape al finalizar la jornada. Mis credenciales eran excelentes, no en vano el propio káiser Guillermo II financió parte de mis trabajos en la ciudad soriana.

A pesar de que algunos intentan poner en duda mis logros, debo reiterar en estas líneas en las que me sincero, que soy el descubridor y primer excavador de Numancia y de los campamentos romanos que la sitiaron. Por la lectura de los textos clásicos no tardé en percatarme que bajo la ciudad romana debía encontrarse la ciudad celtíbera. Por eso, con la ayuda de seis hombres, comencé las excavaciones y apenas si tardé cinco horas en encontrar el nivel celtibérico bajo la ciudad romana. Todos conocían los restos de Roma, nadie había demostrado que bajo ellos se encontraba la Numancia celtibérica. Muchos cuestionan mi descubrimiento de Numancia, afirmando que desde siempre se conocían aquellas ruinas. Falso. Nadie había publicado que se trataba de la ciudad celtíbera y yo lo hice. Me corresponde a mí el honor del descubrimiento. Durante varias campañas entre 1905 y 1914 saqué a la luz los restos y la historia de aquella ciudad salvaje que no se rindió ante el poder romano y de los campamentos que la sitiaron. Mis publicaciones sobre la ciudad tuvieron un gran éxito académico en Alemania y me concedieron el gran prestigio que todavía gozo hoy en día.

Mientras excavaba en Numancia y en sus campamentos romanos, comenzó mi interés por Tartessos. Viajé en dos ocasiones a Sevilla, en 1906 y 1910, para acercarme al territorio tartésico, como posteriormente narraré.

Por aquel entonces trabajé como un poseso. Cuando no excavaba, leía, estudiaba y escribía hasta el mismo límite de mis fuerzas. Mi total dedicación tuvo altos costes familiares. Me casé en 1903 y me divorcié en 1913, dejando a mis hijas al cuidado de su madre. Entre la dulzura del hogar y la rudeza excitante de la arqueología, opté por la segunda. Algunos españoles, siempre dados a la exageración y la chanza, hicieron cundir el rumor malvado de que la cambié por los celtíberos...



Dejo de escribir estas notas biográficas, estoy cansado. Mañana será otro día intenso de trabajo. Ojalá tengamos mejores resultados. Apago la lámpara y me dispongo a dormir en el humilde jergón que habilité en un extremo de la choza. Espero que esta noche los malditos mosquitos nos concedan una tregua que nos permita dormir en paz.

Septiembre 1926. Coto de Doñana.

Huelva. Penúltimo día de excavación.

Finaliza nuestra agotadora jornada sin que ningún sondeo arroje nada indiciario de la presencia de Tartessos. ¿Cómo puede ser? Repaso una y otra vez mis anotaciones, releo los textos clásicos, vuelvo a los trabajos previos de Jorge Bonsor y todos me confirman que Tartessos debía estar por aquí. ¿Por qué no lo encuentro, entonces? ¿Qué demonios falla?

No me puedo permitir el desfallecer. Quizás sea mañana, el último día de excavación, cuando logremos ese gran hallazgo que hará historia. Al fin y al cabo ya nos ocurrió en nuestra primera campaña de excavación, la de 1923, en la que todavía colaborábamos Bonsor y yo. Cuando quedaba tan sólo un día para finalizar los trabajos, encontramos el anillo de oro con extrañas inscripciones que concedió notoriedad a nuestra excavación al resultar reseñada, incluso, en la *Revista de Occidente*. Los españoles afirman que «cuando menos te lo esperas, salta la liebre». Yo prefiero el dicho alemán de que la suerte alumbra al que la trabaja. Y yo la trabajaré hasta el último segundo.

En España existen buenos arqueólogos, pero todavía siguen en la cultura del XIX. Son más eruditos de gabinete que excavadores de campo. Yo creo que un arqueólogo debe realizar personalmente sus excavaciones y registrarlas científicamente. Ahora bien, ¿de qué me servirá todo mi método si al final no localizo la ciudad perdida? Bonsor era el mejor, el más parecido a mí. Nuestra rivalidad por encontrar Tartessos nos hizo competir por los permisos de excavación. Recuerdo una conversación que tuve con mi amigo y aliado el duque de Alba, en su Palacio de las Dueñas de Sevilla.

—¿Adolf, cuándo comenzaste tu relación con Bonsor? —me preguntó directamente el duque mientras tomábamos el aperitivo en un maravilloso patio renacentista.

—Mi relación personal con él —respondí extrañado por el súbito interés del marqués— comenzó en 1910, aunque lo había conocido antes, durante alguno de mis fugaces viajes al sur. Bonsor me trasladó su convicción de que Tartessos existía, tomando por buenas las fuentes clásicas. Era consciente de que esa idea levantaba muchas suspicacias y reacciones en contra, pero a él no le importaba. Por eso le admiré.

—Tengo entendido que en 1910 realizasteis una primera prospección en el Coto de Doñana, ¿es cierto?

—Sí. Ese año obtuve un importante patrocinio del mismísimo Káiser Guillermo

II. Monarca piadoso, estaba muy interesado en localizar la Tartessos bíblica. Y con ese dinero y con la ayuda de Bonsor y de otros colaboradores, organicé una primera visita de prospección al Coto de Doñana. Nuestro objetivo era reconocer los alrededores del poblado de Torre Carbonera, donde, según todos los estudios basados en fuentes clásicas, debía encontrarse Tartessos. Partimos desde Sanlúcar de Barrameda y anduvimos dieciocho kilómetros de playa hasta llegar hasta el lugar que prospectamos sin ningún éxito. Regresamos de nuevo a pie hasta Sanlúcar, por lo que ese día marchamos treinta y seis kilómetros; nos costó varios días recuperarnos. Ahora bien, el paisaje, la naturaleza salvaje y el paisaje mítico compensaron el esfuerzo realizado.

—Resulta bien curiosa esa relación de Tartessos con la Biblia...

—Tartessos, o Tarsich, sale citada en varias ocasiones en los textos bíblicos. De aquí partió la plata que enriqueció el Templo del rey Salomón, por ejemplo.

Recuerdo que callamos entonces. El duque parecía reflexionar sobre el contenido de nuestra conversación. Como quiera que el silencio se prolongara, quise retomar la charla. Sabedor de su afición por la tauromaquia, le conté una anécdota acontecida en los días previos a la partida de la expedición de 1910.

—Por cierto, justo antes de ese viaje asistí aquí, en Sevilla, por vez primera en mi vida a una corrida de toros y pude percatarme de la relación que existe entre el culto al toro de la Creta minoica y de Tartessos. Los españoles de hoy de hoy siguen venerando al toro por herencia de los antiquísimos ritos tartésicos y quién sabe si atlantes.

En aquella ocasión, acerté con mis palabras. El Duque pareció apasionarse por el tema y, un buen rato después, pronunció las palabras que yo deseaba escuchar, la llave que abriría el camino hacia mis sueños.

—Adolf, cuenta con todo mi apoyo para tus investigaciones en Doñana. Intercederé por ti ante mi buen amigo el Marqués de Tarifa, y no cejaré en el intento hasta conseguirlo. Si Tartessos está en Doñana... ¡tú serás su descubridor! ¡No puedes dejarle esa gloria a Bonsor en exclusiva!

Mis relaciones con Bonsor, que fueron excelentes desde 1910, se fueron complicando poco después, en paralelo al clima enrarecido que se vivía en Europa y que culminaría con el desastre de la Primera Guerra Mundial. Jorge Bonsor, como francés-inglés, era un firme defensor de los intereses aliados, mientras que yo me posicionaba vehemente a favor de mi admirado káiser Guillermo II.

Sacudo mi cabeza. Bonsor no me interesa. Ahora, lo importante es planificar correctamente el día de mañana, para que sea lo más útil posible. Tras un buen rato de trabajo en la soledad de mi choza, decido buscar consuelo en mis breves y urgentes notas biográficas.

Desde 1912 el ambiente de trabajo se había complicado. Todo eran

suspiciousas, recelos... En el mismo gobierno se dividían entre anglófilos y germanófilos. Como yo representaba los intereses científicos del imperio alemán, fui rechazado en muchos ambientes. Comprendí que así no podría seguir trabajando y decidí regresar a mi país. Hice bien, porque por aquel entonces mis muchos enemigos comenzaron a extender el bulo de que yo realizaba tareas de espionaje para el káiser, de ahí su financiación y mi interés por la localización de puntos estratégicos en la costa. ¿Espía yo? Qué absurdo, no lo fui en la vida. Obsesionado como estaba por mis lecturas e investigaciones del pasado remoto, apenas si llegué nunca a comprender el tiempo europeo que me tocó vivir y, todavía menos, la política española, tan errática e irracional ante mis ojos. Pero debo reconocer que sobre mí pesó la leyenda negra del espionaje. Una posible explicación quizás fuera la de mi temprana obsesión por la cartografía. Ya en mis primeras excavaciones en Numancia me hice acompañar por el cartógrafo militar Lammerer, que me resultó de gran utilidad y al que recomendé vivamente a muchos otros arqueólogos españoles, ya que sin buenos planos, la arqueología como ciencia no podría nunca haber avanzado. Lammerer, que llegaría posteriormente al rango de general, era muy meticuloso y sus planos insuperables. Trabajador incansable, levantaba planos de las ruinas, de sus inmediaciones y de las poblaciones cercanas. Siempre, salvo en esta última aciaga campaña, me acompañó. Cuánto lo echo de menos; se presencia me reconfortaba, me daba garantía de un trabajo preciso y excelente y de una conversación culta e inteligente de la que ahora carezco.

Cuando, estando ya en Alemania, estalló la I Guerra Mundial, recibí la orden reclutamiento para ir al frente. Tenía cuarenta y ocho años, hubiera sido carne de cañón. Moví mis influencias y logré evitar el ir a filas. No me avergüenzo de mi acción, en mi caso se trató de un error que logré subsanar. Una vez finalizada la Gran Guerra regresé a España, invitado por profesores de Barcelona. A partir de ese momento mis mecenas fundamentales fueron Bosch Gimperá y Pericot, dos prohombres de la arqueología a los que les estaré eternamente agradecido. Y fue entonces cuando, por vez primera comencé a trabajar sobre el terreno los textos de la Ora marítima de Avieno, que tanta influencia tendría ya para siempre. Traduje al español esa obra maravillosa, que narra el periplo de un marino de Marsella del siglo VI antes de Cristo a lo largo de toda la costa española. Y mientras lo traducía, me asombraba de la cantidad de datos precisos y localizaciones que aportaba y comprendí que ese libro era una fuente de primer orden para localizar las ciudades allí ubicadas, sobre toda la ciudad de mis sueños, Tartessos.

Había un trabajo científico que realizar, y era el relacionar los textos clásicos con la cartografía, identificar la geografía real con esas fuentes clásicas que algunos todavía consideraban como simples fantasías y mitos. Y me puse manos a la obra y con el patrocinio del Instituto de Estudios Catalanes — gracias al apoyo de Cambó—, logré la financiación del proyecto. Partimos en nuestro buque de investigación desde el Cabo de Creus hasta llegar a Andalucía. ¿Cómo habían podido despreciar los eruditos españoles la Ora marítima? La escuela alemana de arqueología ya había demostrado, y ahí está el caso de Schlieman con Troya, que los textos clásicos encierran entre sus líneas la respuesta a muchos de los secretos que hoy nos atormentan. Pero claro, para utilizarlos, antes es necesario conocerlos, traducirlos, depurarlos... un trabajo ingente al que muy pocos están dispuestos. Yo sí. Por

eso propuse a Bosch Gimperá una obra fundamental que será determinante para el conocimiento de la Hispania antigua. Se trataba, ni más ni menos, que recopilar y traducir todos los textos clásicos y alto-medievales que hagan mención a España. Titulamos el magno proyecto como *Fontes Hispaniae Antiquae*, obra que se prolongaría durante varios años y que ocuparían, al menos, una docena de volúmenes. Cuando aprobaron el proyecto estuve exultante de alegría. Mi contribución a la arqueología y la historia española ya era importante: además del descubrimiento de Numancia y la traducción y constatación geográfica de la Ora Marítima acababa de impulsar el colosal trabajo de erudición de conocer todas sus fuentes clásicas. Ya sólo me faltaba conseguir mi gran ambición, cumplir mi gran sueño. Ser el descubridor de Tartessos.

En 1920 volví a recorrer las costas andaluzas y las marismas en busca del rastro de Tartessos. Algunos me acusaban de loco, buscador quijotesco de paraísos perdidos, enajenado por una utopía imposible... Esas críticas me resultaban indiferentes. Yo sabía que Tartessos existía y que estaba aguardando a quien quisiera volver a sacarlo a la luz.

Por esa época colaboré con César Pemán, hermano de un famoso poeta llamado José María, con el que recorrí concienzudamente el borde de la actual marisma, donde tuvo que estar la línea de costa en época tartésica y sobre la que localizamos docenas de yacimientos. César creía que Tartessos debía encontrarse bajo las ruinas romanas de Mesas de Asta pero yo deseché la idea, ya que el lugar no coincidía con la descripción de Avieno. Visité de nuevo el Coto de Doñana ese mismo año, comprobando que Bonsor se había anticipado a mis pasos. Comprendí que si no me movía rápido, podría adelantárseme, por lo que decidí hablar directamente con él de la cuestión.

Agotado, cierro mi cuaderno. Temo que esta noche no dormiré bien, pero que no serán los mosquitos ni el calor los responsables de mi insomnio, sino que será la angustia ante el fracaso la que me impida cerrar los ojos.

Coto de Doñana. Septiembre de 1926.

Último día de excavación.

Hemos realizado un par de sondeos sin ningún resultado esperanzador. Todavía nos quedan varias horas de trabajo, mantengo la esperanza de un sorpresivo hallazgo final que otorgue sentido a todo y que nos conceda la esperanza de un nuevo permiso de excavación.

Mientras limpio el sudor de mi frente, no puedo evitar que los recuerdos se apoderen de mi mente. En 1921, gracias a las autoridades del Puerto de Sevilla, pude navegar el río Guadalquivir desde la capital hispalense hasta Bonanza. Atravesé lo que fuera en tiempos clásicos el lago Ligustino, ahora transformado por los sedimentos en esas infinitas marismas en las que se confunden el agua y el cielo. En algún punto de las orillas de aquel lago, debía situarse Tartessos. Fue un viaje sumamente inspirador, pues me encontraba en plena redacción de mi obra *Tartessos*. ¡Cuántos mitos clásicos tenían sede en aquel espacio mágico del Bajo Guadalquivir! En aquellas marismas pastaron los bueyes de Gerión, robados por el astuto Hércules. Recuerdo que

me volví locuaz en la travesía del río, rememorando tantos y tantos mitos clásicos y dioses que tenían relación con aquel territorio. Poseidón, Medusa, las Hespérides, Gárgoris, Habidis, Hércules, Nórax y tantos otros configuraban un verdadero Olimpo. Ningún otro territorio de la Europa occidental goza de tanto protagonismo en la mitología clásica. Pero los eruditos locales desprecian todas esas señales, tomándolas por cosas de poetas y locos. ¡Ignoran el mayor tesoro de la arqueología europea a pesar de tenerla bajo sus pies!

Por cierto, he tratado también durante estos años a Pelayo Quintero, director del Museo Arqueológico de Cádiz. Hombre muy culto, amable, algo enigmático, sólo parecía interesado por el rastro fenicio, no importándole la posible existencia de Tartessos. No tengo queja de él, me ayudó en lo que pudo, a pesar de que no confiaba en el proyecto. Una noche, en la confidencia de la cena, me contó que el sueño de su vida sería encontrar el sarcófago fenicio femenino que, según él, debía estar enterrado en algún punto de la ciudad. Advertí, en ese preciso instante, un extraño brillo en sus ojos que me inquietó. Pero ¿quién soy yo para juzgar los sueños de los demás, cuando yo vivo preso de los míos?

El capataz da la orden de descanso. Dentro de dos horas, cuando haya refrescado algo, volveremos a trabajar hasta el anochecer. Apenas si pruebo bocado y me dirijo a la choza para tratar de descansar algo. No puedo conseguirlo. Me incorporo y retomo la escritura de mis notas biográficas.

Al poco tiempo de mi viaje de 1921 por el río, decidí visitar al gran Bonsor en su casa, el Castillo de Mairena del Alcor. Yo sabía que con el apoyo de la Academia de la Historia, había iniciado en solitario la búsqueda de Tartessos ese mismo año. Inquieto ante sus avances en solitario, quise en mi visita, retomar mi amistad con él y solucionar el asunto de los celos profesionales que nos achacaban. Me recibió afectuosamente, me confirmó sus prospecciones sobre el Cerro del Trigo y su convicción de que Tartessos debía encontrarse bajo su suelo, donde había localizado muchos restos romanos en superficie. Al parecer el yacimiento se había localizado en 1902 al ser usado como cantera para la construcción del palacio de la Marismilla. Bonsor había identificado con claridad el segundo de los dos brazos del río a los que Avieno hacía referencia en su obra entre Matalascañas y Torre Carbonera.

Coincidió plenamente con él —yo había llegado por mi cuenta a idénticas conclusiones— por lo que le propuse colaborar en la excavación. Pareció dudar y al final me respondió que lo intentaría, pero que ya tenía solicitado el permiso al Marqués de Tarifa y que temía que ampliarlo a mi persona pudiera complicar la cosas. Desde ese mismo momento decidí que en cuanto pudiera solicitaría la intersección del Duque de Alba, para no quedar yo relegado de las posibles campañas de excavación. Ya narré en estas líneas el resultado de mi entrevista.

Mientras aguardaba mi permiso de excavación, regresé a Doñana en noviembre de 1922 para confirmar nuestros postulados. Tartessos debía encontrarse bajo el yacimiento romano del Cerro del Trigo. Algunos, cuando me veían pasar sonreían y murmuraban: mira, el alemán loco que busca ruinas de ciudades perdidas. Eso me halagaba.

Aproveché ese viaje para recorrer de nuevo la marisma, Sanlúcar, Jerez y otras ciudades fascinantes del Bajo Guadalquivir. Veía el rostro de sus gentes, analizaba sus costumbres y todo me evocaba el ancestral mundo tartésico. Bien sabía yo por experiencia que la arqueología de una civilización no se encuentra sólo en las piedras antiguas, ni siquiera en los textos, sino que, sobre todo, se puede rastrear por las costumbres y modos de los pueblos que la heredaron; era evidente que los andaluces actuales eran descendientes de aquella remota civilización tan rica como misteriosa. Sus costumbres, su alegría, seguían rezumando el aroma tartésico, indiferentes al paso del tiempo y al ruido de los siglos.

Que Bonsor y yo coincidiéramos sobre la ubicación de Tartessos Bonsor era una buena señal. Bonsor es el mejor conocedor de la arqueología andaluza: ha descubierto y excavado la necrópolis de Carmona, los restos de los alcores, los dólmenes de Alcalá... Andalucía es su territorio, lleva décadas recorriéndola y excavándola. Su pasado sólo tiene un secreto para él: Tartessos. Y entonces pensé que quizás, sumando nuestros talentos, pudiéramos encontrarla juntos. A pesar de nuestras diferencias, somos los mejores. No podemos equivocarnos los dos al tiempo. El propio Pierre Paris denominó a Bonsor como el Schliemann del Guadalquivir. Se equivocaba. El Schliemann del Guadalquivir sería yo.

En 1922 publiqué mi libro Tartessos, primero en alemán, algo después en español, que tuvo una inmediata y gran repercusión. En él, expuse varias ideas revolucionarias. La primera, y que levantó gran polémica, es que Tartessos podía ser, de alguna manera, la heredera de la mítica Atlántida. Al fin y al cabo coincidían en la ubicación geográfica. Después defendí que se había tratado de un rico y gran imperio, que se extendía desde el Guadiana hasta el Júcar y que tenía su eje en el Guadalquivir y su capital en Tartessos. Y tercero, que Tartessos había sido fundada uno dos mil años antes de Cristo por colonizadores del Mediterráneo Oriental, probablemente cretenses, de ahí su avanzada y refinada cultura. Mi reputación creció considerablemente, y gracias a eso, y a los buenos oficios del Duque de Alba ante el marqués de Tarifa, obtuve finalmente la licencia de excavación para la campaña de verano de 1923 que compartiría con Bonsor.

Cierro el cuaderno y me incorporo. Intentaré que mis hombres regresen al trabajo un poco antes. Espero que aún podamos realizar dos sondeos más y limpiar los dos que hicimos esta mañana. Quién sabe, quizás todavía podamos encontrar algo que salve esta campaña...

La presente de 1926 es mi tercera campaña. Trabajé con Bonsor en las dos anteriores, en los veranos de 1923 y 1924 sin que tuviéramos resultado reseñable alguno, aparte de las consabidas monedas y restos romanos. Este año, Bonsor abandonó, centrándose en el interesante yacimiento de Setefilla, en Lora del Río. Yo no estaba dispuesto a retirarme de la búsqueda y obtuve a duras penas el permiso para 1926. Pero el Marqués me advirtió que sería la última, ya que causábamos un gran desorden en sus propiedades. Tonterías. Estoy seguro que se debe a las presiones de mis enemigos de la Academia de Historia, que no están dispuestos a concederme la gloria del descubrimiento. ¡Y pensar que me hicieron miembro correspondiente de la Academia en 1905

tras mi descubrimiento de Numancia! ¡Y que el mismísimo Rey me otorgó la encomienda! Entonces fueron todos parabienes, pero después hemos ido distanciándonos. La mayoría de los académicos son unos parásitos, con conocimientos fósiles, que viven de medrar de lo público. He criticado alguno de los trabajos de los académicos más renombrados y fui pagado con la misma moneda. Mi *Tartessos* ha sido catalogado como simple relato de ficción, sin base histórica ni científica alguna. ¡Ignorantes! ¡Qué sabrán ellos, que llevan años sin investigar, ni estudiar, ni excavar!

En todo caso, mi carácter me ha generado grandes conflictos en mi relación con los españoles. Mi amigo Pericot dice que mi rigidez germánica, mi falta de tacto, mis modos de ir directo al asunto sin ningún previo protocolario y cierta soberbia académica me han ganado muchos enemigos. Pero es que yo no sé ser de otra forma, y me exaspera la manera española de abordar los asuntos, dando vueltas, dejando lo importante para el final, perdiendo mucho tiempo en temas menores o frívolos, dilatando la toma de decisión. Lo que ellos consideran aspereza prusiana yo lo denomino efectividad propia de los pueblos avanzados. Por todo ello, la ciencia alemana seguirá volando alto mientras que la española se arrastrará por piélagos tan burocráticos como estériles.

La campaña de 1923 comenzó el 8 de Septiembre y finalizó el 5 de octubre. Junto a Bonsor, dirigimos una cuadrilla de 25 trabajadores, y nuestros hallazgos más relevantes fueron dos piletas romanas para salazones de pescado. Desde mediados de Septiembre excavamos en el cercano Cerro de la Cebada. Allí sacamos a la luz una construcción romana en cuyo suelo aparecieron catorce ánforas completas y una moneda de Marco Aurelio. El 4 de octubre, un día antes de terminar las excavaciones, apareció el famoso anillo de oro que tantas expectativas suscitó. La campaña de 1924, también dirigida por los dos, obtuvo un resultado similar, lo que terminó desanimando a Bonsor. Y ya veremos en qué queda ésta de 1926, que inicié en solitario y que esta noche finalizaré...

Trabajamos con ahínco durante toda la tarde. Nada. Ni siquiera nuevas monedas romanas. Al crepúsculo, aún redoblamos nuestro esfuerzo, puede que diéramos con algo en la última paletada. Enajenados por nuestro deseo de desenterrar Tartessos, excavamos y excavamos sin cesar. Sólo cuando la oscuridad nos impide proseguir, comprendemos la esterilidad de nuestro esfuerzo. Decido finalizar. La sombra del fracaso se extiende sobre nosotros. En silencio y cabizbajos, recogemos herramientas y enseres y nos encaminamos hacia la zona de habitación. Mientras me aseo, compruebo como escuece la mordedura del fracaso. Seré humillado, vejado, ridiculizado. ¿Lo ves? —repetirán—, *no se trataba más que de un loco tras su quimera*. A mí, las críticas me dan igual. Lo que de verdad me duele, y mucho, es haber fallado en mis estimaciones. Tartessos no estaba donde yo creía que debía estar. ¿Significa eso que Tartessos no existe? En absoluto. Tartessos existe y algún día aparecerá. Otros arqueólogos, otros locos como yo, insistirán hasta dar con la ciudad perdida. No hay tarea más importante ni trascendente para la arqueología española que localizarla.

Arengo a mis hombres antes de la cena para tratar de animarlos, pero no encuentro ni un atisbo de ilusión ni esperanza en ellos. También se saben

fracasados y como tal serán tratados y ridiculizados al regresar a sus pueblos. *¡Volveremos!* les grito para finalizar mis palabras, pero no me creen. Tras la cena, el silencio se apodera del campamento. Ni cantos, ni risas compiten con el sonido del viento y la estridencia de los grillos.

Y antes de dormirme, tengo una certeza. Cerca, muy cerca de allí, Tartessos permanece sepultada. Y recuerdo los tristes versos de Avieno en el mismo instante de cerrar los ojos.

«Grande y opulenta ciudad, / ahora pobre, ahora pequeña,  
ahora abandonada, / ahora un campo de ruinas».



## El tesoro del Carambolo

Nací en Medina Sidonia, un pueblo de cal, encaramado sobre una loma, que domina las campiñas costeras gaditanas. Mi familia, muy humilde, trabajaba en el campo. Bueno, esto es un decir, en realidad trabajaba de vez en cuando en el campo, cuando la faena nos demandaba, en bastantes menos ocasiones de lo que nuestras necesidades hubieran requerido. Los años de sequía, cuando no había trigo que segar, ni remolacha que escardar, llegábamos a pasar hambre. Y digo bien hambre, que aún recuerdo aquellas noches en las que me tuve que acostar sin cenar, mientras mi madre, con sus cuentos y leyendas al borde de nuestras camas, trataba de engañar el vacío de nuestras tripas.

Mi padre, desesperado, se angustiaba a la busca del trabajo que permitiera dos comidas al día para su familia, que tres hubiera sido gula en aquellos duros tiempos. Por eso, cuando Alonso Hinojos, un natural del pueblo que había emigrado a Sevilla, le contó que su cuadrilla precisaba un chaval como aprendiz, mi padre no dudó ni un solo instante:

—Mi Juanillo puede ayudarte. Es despierto y trabajador.

Esa noche, antes de acostarnos, mis padres me dijeron con cierta solemnidad.

—Juanillo, en dos días sales para Sevilla. Alonso Hinojos precisa de un aprendiz. Trabaja como albañil en una cuadrilla buena y no le falta trabajo en la capital. Hemos ajustado el jornal con él. No será mucho para comenzar, pero al menos podrás comer todos los días y ahorrar un poco para ayudar a tu familia.

Y así fue como me vi en Sevilla. Estábamos en la primavera de 1958 y la ciudad, después de los duros años de la posguerra, comenzaba lentamente a despertar. Alonso Hinojos era un buen albañil, a pesar de ser joven todavía, y no le faltaba trabajo. Yo ayudaba a hacer la mezcla, a matar la cal, a acarrear ladrillos y piedras hasta el tajo. Acostumbrado a compartir con a mi padre las duras faenas del campo, el trabajo de los albañiles me resultaba cómodo e interesante. Me gustaba aprender cómo Alonso colocaba las hileras de ladrillos, resolvía ventanas y cornisas, refileaba bordes, siempre con mimo y atención. Era un oficial fino al que nunca le faltaba el trabajo y eso que lo cobraba bien. El maestro de la cuadrilla le tenía en gran aprecio y siempre repetía que pronto podría montar la suya propia.

—Juanillo, ¿te gusta tu trabajo? —me preguntó una tarde mientras liaba uno de sus cigarrillos.

—Sí, mucho.

—Se te nota, progresas rápido. Si sigues así, pronto dejarás de ser aprendiz

para convertirte en oficial. Sí, en todo un oficial, con un buen sueldo que llevar a casa. Tus padres se sentirán muy orgullosos de ti.

—Gracias, Alonso... algún día me gustaría pertenecer a tu cuadrilla, cuando te conviertas en maestro.

—Lo conseguirás, Juanillo, lo conseguirás... Y ahora tendrás una buena oportunidad de demostrarlo. Mañana comenzamos a trabajar para la Real Sociedad de Tiro de Pichón, van a mejorar sus instalaciones en El Carambolo. Se trata de gente de dinero y he ajustado un buen pago. Por allí pasa lo mejorcito de Sevilla, si lo hacemos bien nos lloverá el trabajo.

—¿Tiro de Pichón?

—Sí, sueltan palomas zuritas y las tiran con escopeta. Gana quien más mata.

El Carambolo era un cerro encaramado sobre la primera cornisa del Aljarafe, situada a unos tres kilómetros de Sevilla. Desde su altura se dominaba la ciudad entera y sobre la explanada de su cima se encontraban las instalaciones del club, que iban a ser ampliadas y mejoradas para ser sede de una importante competición. Recuerdo que el arquitecto de las obras se llamaba Medina Benjumea.

—Hace dos mil años —nos contó el arquitecto durante el descanso de la hora del bocadillo—, el mar llegaba hasta ahí abajo. Sevilla, se llamaba entonces Spal y estaba prácticamente en la desembocadura del Guadalquivir, que se conocía como río Tartessos. Desde aquí arriba se podrían ver los barcos fenicios que llevaban la plata de Tartessos hasta el Templo del Rey Salomón.

Las viejas historias me fascinaban. Desde mi más tierna infancia mi madre me contó cientos de ellas, de templos romanos y princesas moras, de aparecidos y de tesoros escondidos. Pero nunca me habló de Tartessos ni de la plata del rey Salomón.

Dormía, junto a otro aprendiz, en una humilde fonda en el cercano pueblo de Camas, donde me recogían todas las mañanas para acudir al tajo. Regentaba la pensión —en verdad apenas dos cuartuchos al fondo de un corral— una vieja llamada Mercedes. Mientras nos servía la mesa —potaje de garbanzos todas las noches— la dueña nos preguntaba por nuestros quehaceres.

—Dicen —nos contó cuando le dijimos por vez primera que trabajaríamos en el Cerro del Carambolo— que ahí se encuentra escondido un tesoro antiguo.

—¿De los moros? —le pregunté interesado.

—No lo sé. Sólo sé que dicen que es muy, muy antiguo... Mis abuelos ya contaban que se trataba del tesoro más rico de toda España...

—¿Y por qué no lo buscan? —preguntamos ansiosos...

—Niños, debéis aprender una lección que os servirá para la vida. Los tesoros

no se buscan, los tesoros aparecen. No olvidad esto nunca.

Mientras trabajábamos en las obras recordé con mucha frecuencia las palabras de Mercedes. ¿Y si la leyenda del tesoro era cierta? Una mañana le saqué el tema a mi jefe.

—Alonso, dicen que aquí hay escondido un tesoro antiguo. Me lo ha dicho Mercedes, que ya se lo contaban sus abuelos.

—Tonterías de viejas. Si existiera, ya lo habrían encontrado. Seguro que muchos de los inocentes que creen esas paparruchadas habrán hechos agujeros por todos estos alrededores... Además, el Tiro de Pichón ya compró estos terrenos en 1940... Tiempo ha tenido de aparecer. No, no creo que exista.

Pero ni siquiera el respeto que le tenía a mi maestro Alonso pudo contener mi imaginación: seguía soñando con ser el descubridor del tesoro fabuloso que las leyendas del lugar consagraban.

—¿Sabes? —me dijo Alonso una mañana—. He soñado con tu dichoso tesoro... ¡Al final me has contagiado tu obsesión, chaval!

Me sentí halagado por aquellas palabras que evidenciaban que se tomaba en serio mis palabras. Ese día, nos pidieron que detuviéramos un rato nuestro trabajo, pues no querían que hiciéramos ruido mientras el presidente del club dirigía unas palabras a un grupo de gente elegante y bien acicalada:

«Tras la ampliación, gozaremos del mejor club de Tiro de Pichón de toda España, como demostraremos en el próximo Mundial que preparamos. Llevamos aquí dieciocho años, y poco a poco hemos ido mejorando nuestras instalaciones. Nos sentimos muy orgullosos de nuestra actividad deportiva y social. Para los que de ustedes no lo sepan, fueron los ingleses los que reglamentaron este deporte a mediados del siglo pasado. En 1864 se fundó la Real Sociedad de Tiro de Jerez de la Frontera, decana de las sociedades españolas. La segunda en fundarse fue la nuestra, la de Sevilla, en 1873. Después de muchos años sin sede fija, adquirimos por fin estos terrenos en 1940. Como pueden apreciar, gozan de unas vistas insuperables. El presidente que los compró me contó que cuando firmó las escrituras de compra, los vendedores le narraron que, según una leyenda, escondía un tesoro antiguo. Y, ahora, bien podemos decir que esas voces populares tenían razón. ¡Este club es un auténtico tesoro y somos nosotros los que podremos disfrutarlo! Y ahora, con la ampliación y la piscina, estaremos bien preparados para acoger los mundiales de 1960. ¡Seguro que será todo un éxito!».

Mientras los asistentes aplaudían comedidos las palabras del presidente, Alonso y yo nos miramos incrédulos. ¡Hasta la gente importante hablaba del tesoro!

—Niño —me comentó Alonso una mañana mientras desayunábamos—, que he vuelto a soñar con el dichoso tesoro y, no sé, tengo como una intuición...

Ese día, proyectábamos hormigonar una terraza, que ya teníamos rebajada, nivelada y dispuesta para recibir la mezcla. Lo recuerdo todo como si hubiera ocurrido ayer mismo. Era el 30 de septiembre de 1958 y la mañana había amanecido fresca. Cuando nos disponíamos a comenzar la tarea, apareció el arquitecto. Venía con prisas, al parecer tenía que irse enseguida para el aeropuerto. Al llegar hasta nuestro tajo, se quedó observando la explanada que habíamos realizado y, algo disgustado, se dirigió al maestro.

—No me gusta. La terraza queda al mismo nivel que esas ventanas, no tiene sentido. Tendréis que rebajar el nivel unos quince centímetros más, para que el suelo quede por debajo de los ventanales.

—Pero... —comenzó a protestar mi jefe, ante la carga adicional de trabajo que caía sobre nosotros—, si ya habíamos acordado que lo dejaríamos a esta altura.

—No tengo tiempo de discutir, que pierdo el avión. Lo rebajas quince centímetros más y después ajustamos las cuentas.

Medina Benjumea, sin apenas pronunciar alguna otra palabra, salió raudo para el coche que le esperaba.

—Bueno, ya lo habéis escuchado. Habrá que rebajar un poco esta terraza, así que dejamos por ahora el hormigón y nos ponemos todos con el pico y la pala.

Apenas si había clavado Alonso un par de veces el pico en el suelo cuando sonó un ruido metálico. Lo vi agacharse, extrañado, y remover con curiosidad la tierra. Pareció encontrar algo y lo sacudió para limpiarlo. Como quiera que no lograra adivinar de qué podría tratarse, Alonso se acercó hasta un cubo de agua para enjuagarlo. Solo entonces lo escuchamos gritar.

—¡Es dorado! ¡Es como un trozo de tubo! ¡Parece oro!

De inmediato, todos los de la cuadrilla acudimos a su vera.

—Mirad —nos dijo una vez que los hubiera limpiado con más detenimiento—. Parece una ajorca grande, o un brazaletes de metal...

—¿Será de oro? —pregunté sonriente—. ¿Será el tesoro?

—Anda, niño, que ya estás otra vez con tus fantasías —me ridiculizó otro de los albañiles—. Seguro que es una pieza de latón que alguien enterró aquí. ¡Los tesoros sólo existen en las novelas!

—Puede que encontremos más piezas. Además, parece que a ésta se le ha caído un adorno, seguro que está debajo... —afirmó Alonso como en trance, mientras cogía una azada para continuar excavando.

Todos nos situamos a su alrededor, para ver qué ocurría. Alonso excavaba con cuidado mientras que los demás lo observábamos con atención. Yo tenía entre mis manos la pieza a la que los rayos de sol lograban sacar un brillo

deslumbrante. Recuerdo que pesaba bastante, por lo que no podía ser de latón, como alguno había afirmado. Mi intuición alborozada me decía que se trataba de oro, y que era la primera pieza del tesoro antiguo que la leyenda pregonaba. El grito de Alonso me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Parece que he roto un tiesto de barro!

En efecto, sostenía en la mano lo que parecía un trozo de cerámica antigua, en muy mal estado de conservación. Se agachó y comenzó a remover la tierra. Pronto sacó otra pieza similar a la anterior mientras gritaba:

—¡Hay más, hay más!

Me acuclillé a su lado, y, con sumo cuidado, fuimos retirando tierra, hasta dejar a la vista un grupo de piezas. El barro adosado impedía que pudiésemos advertir con claridad de qué podían tratarse. Aceleradamente, tanto Alonso como yo las fuimos retirando, sin poner demasiado cuidado en la tarea. Mientras las piezas pasaban de mano en mano por todos los hombres de la cuadrilla, nosotros seguimos escarbando a la busca de más piezas, sin percatarnos que, en nuestra alocada búsqueda, fraccionamos el lebrillo cerámico que durante miles de años las había contenido. Pero eso lo supe después, cuando los arqueólogos nos hicieron saber de la valiosa pérdida de información que la desaparición del tiesto había supuesto. Pero en el momento del descubrimiento, simplemente estábamos ansiosos por desenterrar más y más piezas. Tras comprobar que ya las habíamos sacado todas, nos dispusimos a lavarlas con atención y asombro. No éramos conscientes de la importancia de aquel momento. De hecho, sólo Alonso y yo defendíamos que se trataba de un importante tesoro. Los demás dudaban o, como el caso de aquel albañil de Castilleja de la Cuesta, abiertamente nos despreciaban por ilusos.

—¿Un tesoro? ¿Estáis locos? ¿Aquí, en el Tiro de Pichón?

—Los viejos ya nos contaron que aquí se encontraba enterrado un antiguo tesoro —intervine—. ¿Por qué no podría ser éste?

—Anda, niño, que tienes más fantasía que el cómico de la feria de mi pueblo. Seguro que son piezas de latón o de hojalata, que alguien tiró aquí hace un tiempo y que la tierra tapó. ¡Mira!

Y entonces, para nuestro espanto, cogió una de las piezas, que parecía una piel de toro extendida y, al presionar con toda su fuerza desde sus extremos, logró quebrarla:

—¿Lo veis? —gritó ufano—. ¡No es más que latón!

Pero lo que vimos, en el corte de la pieza quebrada, fue un brillo dorado, como si de oro puro se tratara. Observé el corte, y, asombrado, pude comprobar cómo el metal refulgía intacto, sin mancha alguna ni resto de contaminación. Se trataba de un metal inalterable al paso del tiempo... y, según decían, eso solo ocurría con el oro.

—¡Es de oro, es de oro! —grité—. ¡Es el tesoro, es el tesoro, por favor, tened cuidado!

Mis gritos serenaron al grupo. Alonso, investido por la autoridad de haber sido él quien lo hubiera encontrado, tomó la voz por todos.

—Sí, tenemos que tener mucho cuidado con estas piezas, hasta comprobar qué son, en verdad. Vamos a lavarlas con delicadeza. Y, después, veremos qué hacemos con ellas.

Al retirarles la tierra, las piezas brillaron bajo el cielo azul del Aljarafe. Y entonces fuimos conscientes de que se trataba de un tesoro, de un gran tesoro. Nos miramos los unos a los otros nerviosos, sin saber ni que decir, ni que hacer. Uno de los oficiales fue el primero que se atrevió a proponer:

—¿Y si nos lo repartimos? ¡Son muchas piezas, cada uno de nosotros se podría llevar alguna!

—¡Eso —le apoyó otro—, y que cada uno haga lo que quiera con ellas, que la guarde para sus nietos, que la venda o que la funda, para regalarle unos pendientes a su mujer!

Aquella dinámica comenzó a preocuparme. Era aún muy joven, no sabía nada de leyes, pero algo en mi interior me advertía que no haríamos bien si hacíamos desaparecer aquel descubrimiento. Gracias a Dios, Alonso hizo volver al grupo a la cordura.

—Pero... ¿estáis locos? ¿Es que queréis que acabemos todos en la cárcel?

—¿Qué hacemos, entonces?

Durante un rato, discutimos entre nosotros qué hacer. No éramos conscientes de la trascendencia del descubrimiento ni, mucho menos, de que nuestra determinación condicionaría el conocimiento de nuestro pasado. No era nada fácil la decisión. En aquel momento, ya sabíamos que estábamos ante un tesoro que podía ser muy valioso y nosotros necesitábamos el dinero de manera imperiosa. La tentación era muy fuerte, máximo en aquellos tiempos en los que no se le daba ninguna importancia a la arqueología y en los que el patrimonio arqueológico no estaba protegido lo suficiente.

Por hacer corta la historia, después de muchos tiras y aflojas, acordamos repartírnosla, aunque, al final, por una mezcla de miedo y de responsabilidad, pasados unos días, decidimos entregar todas las piezas a la dirección del Tiro de Pichón, solicitando, eso sí, que se nos tuviera en cuenta el hecho de haber sido sus descubridores. El presidente de la sociedad nos felicitó por nuestra decisión y prometió que nos tendría informados de todo lo que a las piezas se refiriera. Y, como ya contaré, la verdad es que cumplió su palabra.

Pero, antes de continuar con esta historia, quiero reconocer la sensatez de Alonso y de toda mi cuadrilla. Estoy seguro de que en otras muchas ocasiones, los tesoros han desaparecido para siempre y que, en nuestro caso,

a pesar de ser obreros humildes y casi analfabetos, supimos estar a la altura de las circunstancias y entregar esas piezas para que pudieran ser conocidas por todos. Espero que la historia también nos haga un pequeño hueco en el recuerdo de este inmenso tesoro.

La directiva de la Sociedad de Tiro de Pichón puso el tesoro de manera inmediata en conocimiento de las autoridades, que solicitaron la intervención del catedrático y arqueólogo don Juan de Mata Carriazo, la máxima autoridad sobre la materia del momento. Me consta que el académico otorgó desde un principio la mayor importancia al descubrimiento. Lo estudió en detalle y, tras concluir sus indagaciones e investigaciones, realizó un entusiasta informe que sería el trampolín a la fama universal del tesoro. En él, se describe con maestría el descubrimiento: *«El tesoro está formado por 21 piezas de oro de 24 quilates, con un peso total de 2,950 gramos. Joyas profusamente decoradas, con un arte fastuoso, a la vez delicado y bárbaro, con muy notable unidad de estilo y un estado de conservación satisfactorio, salvo algunas violencias ocurridas en el momento del hallazgo»*. El profesor estableció que las joyas fueron labradas entre los siglos VIII y III antes de Cristo. Y, finalmente, Carriazo afirmó que se trataba de *«un tesoro digno de Argantonio, el legendario rey de Tartessos»*.

Mata Carriazo fue uno de los grandes impulsores de la investigación sobre Tartessos. En los años 50 también hizo un importante descubrimiento en el *Jueves*, un mercadillo tradicional sevillano, al identificar una pieza de bronce como un bocado tartésico-fenicio que representaba a la diosa Astarté, datándolo sobre el año 600 antes de Cristo. Con estas líneas quiero brindarle un pequeño homenaje a su figura porque gracias a él, Tartessos encontró un sitio entre las prioridades de la arqueología hispana.

El descubrimiento del tesoro de El Carambolo se convirtió en una noticia internacional y sus fotografías se reprodujeron en miles de periódicos del mundo entero. Recuerdo el orgullo que experimentaba cada vez que leía algo sobre las joyas tartésicas. De alguna manera, yo también había sido su descubridor. En muchas ocasiones, recordé las palabras de la vieja Mercedes, los tesoros no se buscan, los tesoros aparecen. Y así había sido en nuestro caso, al menos. Parecía que nos había estado esperando, predestinados a encontrarlo. ¿Por qué apareció ese día, tan súbitamente, el arquitecto? ¿Por qué nos ordenó rebajar otros quince centímetros? Se trató del destino, sin duda, que quería que el tesoro volviera a ver la luz. Sin tanto cúmulo de azares, el tesoro seguiría ahora oculto bajo una capa de hormigón que quizás, nadie, nunca, hubiera levantado jamás.

¿Y qué decir del tesoro? Pues que aparte de su antigüedad y riqueza, sorprendió por el esmero de su trabajo de orfebrería. El orífice utilizó técnicas de cera perdida, laminado, troquelado y soldado, y algunas de las piezas tuvieron que llevar engarzadas piedras semipreciosas, ahora desaparecidas. Aparte de las láminas y de los pectorales, llamó la atención el colgante de sellos con los que se acreditaría una importante firma oficial.

Después de muchas dudas y disputas oficiales, el Ayuntamiento de Sevilla lo compró en 1964 al pagar un millón de pesetas por él. Así, lo pudo obtener en propiedad y evitó que fuera trasladado al Museo Arqueológico Nacional.

Todas las partes cumplieron sus promesas y ese importe, muy elevado para la época, le fue entregado a Alonso Hinojos. Alonso, en un gesto digno y generoso, ordenó repartir esa fortuna entre todos los miembros de la cuadrilla y entre el personal de guarda del Tiro de Pichón, lo que supuso dividirla entre treinta y una personas. Así era Alonso, con el que aún trabajaría unos cuantos años más. Ojalá, en esta Andalucía nuestra, hubiera muchos más como él. Otro gallo nos cantaría.

El ayuntamiento de Sevilla, temeroso ante la enorme responsabilidad de poseer el mayor tesoro encontrado nunca en suelo español, decidió finalmente encargar dos copias exactas a Marmolejo, el orfebre más famoso de la ciudad. El original se custodia en la caja fuerte de un banco, mientras que una de las copias se exhibe en el Museo Arqueológico Provincial y la otra en el mismo Ayuntamiento. Todavía hoy, casi sesenta años después, continúan las polémicas entre las instituciones para ver a quién corresponde su custodia y titularidad.

Pero también siguen las discusiones por la interpretación del tesoro. Si al principio decían que era tartésico, ahora algunos investigadores afirman que se trata en verdad de un tesoro fenicio. Otros dicen que las joyas no eran ni para los sacerdotes ni para los reyes, sino que, en verdad, eran adornos para los bueyes que iban a ser sacrificados en el templo. No sé quién tendrá la razón, aunque yo, por haberme criado en el campo, bien raro veo que a un buey le pongan adornos tan ricos y costosos. Que una cosa son campanitas y trapos de colores y otra bien distinta, piezas de oro labrado. Pero en fin, yo sólo soy un pobre jubilado y corresponde a los científicos y arqueólogos desentrañar ese pasado fastuoso que continúa asombrándonos.

Intuyo que el Tesoro del Carambolo aún guarda grandes secretos que desentrañar, pero, como ya me dijera Mercedes, a los misterios del pasado le ocurre como a los tesoros, que no se les encuentra, sino que aparecen. Yo puedo morir en paz, pues a mí se me apareció el más importante que vieran los siglos en estas tierras de María Santísima.



## Colofón

La mujer sostuvo el libro entre sus manos. Acababa de almorzar y aprovechaba el momento del café para leer el último de los relatos de las *Leyendas de Tartessos*. «Quién encontrara un tesoro como el del Carambolo», pensó. Volvió a releer la dedicatoria, *Para un alma atlante*, que él le escribiera en el momento de regalarle el libro. A pesar de la punzada de dolor, no se permitió recaer en la melancolía. «Debo ser fuerte, olvidarlo, superarlo».

La terraza del restaurante dominaba Punta Paloma. El día claro alumbraba una soberbia vista del Estrecho de Gibraltar, liberada del velo de nieblas y brumas.

—Mira qué bien se ve hoy África —comentaba entre sí una pareja que comía en la mesa vecina—, parece que está aquí al lado.

—Sí, allí se ve una de las Columnas de Hércules...

Tenían razón. La montaña de Yebel Musa se erguía poderosa y solemne a su frente, tan cercana que parecía que pudiera tocarla con tan sólo extender su brazo. Hércules utilizó Yebel Musa y Gibraltar como apoyos para separar el Estrecho con su fuerza descomunal. Y allí seguía, inmutable, la puerta que el Héroe abriera para robar los bueyes de Gerión.

Cerró el libro, pagó la cuenta y decidió dar un paseo. Bajaría hasta la playa. La luz, el mar, los montes, el ambiente, le evocaban un tiempo mítico de atlantes y tartesios. Recordó entonces su voz. «Eres una diosa atlante», le repetía, cuando se sentía feliz. De nuevo, esos recuerdos que ya no deberían ser.

La playa estaba desierta, bien podría desembarcar un sigiloso Hércules o descansar una ninfa dorada. Se sintió como una sirena que cantaba su soledad desde esa playa dorada de Tartessos. Así la llamaba él, sirena hermosa, le decía. ¿Por qué tenía que recordar a cada instante sus palabras?

Descansó sobre una roca, mientras removía la arena con sus pies. Se sentía bien. Sus cabellos rubios bailaron al son de un viento incesante. «El que traía y llevaba a fenicios y griegos» —pensó— pero que ahora atrae a miles de deportistas de *windsurfy kitesurf*. Retan a las olas con sus cometas infladas por los vientos». Cientos de velas se desplegaban, como una algarabía de gaviotas, sobre el cielo azul de la playa de Valdevaqueros. Parecían mariposas, blancas, rojas, que revoloteaban gráciles al azar de los aires.

Ella, mientras, seguía sentada, con la mirada perdida en el mar. Sus pies jugaban y escarbaban de manera involuntaria bajo la arena. El cosquilleo le resultaba placentero. De repente sintió algo. ¿Qué sería? Tanteó con su pie la

superficie del objeto enterrado. Parecía una tela gruesa o algo similar. Curiosa, escarbó para descubrirlo.

Se trataba de una especie de zurrón de un cuero antiguo, bien curtido y engrasado. Tras sacarlo de la arena, lo sopesó; pesaba mucho, debía tener algo dentro. El viento menguó y el suave sonido del romper de las olas le acompañó mientras lo abría. Extrajo el objeto que custodiaba en su interior y, sorprendida, lo observó una y otra vez. ¡Resultaba increíble, no podía creérselo! Se trataba de un medallón de metal dorado, que brillaba bajo aquel sol indómito del sur. Se incorporó nerviosa. El anverso se apreciaba grabado un dios. «Poseidón, sin duda» suspiró incrédula. Antes de girarlo, ya sabía lo que se encontraría acuñado en el reverso: los anillos concéntricos de la ciudad de la Atlántida, con su gran canal central.

Su corazón latió con fuerza. Sin duda alguna sostenía el medallón atlante, fundido y grabado sobre el oricalco que tan ricos les hiciera. El medallón atlante, que miles de años antes sustrajeran al sabio Solón... ¿Se estaba volviendo loca? Se pellizcó para comprobar que no se trataba de un sueño. Allí seguía aquel medallón que probaba que la Atlántida existió y que no se trataba de un mito, sino de una realidad histórica. Pero eso resultaba del todo imposible... ¿Sería una broma, un reclamo turístico? ¿Cómo podía haber encontrado por simple azar un objeto perdido desde hacía miles de años y buscado por científicos y arqueólogos? ¿Por qué ella? Recordó algo que había leído en las leyendas. *Los tesoros no se encuentran, los tesoros aparecen*. Y fue entonces cuando tuvo la certeza clarividente. No tenía por qué devanarse los sesos tratando de encontrar una explicación. Ella nunca buscó ese medallón, fue el medallón quién la buscó a ella. Ahora, tenía la responsabilidad sobre su futuro. El destino caprichoso le había reservado el papel de última relevista.

¿Qué debía hacer? Y, de nuevo, surgió el recuerdo furtivo de su última cita.

—¿Qué es la Atlántida para ti? —le había preguntado él.

—Pues un misterio por descubrir —respondió ella—, una luz hermosa y libre. Un mito que te hace soñar y, por tanto, vivir.

—¿Y te gustaría que algún día la Atlántida apareciera y sus secretos quedaran al descubierto?

—Pues, no sé... —respondió pensativa.

—¿Te gustaría? —le insistió él.

—¡No! —respondió ella con súbita seguridad—. La Atlántida no debe aparecer nunca. Luce más hermosa cuando la vemos tras el velo del mito y el misterio, ¿para qué sacarla, entonces, a la luz? ¡Ojalá que la Atlántida no aparezca nunca!

Pero la Atlántida, acababa de aparecer: su principal símbolo refulgía entre sus manos. Excitada, valoró la trascendencia del descubrimiento y del vivo

debate que se generaría sobre la autenticidad o falsedad de aquel oricalco milenario. ¿Qué debía hacer? ¿Entregarla a las autoridades? ¿Dejarla en el mismo lugar que la encontró para que fuera otra la persona que finalmente la descubriera? Dudas, muchas dudas y ninguna certeza. ¿Era su obligación sacar a la luz la verdad de la Atlántida? ¿La dejaba permanecer bajo la niebla del mito y la leyenda? Experimentó un estremecimiento al descubrir la cuestión esencial que latía bajo su incertidumbre: ¿Tíscar o Senés? ¿Senés o Tíscar? ¿Qué respuesta le daría a esa pregunta ancestral?

Dejó pasar un buen rato antes de tomar la decisión definitiva. Con determinación, devolvió el medallón al interior del zurrón. Se acercó hasta la orilla y caminó sobre unas rocas que se adentraban en el mar. Al llegar al extremo, elevó los ojos al cielo, como si pronunciara una plegaria a antiguos dioses. Y, cuando hubo concluido la oración, arrojó con determinación el medallón al mar, tan lejos como sus fuerzas le permitieron. Ella no quebraría el hermoso sortilegio de la Atlántida, que seguiría envuelta por el misterio. El medallón se sumergió bajo las aguas de aquel estrecho prodigioso. ¿Para siempre? Eso sólo el destino, o los dioses, lo sabrían.

Orgullosa, supo que había actuado bien. Sin volver la vista atrás, ascendió hasta el aparcamiento del restaurante. Se sintió hermosa, plena, feliz, libre, sin ataduras ya con las limitaciones de su pasado. «Soy un alma atlante, él tenía razón», se dijo en sus adentros antes de olvidarlo para siempre.

Porque no hay mejor Atlántida que la que se sueña con el corazón.

Manuel Pimentel Siles

Primavera 2014 - septiembre 2015



MANUEL PIMENTEL SILES (Sevilla 1961), es ingeniero, abogado, diplomado en Alta Dirección de Empresas y máster en Prevención de Riesgos en la Comunidad (UAB). Fue diputado en el Parlamento andaluz además de Secretario General de Empleo y Ministro de Trabajo y Asuntos Sociales, puesto del que dimitió, asumiendo su responsabilidad política, tras conocer que la esposa del director general de Migraciones, Juan Aycart, era propietaria de una empresa de formación que obtuvo fondos públicos. En marzo de 2003 causó baja como militante del PP, al estar en desacuerdo con la política del gobierno de José María Aznar ante la guerra de Irak. En 2004 fundó el colectivo Foro Andaluz, de cara a las elecciones autonómicas de 2004, del que se desvinculó poco después.

Editor de la Editorial Almuzara, Berenice y Toro Mítico. Presidente de la Asociación Española de Empresas de Consultoría (AEC). Desarrolla su actividad profesional en estrategias de negociación y resolución de conflictos. Autor de varias obras de novela y ensayo, articulista en diversos medios escritos. También presentador de Tv (programa Arqueomanía, sobre arqueología). Además fue presidente del Consejo Regulador de la Denominación de Origen Montilla-Moriles hasta el año 2013.

Su obra literaria en general está vinculada con una temática arqueológico-histórica, como por ejemplo *Peña Laja* (2000), *Monteluz* (2001), *Puerta de Indias* (2003), *La ruta de las caravanas* (2005), *El librero de la Atlántida* (2006), *El Arquitecto de Tombuctú* (2009), *El decálogo del Caminante* (2012),

*El sabio enamorado y el jardín del Califa* (2014).

Y también relatos con la misma temática, como *La yurta: relatos del lado oscuro del alma* (2004), *Leyendas de Medina Azahara* (2014), *Leyendas de Tartessos* (2015).

De Narrativa infantil *Un autobús blanco y verde* (2005) en colaboración con Carmen Mateos.

Y obras de Ensayo vinculadas en general con el mundo de la empresa, como *España 2010. Mercado laboral: proyecciones e implicaciones empresariales* (2002) en colaboración con Alfonso Jiménez Fernández y Mentxu Echeverría Lazcano, *El talento* (2003), *Los otros españoles. Los manuscritos de Tombuctú: andalusíes en el Níger* (2004) en colaboración con Ismael Diadié Haidara, *Inmigración y empresa: el desafío empresarial de la inmigración. Guía para el ejecutivo* (2006) en colaboración con Alfonso Jiménez Fernández y Miriam Aguado Hernández, *Manual del editor. Cómo funciona la moderna industria editorial* (2007), *El libro de la escritura vital* (2010), *Resolución de conflictos* (2013).

